

Boletín Digital

de la

Academia Nacional de la Historia Argentina

37



Número 37
Enero-diciembre de 2024

Corrección y edición de textos: Dr. ARIEL ALBERTO EIRIS

Responsable de diagramación: Dr. ARIEL ALBERTO EIRIS

Academia Nacional de la Historia

C 1064AAC Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina www.anh.org.ar

E-mail: publicaciones@anhistoria.org.ar

Boletín digital de la Academia Nacional de la Historia

Indexada en: EuroPub, Cite Factor, Latinoamericana, Binpar.

Editado en la Argentina

© 2024 ANH

ISSN electrónico 2618-2394

Los contenidos de esta revista se distribuyen bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional que permite a autores y lectores compartir el trabajo y realizar obras derivadas con un reconocimiento de la autoría, de manera no comercial y siempre que se esa nueva obra en los mismos términos de la licencia.

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA



Mesa Directiva (2024-2026)

DR. FERNANDO DEVOTO

Presidente

DR. EDUARDO MÍGUEZ
Vicepresidente 1º

DRA. MARCELA ASPELL
Vicepresidenta 2ª

LIC. SUSANA FRÍAS
Secretaria

DR. EZEQUIEL ABÁSOLO
Tesorero

DR. HERNÁN OTERO
Prosecretario

DR. DARÍO ROLDÁN
Protesorero

ACADÉMICOS DE NÚMERO*

1. DR. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO	1986 ³⁴	20. DR. EDUARDO MÍGUEZ	2014 ²³
2. ARQ. RAMÓN GUTIÉRREZ	1991 ¹⁵	21. DR. JOSÉ EMILIO BURUCÚA	2015 ³²
3. DR. EDUARDO MARTIRÉ	1992 ³⁸	22. DR. JOSÉ MARÍA DÍAZ COUSELO	2015 ⁵
4. DR. ISIDORO J. RUIZ MORENO	1992 ²	23. PROF. LUIS ALBERTO ROMERO	2015 ²¹
5. DR. NATALIO R. BOTANA	1994 ⁸	24. DR. HORACIO SÁNCHEZ DE LORIA PARODI	2015 ²⁴
6. DRA. OLGA FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS	1994 ²⁸	25. DRA. MARCELA TERNAVASIO	2016 ⁶
7. DR. SAMUEL AMARAL	1997 ²²	26. LIC. SUSANA R. FRÍAS	2016 ²⁰
8. DR. FERNANDO ENRIQUE BARBA	2001 ²⁶	27. DR. CLAUDIO PANELLA	2019 ¹⁶
9. DRA. BEATRIZ FIGALLO	2007 ¹³	28. DR. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (H)	2019 ¹⁷
10. C.N. DR. GUILLERMO OYARZÁBAL	2007 ⁴	29. DR. CARLOS EGÜES	2019 ³⁰
11. LIC. MARÍA SÁENZ QUESADA	2007 ⁹	30. DR. EZEQUIEL ABÁSOLO	2019 ¹⁴
12. DR. EDUARDO ZIMMERMANN	2007 ¹	31. DRA. BEATRIZ BRAGONI	2019 ³⁷
13. DRA. BEATRIZ MOREYRA	2013 ¹⁰	32. DR. GUSTAVO L. PAZ	2019 ¹⁸
14. DRA. MARÍA CRISTINA SEGHESSO	2013 ¹⁹	33. DR. ANDRÉS REGALSKY	2019 ¹²
15. DRA. MARCELA ASPELL	2013 ¹¹	34. DR. DARÍO ROLDÁN	2019 ²⁵
16. DR. MIGUEL DE ASÚA	2013 ²⁹	35. DR. JAVIER ORTÍZ BATALLA	2022 ³⁶
17. DR. FERNANDO DEVOTO	2013 ³⁹	36. DR. CARLOS PIÑEIRO IÑÍGUEZ	2022 ³
18. DR. HERNÁN OTERO	2013 ⁷	37. DR. PABLO L. GERCHUNOFF	2023 ⁴⁰
19. GRAL. DIEGO A. SORIA	2014 ³³		

*El año es el de la sesión en que fue electo académico y establece la antigüedad. El número de superíndice en el extremo derecho es su sitial.

Sumario

Discursos de incorporación, comunicaciones y homenajes

HOMENAJES

CARLO GINZBURG, <i>Recuerdo de Marc Bloch a ochenta años de su muerte</i>	7
JAVIER ORTIZ BATALLA, <i>Homenaje a Roberto Cortés Conde</i>	10
GERARDO RODRÍGUEZ, <i>Homenaje a Nilda Gugliemi</i>	17
MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, <i>Homenaje a Daisy Rípodas Ardanaz</i>	20
SUSANA FRÍAS, <i>Homenaje a Hebe Viglione</i>	24

COMUNICACIONES ACADÉMICAS Y DISCURSOS DE INCORPORACIÓN

FERNANDO DEVOTO, <i>Palabras del presidente de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina en el Encuentro de las Academias Hispanoamericanas de la Historia</i>	26
DARÍO ROLDÁN, <i>Guizot y el liberalismo francés</i>	30
EDUARDO JOSÉ MÍGUEZ, <i>Palabras de presentación como Académico de Número del Lic. Pablo Gerchunoff</i>	38
PABLO GERCHUNOFF, <i>King Lear: El papel de los yrigoyenistas en la caída de Yrigoyen</i>	44
NATALIO R. BOTANA, <i>Palabras de presentación como Académico Correspondiente en el Uruguay del Dr. José Rilla Manta</i>	57
JOSÉ RILLA MANTA, <i>Atado al mástil: Carlos Real de Azúa, la Revolución y el Tercer Mundo durante la Guerra Fría (1948-1965)</i>	62
EDUARDO JOSÉ MÍGUEZ, <i>Palabras de presentación como Académica Correspondiente en La Pampa de la Dra. Andrea Lluch</i>	80
ANDREA LLUCH, <i>El capitalismo argentino en debate: empresas, productividad y educación</i>	85

PANELES HISTORIOGRÁFICOS

PANEL: “BALANCE Y PERSPECTIVAS DE LA HISTORIOGRAFÍA MILITAR EN LA ARGENTINA”

HERNÁN CORNUT, <i>Historiografía Militar argentina: un punto de vista sobre su inserción en las metodologías y tendencias actuales</i>	109
GERMÁN SOPRANO, <i>Historia militar, historia social y cultural de la guerra, historia de la guerra. Cuestiones de enfoques, métodos, fuentes e identidades</i>	115

PANEL: “LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS Y LOS PROBLEMAS DE LA CONSTRUCCIÓN (Y CANCELACIÓN) DE LOS LUGARES DE MEMORIA

BEATRIZ BRAGONI, <i>Pasado y presente de las imágenes de San Martín</i>	122
MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (H), <i>Los nuevos lugares patrimoniales: La patrimonialización de riberas, puertos urbanos y sus horizontes tecnológicos. Su contribución a la generación de espacios de memoria</i>	135
LUIS ALBERTO ROMERO, <i>El Sitio José Luis Romero como lugar de memoria</i>	145

Noticias institucionales y de nuestros académicos

Conversaciones en torno a Tulio Halperín Donghi en Montevideo.....	153
Jornadas de historia en conmemoración a los 200 años del exilio del general José de San Martín.....	153
Jornadas del Grupo de Trabajo sobre Historia de la Población «Los fracasos en la América meridional durante el siglo XVIII. Casos de estudio»	154
II Jornadas: Enfoques, métodos y técnicas de investigación histórica.....	154
Seminario: Una nueva generación reflexiona sobre la historia, hoy	155
Encuentro de Academias Hispanoamericanas de la Historia.....	156
Donación a la Academia.....	156
Premio Perfil al Académico de Número José Emilio Burucúa	157
Homenaje al académico de número Isidoro J. Ruiz Moreno.....	157
Incorporación de Marcela Ternavasio como Académica Correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.....	158
Actos de incorporaciones de académicos	158
Paneles historiográficos.....	159
Presentaciones de libros.....	160
Entrega de premios y distinciones	161

Novedades editoriales

Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia.....	163
Publicaciones de los académicos	164

Discursos de incorporación, comunicaciones y homenajes

Recuerdo de Marc Bloch a ochenta años de su muerte

POR EL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE, DR. CARLO GINZBURG

RELEER MARC BLOCH, HOY

La obra y la figura de Marc Bloch están hoy, ochenta años después de su heroica muerte, más vivas que nunca. Quien esto escribe le debe a él – más precisamente, al encuentro, hecho a la edad de veinte años, con *Les Rois thaumaturges* – la decisión de intentar aprender el oficio de historiador. El descubrimiento de que el poder atribuido a los reyes de Francia e Inglaterra de curar a los enfermos de escrófula – una “anomalía ridícula”, si estudiada aisladamente – fuera capaz de arrojar luz sobre el “carácter sobrenatural atribuido al poder monárquico” en la larga Edad Media, marcó de manera irreversible mi trayectoria de investigación.

De la *Apologie pour l'histoire, ou métier d'historien*, y de todos los escritos de Bloch, me he nutrido hasta hoy. Y cada vez que los releo descubro algo que me había pasado desapercibido, y que muy a menudo ha condicionado mi trabajo sin que me diera cuenta. Me ha sucedido también ahora, cuando retomé el tercer capítulo de la *Apologie*, titulado “La crítica”. Lo que me impulsó fue un motivo relacionado con el presente: las *fake news*. Recordaba que Bloch en su escrito inconcluso había sometido la cuestión de las falsificaciones a un análisis riguroso. Hace muchos años yo había comparado *Les Rois thaumaturges* con un escrito muy lúcido, entonces olvidado, que Bloch había dedicado a las “fausses nouvelles de la guerre” (la Primera guerra mundial). El poder de curar a los escrofulosos atribuido a los soberanos se había configurado en la mente de Bloch (según mi hipótesis) como una gigantesca “fausse nouvelle” – hoy diríamos, como una gigantesca *fake news*. Que quede claro: Bloch no quiere proyectar el presente en el pasado. El estudio del pasado se nutre, para él, de preguntas nacidas de la experiencia del presente: pero para ese estudio se sirve de una técnica específica, es decir, la filología.

Recordaba que Bloch había definido el *Tratado teológico-político* de Spinoza como “esta purísima obra maestra de crítica filológica e histórica”. Pero no recordaba que Bloch:

a) había desestimado a los “defensores de la *Stilkritik*” (la “crítica de estilo”) que frente a “varios diplomas de un soberano medieval, relacionados con asuntos diversos, [que] reproducen las mismas palabras y las mismas formas de expresión” afirman que “los ha redactado un mismo notario”;

b) había recordado los estudios sobre la transmisión de los textos literarios basados en el método de los errores, con una referencia a dos perspectivas muy diferentes, las de Lachmann y dom Quentin, agregando una precisión:

“Sin embargo, dos observaciones, hechas bastante recientemente, han obligado a la crítica textual a retroceder mucho del rigor, casi mecánico, de sus primeras conclusiones. Los copistas corregían a veces su modelo [sigue un ejemplo tomado de Terencio]. Pero hay más. ¿Por qué el copista habría de usar siempre un único modelo? No le estaba prohibido comparar, cuando podía, varios ejemplares, lo mejor que podía, entre sus variantes. Este caso fue ciertamente muy excepcional en la Edad Media...”

No he logrado identificar con certeza las “dos observaciones, hechas bastante recientemente”. Pero en el distanciamiento [de la crítica textual] “del rigor, casi mecánico, de sus primeras conclusiones” me atrevería a atribuir una alusión a la *Storia della tradizione e critica del testo* de Giorgio Pasquali (1934):

“Es un prejuicio creer que la tradición de los autores antiguos sea siempre mecánica; mecánica es solo donde el amanuense se resigna a no entender. Numerosas épocas y numerosos círculos no se han resignado a dejar el texto tal como lo habían recibido, sino que lo han hecho más claro, adaptado a su propio gusto, embellecido”.

Este testimonio de la pasión de Bloch por la filología, incluso en sus aspectos técnicos, podrá sorprender (ciertamente ha sorprendido a quien escribe). Pero no me parece irrelevante. La filología permitía a Bloch analizar la transmisión de los testimonios y su origen, incluso en un “caso muy excepcional” como el que está en el centro de *Les Rois thaumaturges*: descifrar los comportamientos de los enfermos de escrófula y revelar la estrategia política detrás del poder de curarlos, atribuido a los soberanos. El capítulo “La crítica” de la *Apologie pour l’histoire* se cierra con palabras decididamente actuales:

“Es un escándalo que, en nuestra época, más que nunca expuesta a las toxinas de la mentira y del falso rumor, el método crítico no figure aunque sea en el más pequeño rincón de los programas de enseñanza, porque ha dejado de ser el

humilde auxiliar de algunos trabajos artesanales. De ahora en adelante se abren ante él horizontes mucho más vastos; y la historia tiene el derecho de contar entre sus glorias más seguras, al elaborar su propia técnica: la de haber abierto a los hombres un nuevo camino hacia la verdad y, por lo tanto, hacia la justicia”.

Homenaje al académico de número doctor Roberto Cortés Conde¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. JAVIER ORTIZ BATALLA

Me toca hoy la ardua tarea de despedir a un miembro muy destacado de esta Institución, de la que formara parte desde 1986 y la cual llegó a dirigir más recientemente. Pero quisiera empezar esta conmemoración sobre Roberto Cortés Conde, si ustedes me permiten, citando casi textualmente unas palabras que una de sus hijas leyera durante su despedida final y que me llegaran profundamente.

Refiriéndose a su padre ella dijo: “En estas últimas semanas mi hermano Bob nos contó que papá en sus ensueños exclamó: ¡Vive la France! Sabemos exactamente el recuerdo que estas palabras evocaban. A papá le encantaba ir con su padre al cine y cuando salió *Casablanca*, por los 40s, su padre y él fueron a verla. Eran años de muchos "ismos". Hay una escena en particular que lo alegró durante esos años difíciles para los que no creían en esos "ismos", donde en el Bar de Rick en Casablanca, bajo el gobierno de Vichy (después de la caída de Francia) unos oficiales nazis comienzan a cantar Deutschland über alles. Victor Lazlo, escapando al régimen nazi, contrarrestó con La Marseillaise, y a él se unen los otros refugiados de Casablanca. Todos comienzan a cantar juntos y los oficiales nazis comienzan a callar casi asustados. En ese momento, nos contó papá, todo el teatro entero se paró y comenzó a cantar con los refugiados de la película.

La emoción de ese momento dejó a mi padre marcado de por vida. Como Rick mi padre siempre fue un romántico, luchando con sus palabras y acciones las batallas que sintió tenía que luchar. "¡Vive la France!" no era un canto a Francia, tanto como un símbolo de que aunque pareciera que todo estaba perdido, uno podía levantarse y seguir luchando. Era hacer las paces con las pequeñas y grandes derrotas y seguir adelante. Era conservar cariños, los sueños, y la vida misma todo lo que se pudiera. ¡Vive La France!, papá.” Que bien retratadas en este breve texto algunas de las virtudes de Roberto y que acierto el modo de presentarlas.

Roberto fue un intelectual de fuste, un lector incansable, de inteligencia aguda y una amplia formación cultural. Las conclusiones a las que arribaba en sus artículos descansaban siempre sobre un sólido marco analítico respaldado por un amplio despliegue de evidencia empírica que le daba sustento. Su nutrida producción en el

¹ Palabras pronunciadas en la sesión privada del 8 de octubre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia

campo de la Historia Económica le valió reconocimiento universal llegando a ser el primer no europeo que lideró como Presidente desde 1998 la Asociación Internacional de Historia Económica, y quedar como Presidente Honorario desde entonces. Pero, por sobre todas las cosas, nuestro colega fue un luchador incansable, alguien siempre dispuesto de un modo amable a combatir en el campo académico por sus ideales, que no eran ni más ni menos que los de la República y la Libertad.

Trasladado de muy chico a Paraná donde su padre enseñó en el Instituto del Profesorado, Lengua y Literatura, se trató allí con intelectuales de la talla de Francisco Romero, hermano mayor de José Luis, Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, por señalar sólo algunos. Mientras se nutría, además, tanto de la muy poblada biblioteca de su padre como de sus largas conversaciones con él, circunstancias que marcarían para siempre su vocación por aprender y por emprender un camino académico.

La trágica muerte de su padre cuando Roberto contaba con sólo 12 años de edad fue otro de los hechos aciagos que colaboraron a formar ese carácter determinado y empeñoso y de una voluntad inquebrantable que luego le conocimos. En una Argentina que no contaba todavía con la carrera de Economía, Roberto se inclinó por estudiar Derecho y una vez recibido y luego de una breve incursión en el ejercicio profesional en ese campo, ingresó en el recién creado Curso de Especialización en Sociología que dirigía Gino Germani. Fue allí donde pudo reencontrarse con los famosos apuntes de Raúl Prebisch, *Introducción a Keynes* y el *Ensayo sobre Economía Marxista* de Joan Robinson, una de las líderes por entonces de la Escuela de Cambridge. La influencia de Germani, traída de la sociología americana, de un enfoque inclinado por la investigación empírica marcó un antes y un después en su enfoque de la ciencia. Es a partir de entonces que da comienzo su carrera de investigación participando en una iniciativa financiada por la Fundación Rockefeller sobre el impacto de la inmigración en el Río de La Plata que dirigió en primera instancia el profesor uruguayo Gustavo Beyhauth, y luego el gran historiador argentino Tulio Halperín Donghi, comenzando con este una amistad que los llevaría a trabajar en forma conjunta en una serie de proyectos que publicaría luego la Editorial Paidós. Y en 1960 presenta en unas Jornadas de Sociología su celebrado estudio sobre *Inmigración y Desarrollo Económico* junto al ya mencionado Beyhauth, Susana Torrado y Haydée Gorostegui. Y poco después escribe su primer ensayo en historia económica editado por el Instituto di Tella denominado *Problemas del Desarrollo Industrial de la Argentina*. Desde entonces comenzaría su relación con una serie de intelectuales de la época como su gran amigo Ezequiel Gallo, Oscar

Cornbilt, Aldo Ferrer y los hermanos di Tella. Algunos de los cuales lo invitaron a formar parte del Comité Editorial de Desarrollo Económico, la reconocida revista del IDES que perdura con éxito hasta nuestros días.

En forma contemporánea comenzó su colaboración con Ezequiel Gallo, que con el tiempo culminó con la publicación de su valioso libro *La Formación de la Argentina Moderna*, editada también por Paidós pero esta vez en 1967. Desde entonces continuó una amistad inquebrantable con él y con otro de sus más apreciados colegas, Natalio Botana, a quien comenzó a tratar con mucha frecuencia un poco más adelante en el Instituto di Tella. Es en esa época que Roberto inició otra de sus grandes líneas de acción que lo acompañarían a lo largo de su vida: la docencia. Entre 1963 y 1966, invitado por el notable emigrado español Nicolás Sánchez Albornoz, uno de los pioneros de la historia económica moderna de su país, enseñó en la Universidad Nacional del Litoral, y entre 1967 y 1968 precedió al gran historiador y economista cubano Carlos Díaz Alejandro, autor de sus célebres *Ensayos*, enseñando historia económica de América Latina en la Universidad de Yale. Fue durante esa experiencia que junto a Stanley Stein coordinó un proyecto que dio origen a dos volúmenes de importancia: *A Guide to Latin American Economic History*, coeditado con el previamente citado profesor de Princeton y *The Export Economies of Latin America* coeditado con Shane Hunt de Boston University. Y para la misma época, 1970, financiado por la beca Guggenheim se desempeñó en Oxford como asociado senior comenzando una nueva investigación que culminó con la publicación por Editorial Sudamericana de su importante obra *El Progreso Argentino*.

Recién en 1980 retomaría, producto de distintas circunstancias que lo habían mantenido alejado de esa actividad, la docencia con un celebrado Seminario sobre Historia Monetaria en el último año de la carrera de Economía de la UCA, donde por entonces también enseñaban historia Carlos Carballo (Historia Económica Argentina) y Ezequiel Gallo (Historia Económica Mundial). Tuvo allí un conjunto de alumnos que bajo su inspiración siguieron su huella, como Gerry della Paolera, Carlos Newland, el que escribe, Luisa Zorraquín, Mariano Filippini y Sole Olcese entre otros. Ese seminario dio origen a lo que yo personalmente considero su aporte más relevante a la historia económica de nuestro país: *Dinero, Deuda y Crisis*, libro editado por Sudamericana en 1989 y que tiendo a comparar en importancia y por su contenido para Argentina al célebre libro que Milton Friedman y Anne Schwartz concibieran para nuestro gran vecino del norte *A Monetary History of the United States*. En esa obra

Roberto, mediante una cuidadosa reconstrucción de los agregados monetarios, en particular de una correcta reinterpretación de las llamadas “notas metálicas” de los Bancos de la Provincia de Buenos Aires y del Banco Nacional, reformuló el origen de las dificultades de la Argentina con el sistema de Patrón Oro a fines del siglo XIX. A diferencia de la visión tradicional enunciada por John Williams y Alec Ford, y prevalente hasta entonces, que exponían a factores externos como causantes de las crisis recurrentes e insalvables experimentadas por nuestro país en la segunda mitad del siglo XIX, Roberto ahora con series monetarias corregidas puso el énfasis en el papel que habían tenido el sostenimiento de políticas fiscales y monetarias excesivamente expansivas, inconsistentes con regímenes cambiarios con tipo de cambio fijo y libre movilidad de capitales. Aportes posteriores de autores como Alan Taylor o de Gerry della Paolera en su tesis doctoral en Chicago, proveyeron aun de mayor sustento estadístico y analítico la tesis de Roberto, que por esta obra se hizo justo merecedor del Premio Nacional de Historia. Ya en 1984, y vuelta la democracia, e invitado por el nuevo decano el doctor Bulygin,

Roberto, junto a un conjunto de otros importantes economistas como Guido di Tella, Roberto Lavagna y el licenciado Domínguez tomaron la responsabilidad en la facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA de modernizar el curso de segundo año de Economía Política. Tuve la fortuna de acompañarlo en esa riesgosa aventura, y digo riesgosa, pues comenzábamos el curso con un par de semanas de enseñanza de matemáticas puras estudiando los capítulos introductorios del libro de *Fundamentos Matemáticos* de Alpha Chiang para luego adentrarnos en el texto *Introducción a la Economía de Lipsey*, un texto habitual, pero en las Facultades de Económicas.

Ante nuestra sorpresa los cursos comenzaron a llenarse y pronto tuvimos un conjunto muy importante de alumnos destacados que eran capaces de seguir perfectamente las clases. Entre ellos recuerdo a Juan Curutchet, ex Presidente del Banco Provincia y hoy Superintendente de Bancos, que tuvo el arrojo de presentarse libre y obtener la máxima calificación. Menciono este paso por Derecho que transcurrió entre 1984 y 1990 porque fue una experiencia que Roberto siempre recordó con gran satisfacción.

En 1991, comenzado el tumultuoso pero fructífero proceso de creación de la Universidad di Tella, Roberto, invitado por Rolf Mantel, se mudó a la Universidad de San Andrés. Dejo así al conjunto excepcional de científicos sociales con los que había interactuado por tanto tiempo como Ana María Martirena Mantel, Ezequiel Gallo,

Natalio Botana, Francis Korn, Javier Villanueva, Julio Berlinski, Juan Carlos Torre y más adelante un muy joven Pablo Gerchunoff, el recordado y tan querido Alfredo Canavese y Juan Llach. Pero lo hizo para unirse a un grupo reducido pero también muy destacado de profesores como el mismo Rolf, Victor Yohai, Osvaldo Schenone, Juan Carlos de Pablo e Ignacio Zalduendo. Fue este tal vez su periodo más prolífico como docente, llegando en 2002 a ser nombrado Profesor Emérito de dicha Institución, luego de haber sido director del Departamento de Economía. De allí salieron importantes historiadores económicos de la actualidad como Mauricio Drelichman, hoy docente en Canadá, y Carola Frydman que actualmente se desempeña como profesora en MIT.

Fue durante esa década que, invitado por John Coastworth, se desempeñó como profesor en la Universidad de Chicago en 1991 y 1992, en Harvard en 1998 así como en Texas y la Universidad Hebrea. A pesar de esta nutrida agenda docente, sus publicaciones siguieron surgiendo. Ya miembro de las Academias de Historia y de Ciencias Económicas, en 1998 publicó *Progreso y Declinación de la Economía Argentina*, su abarcativa *Historia Económica Mundial* en 2003 seguida por *La Economía Política de la Argentina del Siglo XX*, que fuera luego publicada en inglés por Cambridge University Press, todos productos muy vinculados a los cursos que dictara en los años noventa.

También durante esa década participó como editor junto a John Coastworth y Victor Bulmer-Thomas de una *Historia Económica de América Latina* también editada por Cambridge University Press. Mientras esto ocurría, continuaba acumulando distinciones como el Premio Konex o la muy relevante Orden de Isabel la Católica.

Durante sus últimos años inició una triada de libros, la *Historia de las Instituciones Monetarias argentinas*, co editada con quien escribe y publicada por Editorial Temas, una reseña bibliográfica denominada *Nueva Historia Económica Argentina*, con Gerardo della Paolera, y en la que participaron varios de los académicos aquí presentes, como Eduardo Miguez, Pablo Gerchunoff, Andrés Regalsky y yo y, finalmente, *La Economía de Perón*, producida con quien habla, della Paolera y Laura D'Amato, un libro que con el auspicio de esta Academia y con la colaboración de un grupo selecto de economistas e historiadores, intentó llevar a cabo un análisis exhaustivo de las políticas del periodo peronista de 1946 a 1955, de sus condiciones iniciales y externas, y de su legado, un estudio que resultó en una visión algo distante de un conjunto de versiones recientes y, ciertamente, algo más complacientes en general

con el periodo. La segunda versión extendida de este volumen llegó a sus manos con Roberto ya convaleciente, pero lo llenó de satisfacción.

Finalmente, entre sus aportes importantes a la historia económica argentina y que ha llevado a muchos a denominarlo como el Padre de la Historia Económica Moderna de nuestro país, cabe señalar, en primer lugar, sus distintas publicaciones, las primeras en la década del 70, que contradiciendo a la Escuela Histórica Alemana y a autores como Scobie o Ricardo Ortiz, le dio un sustento empírico sólido, a los motivos de la inmigración desde Europa hacia Argentina, mediante la construcción de series de salarios reales de 30 años de duración. Así, mediante dicha cuidadosa reconstrucción de remuneraciones salariales reales a ambos lados del océano, usó la amplia diferencia a favor de Argentina como una razón capaz de explicar perfectamente por qué existían estos flujos masivos permanentes hacia nuestro país, contradiciendo las explicaciones más pesimistas prevalecientes previamente y que eran incapaces de explicar si las condiciones encontradas a su llegada eran tan negativas porque habían seguido arribando migrantes durante tanto tiempo a nuestras costas. Estas series fueron usadas luego por Jeffrey Williamson de Harvard para sus estudios masivos sobre flujos de migración durante la “Belle Epoque” arribando a conclusiones similares. Un segundo aporte que vale la pena rescatar es su enfoque tomado de John North del “crecimiento basado en el bien primario exportador”, particularmente su publicación por Harper y Row sobre *Las Primeras Etapas de Modernización de la América Hispana*.

Estos escritos se constituyeron en un importante desafío a las ideas cepalianas de la imposibilidad de los productores de bienes primarios para desarrollarse, ideas fuertemente inspiradas en Rostow, Rosenstein-Rodin y el mismo Raúl Prebisch, vinculadas con las Teorías del “Big Push”, las etapas del desarrollo y el pesimismo exportador. Y finalmente sus muy relevantes aportes a la reconstrucción de series del PIB del siglo XIX, que extendían las producidas por della Paolera y el que habla en nuestro documento *Dinero, Intermediación Financiera y Nivel de Actividad en 110 Años de Historia Económica Argentina*, producido como un encargo por parte de sus autoridades para la celebración del aniversario de la creación de nuestro Banco Central.

Estas nuevas series de Roberto surgieron de distintos documentos de trabajo producidos en UDESA con Marcela Harriague, que fue acompañado por una serie de estudios sobre cuentas nacionales provinciales o regionales, como los de Beatriz Bragoni y Luis Coria para Mendoza, o Florencia Araoz, Esteban Nicolini, Carlos Scrimini y María Parolo para Tucumán para citar sólo algunos casos. Por último, en este

terreno, quiero destacar su aporte a la monumental obra de esta Academia publicada en 2001 por Editorial Planeta con el título de *Nueva Historia de la Nación Argentina*, una obra extraordinariamente abarcativa y profunda sobre los distintos campos de nuestra Historia. Una descripción de Roberto no estaría completa sin referirnos a sus notables aptitudes para la construcción institucional. Sus tareas de “bombero” para tratar de poner a flote financieramente al Instituto Di Tella siendo muy joven y recién llegado al país, la obtención de un importante “endowment” del BID para poder lanzar la escuela para funcionarios públicos de América Latina que actuó como respirador artificial del Instituto durante los muy difíciles años 80, la creación de un innovativo posgrado en Historia a comienzo de esa misma década también en dicha institución, y su paso fundacional por San Andrés. A lo que debiera agregarse su invaluable aporte a dos Academias y la muy accidentada pero finalmente felizmente exitosa organización del Congreso Mundial de Historia Económica en Buenos Aires.

Pero todas estas dimensiones: la de notable investigador de alcance universal, prolífico docente por el mundo y de constructor de instituciones, estaría incompleta sin volver a señalar a Roberto como al idealista con voluntad de hierro que fue. Espero no estar cometiendo ninguna indiscreción en contar una última anécdota para ilustrar el lado profundamente humano de Roberto. Su hija María José contó que en la última conversación que mantuvo con su padre, éste le preguntó con gran preocupación si había sido un buen padre. Que duda tan noble para alguien con un exterior tan enérgico y decidido. Pero eso también era Roberto, el hijo que debió asumir tempranamente el papel de padre de sus hermanos y combatir con coraje, el mismo que mostró en cada uno de sus debates intelectuales, todos los días de la muy interesante vida que se forjó para sí mismo.

Homenaje a la Académica de Número, Dra. Nilda Guglielmi¹

POR EL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE, DR. GERARDO RODRÍGUEZ

Me toca recordar en esta Sesión Privada, gracias a la invitación del señor Presidente de esta Academia, doctor Fernando Devoto, a Nilda Guglielmi, académica de número recientemente fallecida, medievalista de prestigio internacional, directora del Grupo de Trabajo EuropAmérica de este Cuerpo y del Grupo de Investigación y Estudios Medievales (GIEM) del Centro Interdisciplinario de Estudios Europeos (CIEsE) de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Nilda era una investigadora de fuste y una docente con cualidades oratorias extraordinarias. Formada como profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, realizó sus estudios de doctorado, tanto en Argentina como en Francia, en el campo histórico. Sus trabajos iniciales, relacionados con la Historia de España y bajo la dirección de Claudio Sánchez Albornoz, tuvieron una impronta de corte institucionalista, perspectiva que complementó con sus indagaciones sobre el ámbito social y cultural, guiada por José Luis Romero y Georges Duby. Es este vínculo con la historiografía francesa lo que la distingue como la gran difusora de la Historia de las mentalidades en nuestro país.

Debatí sobre las estructuras de la sociedad medieval, en particular sobre el ordenamiento de la sociedad feudal y la sociedad burguesa, eludiendo las discusiones transicionales, y sobre la historia de las mujeres, anticipando los debates en torno al género. Una faceta muy particular de su sapiencia fue el conocimiento de la obra de Jorge Luis Borges. Su familiaridad con la producción del escritor argentino le permitió comprender su influencia en Umberto Eco.

Los temas hispánicos fueron cediendo lugar a los propios de la Historia de Francia y de Italia, lo que la llevó a convertirse en un referente de debates historiográficos relacionados con los vínculos de la Historia y la Literatura –en particular la importancia de las fuentes literarias para la reconstrucción de las sociedades de la plena y baja Edad Media–, con la configuración de grupos marginados –en los que incluía desde campesinos a viajeros, cruzados, niñas, solteras, viudas y ancianas–, con las posibilidades de la reconstrucción de la vida cotidiana –de los

¹ Palabras pronunciadas en la sesión privada del 13 de agosto de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

sectores acomodados y de los grupos más humildes-, con las disputas en torno al cuerpo y la alimentación –en especial las místicas–, con las discusiones en torno a lo político en las ciudades italianas, del centro y norte, entre los siglos XIII y XV –tanto a nivel discursivo como de la propia práctica.

Sus lecturas sobre mentalidades, imaginario y discurso político pueden señalarse como precursoras de las actuales indagaciones sensoriales. Con el objetivo de relacionar sus estudios sobre el discurso político con mis indagaciones sobre los sentidos, estábamos escribiendo la comunicación “Cómo un hombre debe domar su lengua”, con base en fragmentos de Albertano da Brescia, autor que en el siglo XIII explica por qué hablar y callar constituyen un verdadero arte, técnica y estética eminentemente humanas que configuran el cuerpo social, político y sensible de cada momento de la historia, es decir, comunidades políticas, emocionales y sensoriales.

A ella le interesaron también los mecanismos y las maneras en que las personas, los grupos sociales, las instituciones, difundieron las ideas, discutieron y se las reapropiaron en diferentes momentos y lugares. Por ello le prestaba especial atención a las diversas fuentes documentales que dan cuenta de este fenómeno, fuentes que recurrieron a la palabra como forma de diálogo, de encuentro pero también de tensión y dominio colonial. En este sentido, indagó sobre la presencia de grupos religiosos en Asia y en América, recurriendo a las cartas de los viajeros, los relatos de los cruzados, a las crónicas de Indias y a las catequesis para entender cómo la Europa medieval se expandió más allá de sus fronteras territoriales y espaciales. En parte por esta razón, recoger la impronta de Europa más allá de sus límites físicos, nuestro grupo en la Academia lleva el nombre EuropAmérica.

Sus apreciaciones sobre la importancia de los tiempos medievales y la necesidad de difundirlos le abrieron las puertas a la escritura de divulgación científica y periodística y sus columnas supieron ganar un espacio destacado en los diarios de Argentina. Su férrea defensa de la cientificidad del campo de la historia medieval y de la relevancia de sus investigaciones le valió el reconocimiento en los diversos ámbitos institucionales en los que actuó: la Universidad, el CONICET y la Academia Nacional de la Historia.

A lo largo de su vida académica, Nilda inició perspectivas de análisis, propició grupos de investigación, protegió a sus discípulos, entre los que me reconozco. Como maestra siempre se preocupó porque conociéramos a fondo la documentación, las disputas historiográficas, los debates en torno a las Ciencias Sociales y las

Humanidades, la buena escritura de la Historia.

Por eso la despedida hoy resulta tan dolorosa, porque son años de trabajo en conjunto, de lecturas compartidas, de proyectos ambiciosos y de gran compañerismo. Su legado, relevante, nos acompañará y en esta Academia lo pondremos en valor en las jornadas que realizaremos en su memoria entre el 28 y el 30 de abril de 2025: “Burgueses, mujeres, viajeros y marginados. In memoriam Nildae Guglielmi”. Será un acotado pero explícito ejercicio de agradecimiento y de memoria, organizado de manera conjunta con la Universidad Nacional de Mar del Plata y la Universidad Nacional de La Pampa.

Porque ese legado no tendrá fin, no se diluirá en el polvo del olvido. Al contrario, como la de toda figura señera, su huella humana y académica seguirá impresa en quienes la conocimos y nos beneficiamos de su cercanía, en las investigaciones por venir, en las próximas publicaciones y en las trayectorias de los jóvenes que siguen eligiendo la historia y las disciplinas humanísticas para formarse y trabajar (que es lo mismo que decir “para vivir”). Porque como toda buena herencia, lo que nos ha dejado Nilda tiene que ver con el pasado, pero sobre todo tiene que ver con el futuro.

Homenaje a la Dra. Daisy Rípodas Ardanaz¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

Hace un mes y tres días cesó de latir el corazón de nuestra colega y decana la doctora Daisy Rípodas Ardanaz, primera mujer que llegó a ocupar en 1980 un sitial de numeraria.

Contaba ciento un años y dos meses de vida y se mantenía lúcida y atenta a cuanto le rodeaba. A cualquier hora del día, pero preferentemente al atardecer, el celular anunciaba que aquella ilustre historiadora, privada casi totalmente de la visión, se tomaba un rato para conversar con sus ya contados interlocutores sobre una realidad nacional e internacional cada día más compleja. Eran pocos, porque el paso del tiempo y las crecientes dificultades de movilidad la habían reducido a las cuatro paredes de su casa. Siempre tenía presente a la Academia.

Después pasaba al tema que actualmente más le preocupaba: la edición del libro *Santos indios en escena en los siglos XVII y XVIII*, a cargo de la imprenta Dunker. Los que de un modo u otro intervenían con afecto en el trasiego de los originales, conocían de memoria las consignas para evitar que se colara alguna “viuda” o cierto impertinente “huérfano” (tipográficos, claro) que afeasen las páginas. Antes de cortar la llamada volvía la pregunta: “¿Seguro que está todo bien”. A lo cual los que la auxiliaban respondían: “quédese tranquila que los operadores conocen sus mañas mejor que usted”.

De la misma manera había actuado durante la etapa en que ejerció la presidencia de la Comisión de Publicaciones de la Academia, cuando pasaba varias horas en la editorial, sentada frente a pantallas y teclados cuyo funcionamiento poco menos que desconocía.

Apenas apareció dicha obra, con una sabia introducción de su pluma, comenzó la odisea de distribuirla, y en esa tarea la auxilió, entre otros, una ex discípula, la doctora Adela Salas, quien junto con nuestra académica correspondiente la doctora Ana María Martínez de Sánchez trabaja en su biobibliografía. Cuando ese testimonio del trabajo y el afecto esté concluido, se sumará a la que la doctora Rípodas dedicó hace unos años a su esposo y colega el doctor José María Mariluz Urquijo.

Cuando la mayoría de los historiadores recibimos entusiastas los cambios que la

¹ Palabras pronunciadas en la sesión privada del 13 de noviembre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

tecnología proporcionó en las últimas décadas, incluso Mariluz, Daisy se mantuvo irreductible con su torre de fichas, sus lápices y sacapuntas que, según ella, le permitían gozar plenamente de su trabajo. Terminado un original, lo sometía a dos o tres revisiones, y recién lo trasladaba al papel desde una veterana máquina de escribir con cinta negra ya difícil de conseguir en los comercios.

Al concluir la edición de la *Nueva Historia de la Nación Argentina*, dirigida por el doctor Víctor Tau Anzoátegui, le sugerí, como presidente de la Academia, pero a la vez como coordinador de la obra, que hiciéramos una exposición que mostrase distintos aspectos de aquel gran esfuerzo colectivo. Fue cuando le pedimos a Daisy que nos facilitara los elementos con que había trabajado su capítulo, cosa que hizo con generosidad y que permitió reconstruir, junto a otros aportes, diferentes modalidades de labor, desde la manual a la digital, que ya ofrecía cuantiosos beneficios.

No es exagerado afirmar que la vocación -podría decirse pasión- por la historia de nuestra colega, surgió en la niñez, y se afianzó a través de los cinco años de cursada en el Liceo N° 1 de la Capital, donde obtuvo la nota de diez en todas las asignaturas, por lo que mereció que su retrato fuera integrado a la galería de alumnos distinguidos de la institución. Igualmente ejemplar fue su paso por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde decidió dedicarse no sólo a la docencia sino a la investigación, con el ejemplo de eximios maestros, entre ellos Emilio Ravignani y su después colega en la Academia Ricardo R. Caillet-Bois, quien quizá tuvo alguna influencia en la elección de la historia colonial por parte de su brillante alumna.

Daisy, como la llamábamos sus amigos y contados discípulos, obtuvo su título de doctora en la Universidad Nacional de Córdoba con una tesis sobre “*El Matrimonio en Indias, realidad social y regulación jurídica*”, de la que fue padrino el doctor Roberto Peña, con quien mantuvo una entrañable amistad y con quien fundaron instituciones que alcanzaron alto prestigio internacional. Ello sobre todo después de su matrimonio con el joven y ya destacado miembro de esta Academia José María Mariluz Urquijo.

El noviazgo nació en medio de la frecuentación de archivos y bibliotecas y las recorridas por las librerías de la calle Corrientes y otros establecimientos donde se reunían eruditos y coleccionistas. Pronto lo serían ellos.

En la cátedra y en los seminarios, Daisy era tan dedicada como exigente, pues no la animaba el propósito de cumplir con una exigencia administrativa sino contribuir a la formación de auténticos investigadores.

El matrimonio, que pasaba largos meses en los archivos españoles y en los repositorios de distintos países de América, instaló su hogar en un espacioso departamento, al que luego agregaron otro contiguo, en la calle Santa Fe casi esquina Gallo, donde fueron ampliando sin cesar una de las bibliotecas más espléndidas de la Argentina, con treinta y seis mil volúmenes escogidos, incluso varios únicos.

Allí ubicaban los objetos e imágenes adquiridos en la Península y en todo el continente. A ambos les agradaba transmitir recuerdos de esos periplos y de sus estadias en los grandes repositorios hispanos. Luego de trabajar por años en el Archivo de Indias, prefirieron permanecer en Madrid. Mariluz, concurría diariamente al Archivo Nacional donde solíamos encontrarnos. Daisy hacía a pie las pocas cuadras que separaban el departamento que ocupaban en la calle Ayala 30, edificio de alquiler en el cual a veces coincidíamos los argentinos, y entraba presurosa en la Biblioteca Nacional donde permanecía hasta la hora de cierre. Muchas veces habrá recordado lo que una vez nos refirió con una sonrisa: que habían ratificado su promesa matrimonial al pie de la estatua de Alfonso el Sabio.

Cuando concluía su permanencia anual en España, Daisy y su esposo regresaban cargados de libros y objetos a su santuario de la calle Santa Fe donde cada uno se entregaba a su tarea con la puntualidad con que se entra a una fábrica. Trabajaban con gran armonía, en ocasiones en la misma mesa, en un ámbito rodeado de pinturas e imágenes adquiridos en sus viajes por América.

El silencio se interrumpía para regañar a Pedro Vicente Cañete, no el sabio oidor de la Audiencia de Charcas, a la vez que tenaz enemigo de Mayo, sino el gato que dos de los hijos de Eduardo Martiré habían logrado bajar de un árbol, huraño y desgredado, para ponerlo en las desconfiadas manos del Maestro Mariluz. Este Cañete carente de borlas, anillos y muceta, afilaba las uñas en los cortinados, sin importarle las reprimendas, pues su instinto le garantizaba que sus amos jamás ejercerían violencia alguna sobre él. Cuando los visitaba, mi pregunta que hacía sonreír a Mariluz, era por “el gato maula”.

Daisy amaba a esos animalitos, y en sus últimos días de lucidez, repasaba libros bellamente ilustrados sobre ellos.

Allí o en otro ambiente, se servía el té con variedad de tortas, ocasión en que se hablaba de libros y de cuestiones de actualidad. El fallecimiento de Mariluz Urquijo no eliminó la costumbre, a pesar de la pena que embargaba a su compañera, y la mejor demostración de afecto que sus amigos podían recibir era su convocatoria para esos

encuentros.

En las evocaciones de su persona publicadas con motivo de su muerte, en especial la tan entrañable de nuestra colega la doctora Marcela Aspell, se señalan puntualmente sus principales publicaciones, sus cargos y distinciones académicas y otras circunstancias que permiten apreciar el volumen de su trabajo y la importancia de sus contribuciones, por lo que omito ingresar en la mención de ellos, por otra parte bien conocidos.

Daisy Rípodas Ardanaz, que accedió al decanato académico tras el fallecimiento de Enrique de Gandía, fue una gran historiadora con algunos de cuyos planteos e ideas se puede disentir, pero no con respecto a la valía de su aporte siempre novedoso, documentado y en ocasiones audaz para el momento en que lo dio a luz. Así la recordaremos.

Homenaje a la Dra. Hebe Viglione

POR LA ACADÉMICA DE NÚMERO LIC. SUSANA FRÍAS

En 1991 la Dra. Hebe Viglione fue votada como Académica correspondiente en Santa Fe, pero su incorporación pública se realizó bastante después. Presentada por el presidente, doctor Zorraquín Becú, su conferencia versó sobre “Evolución poblacional de Rosario desde sus comienzos hasta el siglo XIX”. A partir de ese momento su disponibilidad hacia la Academia fue total. Solía venir a Buenos Aires para participar de las Sesiones Públicas de los segundos martes del mes en las que su afabilidad ganaba simpatías y amistades perdurables. Fue su comprovinciano y Secretario Académico, Miguel Ángel De Marco, quien la presentó a las autoridades de la Biblioteca Nacional de España y de los archivos de Simancas e Indias, cuando, en 1994 obtuvo una beca para hispanistas.

El objetivo de su periplo era relevar fuentes útiles para los estudios sobre población rioplatense con la idea de usarlas en el Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre Población (CEIPE), que había fundado en la Universidad de Rosario. Al regresar se abocó, junto con sus colaboradores a confeccionar un “Inventario de fuentes españolas sobre la población de Santa Fe, siglos XVII-XIX”. Ese material fue generosamente compartido con el Grupo de Trabajo para la historia de la Población, al que se integró todo su equipo.

Desde entonces dedicó sus investigaciones a la población del sur santafecino poniendo en valor fuentes que no eran usuales en los estudios de historia demográfica, como las Visitas pastorales. Hizo una transcripción crítica de todas las que se realizaron al pago de los Arroyos (capilla del Rosario).

Fiel a su línea de trabajo participó del 49º Congreso Internacional de Americanistas (Quito 1997) en el que presentó «Fuentes para el estudio Demográfico del área sur de la provincia de Santa Fe. Argentina de 1730 á 1960»; detallaba allí los archivos consultados que incluían, además de los argentinos, los españoles y en Italia, la Biblioteca Vaticana, el Centro Studi Emigrazione y el Dipartimento Medicina Sperimetale de la Università degli Studi “La Sapienza”.

Expuso nuevos resultados sobre el Pago de los Arroyos en el Duodécimo Congreso Nacional y Regional organizado por la Academia en 2003. Dos años más tarde participó del Cuaderno de Trabajo sobre Historia de la Población, coordinado por

César García Belsunce con «Población y Poblamiento del área litoral fluvial argentina en el período colonial».

Acompañó al Grupo de Población a las IX Jornadas de Estudios de Población que se realizaron en Huerta Grande. En el Simposio “Nuevos pasos en la historia de la Población” organizado por García Belsunce en ocasión de la visita de Héctor Pérez Brignolo y David Reher avanzó sobre la «Composición de la familia del área rural-urbana, Rosario 1800-1815”.

Poco más tarde, abandonaba su actividad académica para volcarse enteramente a la vida familiar. Para quienes la conocimos y compartimos afanes intelectuales con ella, su retiro supuso un espacio que no pudo llenarse.

Hoy nos ha dejado definitivamente, pero su sonrisa y su carácter plácido nos acompañará siempre.

Palabras del presidente de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina en el Encuentro de las Academias Hispanoamericanas de la Historia¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. FERNANDO DEVOTO

En el breve tiempo que se nos ha concedido quisiera comenzar, ante todo, por los agradecimientos y ellos son institucionales y personales. Institucionales a la Real Academia de la Historia de España y a la Fundación Obra Pía de los Pizarro que han hecho posible este encuentro. Personales: debería mencionar a muchos, pero quisiera sintetizar ese agradecimiento en don Hernando de Orellana y sus dos hijas. Desde luego que mi deuda incluye también a todos los que me ayudaron a desplazarme con esa generosidad y calidez tan españolas en esta reunión de Academias hispanoamericanas. Una reunión enriquecedora en tanto permitió interactuar a muchas individualidades. Y defino individualidades y no un conjunto predefinido no solo porque el conocimiento histórico sea individualizador, nominalista si lo desean, o idiográfico si queremos acordarnos de Windelband, sino también porque cada una de ellas nació interactuando con una tradición historiográfica y/o memorial nacional y conservaron esa impronta hasta hoy. Algunas fueron “caballeros andantes del patriotismo”, como fuera dicho no sin ironía, otras, más sobrias compensaron el fervor patriótico con las virtudes de los eruditos.

Por otra parte, ellas fueron en su seno, al menos la nuestra, muy heterogéneas, ya que reunieron/reúnen a historiadores, cronistas, coleccionistas, ensayistas, artistas, figuras sociales prestigiosas, políticos, diplomáticos porque, finalmente, con un lápiz y un papel cualquiera puede escribir cualquier cosa. Y como no hay ejercicio ilegal de la historia la distinción entre el historiador profesional y el amateur nunca es muy clara.

Por lo demás, ¿que legitima a estas instituciones en nuestro mundo de hoy?

No hace mucho en una de nuestras sesiones recordé lo que dijo Claude Levi Strauss al asumir en la Académie Française en 1974: un principio de constancia y una exigencia de filiación. Y cito:

“Desde el momento en que desean pertenecer a una institución y son aceptados por ella, sus individuos confunden su propio valor con la institución que se encargan de

¹ Palabras pronunciadas en Trujillo de Extremadura, el 6 de octubre 2024.

mantener, hasta que otros los sustituyen y asumen a su vez la tarea de perpetuarla es decir construyen una genealogía”.

Desde luego ellas expresan de este modo un principio de continuidad reforzada por la cooptación, en un mundo cambia. Como combinar, en esa dualidad interior/exterior, conservación e innovación es, creo, el desafío de las academias hoy en día: conservar innovando o innovar conservando. Ya que la pura conservación el puro culto de la tradición nos lleva a Pedro Paramo, donde todos están muertos, aunque no lo sepan. Por otro lado, adscribirse a la pura innovación sería asumir la ilusión de una aceleración del tiempo en el que el mismo deviene el postulado de una abstracta modernidad de contornos indefinidos e inasibles.

Si así estuvieran las cosas una colaboración entre academias es un posible punto de partida no de llegada y toda acción conjunta es producto de la voluntad y de una creencia, la de que tenemos algo en común más allá de que procedamos de tradiciones divergentes. ¿Lo tenemos? Hispanoamericanas, iberoamericanas, latinoamericanas, panamericanas, latinas, indoamericanas.

Para colaborar a esa voluntad de diálogo, quisiera contar algo de la nuestra

Nacimos en 1893, no procedemos de la tradición intelectual española, ya que casi todo nuestro siglo XIX, o mejor nuestra tradición intelectual de más fuerza, hegemónica si quieren, se construyó contra España. Romper con el atraso era romper con la herencia hispánica formulada también a veces como herencia hispano-católica. El fundador de nuestra academia, Bartolomé Mitre, padre noble de la historiografía argentina era pura tradición francesa de Mignet a Guizot de ahí a Lamartine y con los años en un clima cambiado llegó hasta Taine o, lateralmente, descubrió a un alemán, Gervinus.

La fundó como una Junta de Numismática que reunía a unos eruditos que cultivaban en esos menesteres su tiempo libre. Y si habría que elegir entre fundar desde el patriotismo o desde la numismática no creo que haya dudas en las ventajas honestas de la anticuaria. Luego devenimos Junta de Historia y Numismática, 1904, de nuevo por iniciativa de Mitre quién postulaba para la numismática mayores ambiciones que la pura curiosidad erudita y luego Academia Nacional de la Historia, ahora con Ricardo Levene al frente, en 1938.

Sin embargo, las cosas son, como a menudo, ambiguas, complejas, cambiantes y aquella hispanofobia devino por un tiempo hispanofilia, al menos la devino en el terreno historiográfico. Las visitas de Rafael Altamira, 1909 y las varias de Ramón Menéndez

Pidal, desde 1905 y los largos vínculos que estableció con Argentina, que se continuaron con Amado Alonso que aceptó venir a Buenos Aires por su intermedio a fundar el Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires en 1927. Aunque ya circulaban por allí Langlois y Seignobos y un Bernheim más citado que leído, serían los españoles los que vinieron aquí a enseñarnos el nuevo método histórico y la nueva filología. Desde luego estaría pronto también Ortega, en sí, pero más aún como mediador a través de la Revista de Occidente, porque a través de ella llegaban las novedades del pensamiento europeo de más allá de Iberia. Y de más allá porque siempre hay un más allá, siempre hay otra herencia intelectual por detrás de una herencia intelectual. Nosotros aprendíamos de los españoles y estos también aprendían de otros. Como escribió en unas breves memorias Ramón Carande, sobre su generación: todo tenían que ir a la escuela en Alemania.

Por otra parte, España estuvo por un tiempo adelante, en especial con Claudio Sánchez Albornoz y el grupo del Anuario de Historia del Derecho español. Don Claudio, el amigo de Marc Bloch y que como todos saben había estudiado con Dopsch en Viena.

Sin embargo, lo que se preanunciaba como un prolífico intercambio encontró el telón de La guerra civil. Ricardo Levene hacía equilibrios, algo que le era muy idiosincrático, entre su vieja fidelidad a Altamira y conservar los lazos con España, en especial en el campo de la historia del derecho. Y ayer en Trujillo, la Directora de la Real Academia Española de la Historia dijo al pasar que las Indias no eran colonias y vino a mi memoria que, como ella y muchos de ustedes saben, ese era el título y el argumento de un libro de Ricardo Levene de 1951: precisamente “Las Indias no eran colonias”. Sin embargo, Levene comprendió que también había que otear en otros horizontes y me complace recordar que la institución que el presidió durante tantos años hizo académicos correspondientes, por su esfuerzo y por el de otros, a Benedetto Croce, Oswald Spengler, Lucien Febvre, Fernand Braudel, Marcel Bataillon, Arnold Toynbee o que bajo su impulso se hizo el importante II Congreso de Historia de América en 1937.

Mientras tanto llegaban a aquellas tierras australes Claudio Sánchez Albornoz y, por menos tiempo, Américo Castro. La España peregrina como fuera llamada que tantas cosas dejó. Venía a reforzar una tendencia tan visible en las entreguerras y era esa nota cosmopolita que connotaba a la república de las letras, pero también a la sociedad argentina toda. Borges dijo una vez que, como recibimos muchas herencias, somos los únicos en realidad en ser europeos porque los europeos no son tales, son españoles,

franceses, alemanes, ingleses. Italianos... Una afirmación que los tiempos por venir harían discutible, en primer lugar, porque también somos americanos, aunque nos haya costado tiempo aprenderlo. Don Ramón Gutiérrez aquí al lado que me ha honrado acompañándome a este encuentro en representación de nuestra academia me lo recordaría rápidamente. Europeos y americanos, Eurindia había propuesto, sin éxito, Ricardo Rojas. En cualquier caso, éramos un país y una historiografía que miraba simultáneamente a Europa y América. Y las grandes oleadas de renovación historiográfica que afectaron al mundo euroatlántico en la segunda posguerra debía colocar en una nueva encrucijada a las academias que tenían ahora que lidiar con todos los problemas inherentes a los nuevos tiempos. ¿Y los españoles liberados de los estrechos límites que le imponía el régimen (que sin embargo no había impedido que se mantuviesen muchos lazos con los ámbitos más dinámicos de ese mundo nuevo, de París a Oxford) no jugarían luego y juegan hoy también su partido tanto en Europa como en Iberoamérica?

Por lo demás no hay que olvidar que, en tiempos todavía más recientes, el mundo ha cambiado y hoy se puede acceder a tantos registros y a tantos autores desde los lugares más recónditos. Las conexiones son, ahora, globales, pero no quisiera dejar de señalar que se es global desde una perspectiva desde un punto de vista, desde un lugar que es siempre el nuestro, nuestro *ubi consistam, hic et nunc*, en nuestro caso, Argentina. Sin embargo, desde allí ¿porque privarnos de todo lo que puede brindar el ancho espacio historiográfico de los dos lados del Atlántico y todavía de más allá, de esas otras historiografías de las que tan poco sabemos?

Desde luego internet no sustituye los contactos e intercambios personales. Por eso de nuevo gracias por invitarme y así conocer a casi todos ustedes y poder explorar que podemos hacer y que no y cómo podemos hacerlo, sin exclusiones ni jerarquías. Y, como argentino agrego, sin presunciones, desde nuestros límites, que intentamos finalmente aprender a reconocer y que es la base para cualquier diálogo historiográfico posible. Empero, desde nuestros límites, nada a priori nos está vedado.

Guizot y el liberalismo francés¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. DARÍO ROLDÁN

A pesar de una relevante y prolongada trayectoria política e intelectual, hasta la década de 1980 solo algunos textos de largo aliento le fueron consagrados². Es cierto que su figura se opacó ya desde 1848 y que, durante los últimos veinticinco años de su vida, su actividad se repartió entre diversas asociaciones protestantes y la *Académie Française*, ajeno a los ámbitos políticos e intelectuales que lo habían albergado desde el principio de la Restauración. Si este opacamiento llama la atención no es sólo porque Guizot fue un personaje clave de la larga experiencia de “gobierno representativo” entre 1815 y 1848 sino, sobre todo, por la calidad, sutileza y originalidad de su reflexión política.

Nacido en 1787, se exiló con su madre en Ginebra luego de que su padre fuera guillotinado en 1794. Retornó a Francia en 1805. En 1810 es designado para reemplazar a Lacretelle en la cátedra de Historia de la Facultad de Letras de París y, algunos años más tarde -en 1814-, se incorpora al gobierno como secretario general del ministerio del Interior. Luego del interregno de los Cien Días, fue nombrado Consejero de Estado y colaboró en la implementación de las reformas relativas a la legislación electoral, militar y de libertad de imprenta impulsadas por Decazes entre 1816 y 1819. Nuevamente se dedicó a la enseñanza universitaria desde 1820 hasta su expulsión en 1822³ y desde 1828 hasta 1830⁴. Dedicado esencialmente a la reflexión y a la escritura, en los años 20 alternó la publicación de libros esenciales de la teoría política doctrinaria con la dirección de revistas de intervención política⁵. Sin saberlo, en esos años Guizot se

¹ Palabras pronunciadas en la sesión privada del 8 de octubre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

² Hasta los años '80, los libros de referencia sobre Guizot y los doctrinarios son: Pouthas, Ch.H., *Guizot pendant la Restauration, préparation de l'homme d'Etat*, Paris, 1923 y *La Jeunesse de Guizot (1787-1814)*, Paris, 1936; Díez del Corral, L., *El liberalismo doctrinario*, Madrid, 1945; Johnson, D., *Guizot. Aspects of French History (1787-1874)*, London, 1963. A partir de los años '80 los libros de referencia sobre Guizot son esencialmente tres: Rosanvallon, P., *Le moment Guizot*, Paris, 1985, Valensise, M. (ed), *François Guizot et la culture politique de son temps*, [Actas del coloquio de la Fondation Guizot-Val Richer], Paris, 1991 y Roldán, D. (ed), *Guizot, les doctrinaires et la presse, 1820-1830*, [Actas del Coloquio de la Fondation Guizot-Val Richer], Paris, 1993. En la bibliografía, al final del volumen, se ofrece un detalle más completo de libros y artículos consagrados ya sea a Guizot o a los doctrinarios.

³ Este curso será publicado bajo el título *Histoire des origines du gouvernement représentatif*, Paris, 1851 del cual se ofrece, en esta edición, una selección de capítulos.

⁴ Este curso dará origen a dos libros: a) *Histoire générale de la civilisation en Europe depuis la chute de l'Empire romain jusqu'en 1789* (varias ediciones y traducciones al español) y b) *Histoire de la civilisation en France depuis la chute de l'Empire romain jusqu'en 1789* (varias ediciones).

⁵ En efecto Guizot publica en este período los siguientes textos: *Du gouvernement de la France depuis la*

transformaba en el arquitecto intelectual de lo que aún no era la Monarquía de Julio. Durante los años que van entre 1830 y 1848 ocupó varios puestos electivos y cargos ministeriales: diputado desde 1830 hasta 1848, ministro del Interior en 1830, ministro de Instrucción Pública entre 1832 y 1836, embajador en Londres en 1840 -y responsable de la *entente cordiale* con Inglaterra- ministro de Asuntos Extranjeros a partir de 1840, jefe efectivo del gobierno a partir de esa fecha y presidente formal del Consejo de ministros desde 1847 hasta la revolución. Actor central de la vida política entre 1814 y 1848, Guizot cayó en desgracia junto con la monarquía de Julio.

Como se sabe, la revolución de 1848 fue para el conjunto del orleanismo una verdadera *débacle*. En efecto, 1848 significó la derrota de las aspiraciones de la generación que había nacido con el siglo, mostró la futilidad de la interpretación de la Historia que predicaba que el progreso de la Civilización se encarnaba en una clase social, reveló la ilusión que se escondía tras la certeza de que la Monarquía de Julio finalmente había logrado "terminar" la revolución y condenó a la extinción a la noción de soberanía de la Razón que había sido forjada como superación de la soberanía popular crítica a la modernidad democrática surgida de la Revolución. No obstante, la mayoría de los orleanistas reencontró un lugar en la política luego del fenomenal embate, probablemente a causa del reformismo que algunos de ellos -Thiers, Duvergier de Hauranne o Rémusat- habían impulsado en los años 40.

Para Guizot, en cambio, los efectos de aquella derrota fueron lapidarios. Como lo ha señalado C. Lefort: "Después de 1848, Guizot deja de ser un actor político. Ahora bien, -agrega- es preciso convenir que deja de ser, al mismo tiempo, un pensador político. Las ideas son cortas de miras, se encadenan bajo el efecto de una creencia dogmática. Hecho remarcable, el estilo se degrada del mismo modo"⁶. Acaso el mejor ejemplo de esta doble degradación se obtenga comparando "De la democracia en las sociedades modernas" de 1837 con el panfleto *De la Democracia en Francia* escrito en 1849. En el primero de los textos, Guizot reivindicaba la limitación de los poderes por

Restauration et du ministère actuel (1820), *Des moyens de gouvernement et d'opposition dans l'état actuel de la France* (1821), *Des conspirations et de la justice politique* (1821), *De la peine de mort en matière politique* (1822). Participa activamente, además, en un importante número de publicaciones periódicas como *Les Tablettes Universelles* (creadas en 1822), *Le Globe* (creada en 1824), *L'Encyclopédie Progressive* (lanzada en 1826), *La Revue Française* (creada en 1828). Todas estas actividades de prensa están fuertemente vinculadas con la creación y consolidación del grupo "doctrinario" y en ellas participan junto a Guizot, V. Cousin, Ch. de Rémusat, P. de Barante, V. de Broglie, L. Vitet, A. Thiers, T. Jouffroy, J.Ph. Damiron, entre otros. Al final del volumen, se ofrece una lista completa de las obras de Guizot y de los principales autores doctrinarios.

⁶ Lefort, C., "Introduction. Le libéralisme de Guizot", dans Guizot, F., *Des moyens de gouvernement et d'opposition dans l'état actuel de la France* (1821), Paris, Belin, 1988, p. 9.

el régimen representativo, la igualdad civil, la extensión de las libertades individuales impugnando la soberanía popular en nombre de la soberanía de la Razón. Obtusamente conservador, en el segundo texto sentenciaba: “El caos se esconde bajo una palabra: democracia”. “Cuando más lo pienso, más estoy convencido de que su gran mal, que mina sus gobiernos y sus libertades, su dignidad y su felicidad, es el mal que ataco, la idolatría democrática”. Es obvio hasta qué punto Guizot había dejado de comprender el sentido profundo de la evolución política, así como su incapacidad radical para advertir el inevitable impulso democrático encarnado en la reivindicación del sufragio universal, con el cual -y descubriendo en él un dato irreversible- sus antiguos compañeros de ruta habían decidido "pactar". A esta incompreensión "intelectual", se suma también una llamativa imposibilidad de evaluar su propio rol en la vida política. Ello se hace patéticamente evidente en las elecciones que se realizan en Lisieux -el lugar de su domicilio- en 1849. En ellas, Guizot obtiene apenas 166 votos sobre 89000 electores.

Pero no es sólo esta degradación de ideas y estilo, ni su incompreensión de la evolución política luego de 1848 lo que explica el cono de sombra que envuelve a Guizot a partir de la II República. Tal como lo sugiere Furet, Guizot ilustra el caso infrecuente de un publicista que hace la teoría de un régimen y luego lo pone en marcha. Por supuesto, ello contribuyó a convertir a su obra escrita en indisociable de su actividad política y, por lo tanto, a garantizarle a ambas la misma suerte. Sin embargo, no es posible contentarse con esta imbricación para entender el destino de su reflexión política. Con ser cierta, esta explicación no permite percibir todas las aristas involucradas en el “olvido” de su obra y mucho menos comprender el sentido de su reciente reactualización.

El debilitamiento de su figura se robustece porque a los efectos de la revolución de 1848 se agrega la “incomodidad” que Guizot provocaba entre las diversas tradiciones ideológicas presentes en el debate político de la III República. En efecto, adalid del gobierno de la “clase media” en su aspecto más “despreciablemente” burgués, para la izquierda Guizot no ofrecía más que el interés de un adversario en desgracia; responsable de una derrota sin par y asociado a la reivindicación de un régimen censitario, para la derecha reencontrada con el sufragio universal, Guizot no suscitaba ningún encanto. Monárquico para la cultura republicana, protestante para las diversas formas del catolicismo, ideólogo de un gobierno plutocrático para la tradición democrática y republicana y, en fin, emblema de un período que había intentado detener la historia o que, en el mejor de los casos, había actuado como una bisagra entre la

revolución y el triunfo de sus ideales -consagrados, según cada interpretación, en 1848, en 1851 o en 1875-, Guizot reunía en torno suyo un consenso que lo alojaba allí donde la historia se confunde con el desinterés, donde el rechazo se consuela con la intrascendencia.

Esta "incomodidad" muestra bien porqué ni Guizot ni los doctrinarios pudieron dar origen a una "tradición política". Sin embargo, los avatares políticos e intelectuales que jalonan la segunda mitad del siglo XIX tampoco son suficientes para comprender el persistente "olvido" de su obra. Para corroborarlo, basta comparar la suerte corrida por la obra de Guizot con la de otros publicistas que le fueron contemporáneos. Sin ningún esfuerzo, se descubre que su marginalidad se extiende a un excelso conjunto que incluye a B. Constant (cuyos *Fragmentos de una obra abandonada sobre la posibilidad de una Constitución Republicana para un gran país*, fue publicado por primera vez en 1991) o Tocqueville que cayó en un cono de sombra desde el Segundo Imperio hasta los años '60 cuando, desde distintas perspectivas Aron, Lefort y Furet impulsaron la publicación de sus obras completas y de sus manuscritos.

Una perspectiva menos atenta a la biografía descubre, entonces, que es el conjunto de la reflexión política elaborada entre la Restauración y la revolución de 1848 la que fue considerada como curiosa o estéril, víctima ella misma de la trivialidad con que hasta hace apenas unos años se interpretaba el conjunto de la primera mitad del siglo XIX. Incomparable con la centralidad del período revolucionario, con el misterio de la Convención, con la atracción del Imperio, con la devoción por la República o la incógnita del II Imperio, el período que separa Waterloo de 1848 aparecía como anodino, casi como un desvío momentáneo de la Historia.

El retorno de los Borbones, el patético y fallido intento de Carlos X de restaurar lo que fuera posible del *Ancien Régime*, la reinstalación de la monarquía luego de que la revolución de 1830 anunciara por un instante su reencuentro con la tradición de la revolución habían convertido esos años en un paréntesis. El período de gobierno parlamentario fue interpretado como un pacto con el pasado exigido por la imposibilidad de desembarazarse completamente de él: los años 1814-1848 fueran percibidos, así, como una suerte de transición a la espera de que la Historia retomara su curso. Las instituciones nacidas en él fueron vistas como una "introducción", como un "esbozo" que preparaba o dilataba -según los casos- la irrupción de las instituciones democráticas y, en particular, la emergencia de la república y del sufragio universal. Nada en él parecía vincularse con las instituciones e ideas sobre las que se construiría la

historia y cuyo origen, paradójicamente, exigía remontarse ya sea a las primeras versiones de la Revolución, de la República o, incluso, del Imperio. Por supuesto, la reflexión política que lo acompañó era apreciada del mismo modo. La idea del sufragio censitario, la concepción del gobierno representativo, etc., fueron interpretadas como un intento de eludir, de demorar o de preparar la segunda mitad del siglo XIX, ocupada enteramente por el II Imperio y la III República. En suma, tanto en sus realizaciones institucionales como en su reflexión política, el período era leído como una transición entre dos momentos y, por lo tanto, en sí mismo trivial.

Ahora bien, las mismas causas que permiten entrever las razones del "olvido" de su obra muestran que la creciente atención que ha concitado Guizot, Constant y Tocqueville y otros publicistas de aquel período ciertamente excede a cada uno de ellos, más allá de la disímil atención con la que han sido "releídos" en los últimos años⁷. Este redescubrimiento es también el de un período cuya particularidad consiste en haber construido, casi imperceptiblemente, los fundamentos del gobierno parlamentario en Francia; pero él excede también al de la importancia de la Restauración y de la Monarquía de Julio. También la renovación de la reflexión general sobre el liberalismo y la democracia, la renovación de los estudios sobre teoría constitucional, el interés por la reflexión en torno de la acción política y de las "formas de gobierno", el renovado interés por el vínculo entre la religión y la democracia que preocupó a los tres autores son solo algunos de los temas que revelan su interés.

En lo que concierne a Guizot, la comprensión del renovado interés que suscita su figura no se limitar ni a la biografía ni a la historia institucional del siglo XIX; debe asociarse con la Política y con la Historia.

Con la Política, porque ese interés se inserta en la renovada preocupación por el debate finisecular en torno a la democracia. Sin duda, en él conviven varias razones: en primer lugar, la convicción de asistir a una crisis de la síntesis liberal-democrática que inspiró el funcionamiento de los regímenes democráticos exitosos; en segundo lugar, la irrupción de formas democráticas en Europa del Este, como consecuencia de la desintegración de la Unión Soviética. Bajo formas diversas reaparecía un mismo problema: la problemática articulación del liberalismo con la democracia. De este modo, su reaparición no se debe a la ilusión simplista de biógrafos o panegiristas que, al

⁷ Es casi innecesario señalar que la importancia y centralidad que ha adquirido la reflexión de Tocqueville es incomparable con cualquier otro de los publicistas aquí aludidos. No es menos cierto, sin embargo, que la escasa atención prestada a la obra de Tocqueville es también parte de este mismo fenómeno de desinterés por el período. Lo mismo puede señalarse respecto de, por ejemplo, Benjamin Constant.

revelar autores poco frecuentados, imaginan descubrir en ellos la capacidad de responder a preguntas contemporáneas; tampoco a la perennidad de postulados emitidos hace casi dos siglos. Las obras ahora visitadas proveen claves de comprensión para repensar una dificultad que posee una similitud fundamental con la conceptualización e interpretación que aquellos autores hicieron de los desafíos de la política moderna y del legado revolucionario. Si, entonces, ella no se despliega en el terreno de la similitud de soluciones sí lo hace, y de modo creciente, en el de la sugerencia de pistas de reflexión. El interés de Guizot por la "opinión pública" es un excelente ejemplo de ello. Al respecto, Habermas ha recordado: "Guizot (...) ha dado la primera formulación clásica del reino de la opinión pública"⁸.

En efecto, el problema fundamental al que buena parte de aquellos autores consagraron su obra se concentra en torno de las condiciones en que es posible conciliar la tradición liberal relativa a la garantía de los derechos individuales y la tradición democrática relativa a la participación política. Si se asiste, entonces, a una relectura de las inflexiones del pensamiento político de la primera mitad del siglo XIX es porque, en primer lugar, la crisis del Estado de bienestar, de la concepción de la representación, y de la ciudadanía -pilares sobre los que se había hecho posible construir una síntesis entre la tradición liberal y la democrática- han hecho necesario volver a interrogar a la democracia en aquello que recrea el origen de sus principales formas y presupuestos. Pero también, y, en segundo lugar, porque el redescubrimiento del valor y del sentido de las libertades individuales permitía articular sólidamente la crítica tanto de las democracias "populares" y, más recientemente, a las distintas formas de populismo. Por último, en tercer lugar, porque ambos procesos habían hecho imperativo retomar y explorar la genealogía crítica de la democracia justo en el momento en el que ella irrumpe en el panorama político moderno, luego de haber desaparecido durante siglos de la paleta de regímenes posibles o deseables. Es precisamente allí, en la confrontación inédita con la idea democrática tal como emerge a principios del siglo XIX, donde Guizot, Constant o Tocqueville, entre otros, ofrecen una clave de lectura del fenómeno democrático. En ese triple contexto, la obra de Guizot ofrece un desarrollo ejemplar.

Si los tres autores forman parte de la tradición así llamada "liberal" y, por lo tanto, comparten un conjunto de interrogantes que forman parte del contexto que pobló el período 1814-1848, no es difícil advertir algunas particularidades de sus

⁸ Habermas, J., *L'espaca public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise* [1962], Paris, Payot, 1993, p. 111. [La traducción de la cita me pertenece].

contribuciones. La gran preocupación de Constant consistió en compatibilizar la soberanía popular con las libertades individuales, es decir, comprender la tensión entre la autonomía de los intereses de la sociedad civil y la afirmación de la soberanía como transcendencia del poder político en relación con esos intereses. Si la reflexión de Tocqueville pivoteó sobre la distinción de la naturaleza de la democracia (igualdad) y el arte de la democracia (libertad) y el desafío casi insuperable con que la asociación entre la centralización democrática y el sufragio universal amenazaba o realizaba la democracia, Guizot buscó compatibilizar la eficacia del gobierno representativo con las transformaciones sociales que la Revolución había producido.

Como varias generaciones, Guizot buscó terminar la revolución. La combinación de ineficacia y fortaleza del gobierno de Richelieu (1816-1822) lo condujo a repensar los resortes de la acción del gobierno. La conclusión de Guizot fue que una de las transformaciones más relevantes aportadas por la revolución había sido la aparición de “seres sociales abstractos”, o sea, tanto sentimientos, sobre los cuales el gobierno debía operar, como un nuevo ser social, multitud o masas. Frente a ello, los medios de gobierno tradicionales, exteriores a la sociedad ya no bastaban, debía actuarse a través de medios interiores que permitieran asir y enhebrar sociedad y gobierno. Esos medios interiores se acompañaban de una concepción de la soberanía de la razón, inmanente y transcendente a la sociedad, opuesta a la soberanía de derecho divino como a la soberanía popular y que se desplegaba en una teoría del ciudadano capacitario. Por fin, una teoría de la representación que no transmitía ni voluntades ni intereses sino la razón de la sociedad cuya finalidad era producir la interpenetración entre el gobierno y la sociedad a través de la deliberación parlamentaria y la publicidad vehiculizada por la prensa.

También con la Historia la obra de Guizot ofrece un derrotero atractivo. A él se deben algunas obras como *La Historia de la civilización en Europa* o la *Historia de los Orígenes del Gobierno Representativo* en las que la primacía de la política, arropada bajo el modo de una historia filosófico-política, está articulada con una inteligente y sofisticada interpretación de la evolución de la sociedad. Guizot presenta la historia de la civilización europea como un proceso que, comenzado a partir de las invasiones germánicas, se desarrolla a través de un doble movimiento: por un lado, la complejización de la sociedad, en la que pueden reconocerse el movimiento hacia la libertad y la realización del principio de igualdad; por el otro, la unificación del poder estatal bajo la forma del Estado-Nación. Las transformaciones de los "actores" sociales

se estudia en paralelo con la construcción de un poder estatal que garantiza el fenómeno de la centralización que Guizot interpreta como uno de los antecedentes de la igualdad que la revolución consagraría. Por su parte, la *Historia de los orígenes del gobierno representativo* estudia los modos específicos a través de los cuales emergen en Inglaterra las primeras formas de la representación, prestando especial atención a la manera en que ellas resultan de una articulación precisa y meticulosa entre lo social y lo político. Esta perspectiva histórica, por supuesto, involucra también una de las contribuciones más interesantes al siglo XIX: una suerte de filosofía de la Historia destinada a sostener un régimen político.

De este modo, la revitalización de la historia y de la filosofía política contribuyeron a restituir un lugar de interés para Guizot y otros de sus contemporáneos. En este proceso general, la crisis de la historia social y la del marxismo ocupan también un lugar central. Para comprobarlo, basta con constatar que el origen del renovado interés por Guizot se inicia en el contexto de una reflexión que pensaba al mismo tiempo la renovación historiográfica y el totalitarismo tal como surgía de los trabajos de Furet, Lefort, Rosanvallon, Gauchet, Raynaud, entre otros, quienes en los años 80 "releyeron" a los autores del siglo XIX con el fin de repensar el conjunto de la historia política del XX. Nuevamente desde la historia y desde la reflexión política es posible reencontrarse con quien había hecho de la articulación de la historia y de la política las claves de su obra.

Una obra, en suma, cuyas claves de lectura están lejos de haberse agotado. En ese sentido, querría agregar la importancia de examinar el impacto que algunos de sus textos tuvieron en Argentina y en América Latina y, en especial, el alcance de la soberanía de la razón en la historia del proceso de universalización del sufragio.

Palabras de presentación como Académico de Número del Lic. Pablo Gerchunoff¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. EDUARDO JOSÉ MÍGUEZ

Cuando Pablo me pidió que hiciera su presentación formal en nuestra institución me sentí halagado, y es con gran satisfacción que la llevo a cabo. Pero es, a la vez, una tarea sencilla y desafiante. En realidad, podría limitarme a leer el notable prólogo que Roy Hora escribió para ese hermoso libro que publicaron en conjunto, *La Moneda en el Aire*. Cito: “Pablo no requiere presentación. Es uno de los historiadores más reconocidos de nuestro país, y, desde mi punto de vista, uno de los más originales y talentosos”. Con esto, y lo que sigue, la presentación estaría completa. Pero quiero destacar un aspecto particular de esta frase. Hora llama aquí a Gerchunoff “historiador”, así, a secas. En otras partes del texto, sin embargo, se refiere a él varias veces como historiador económico.

Creo que aquí hay una clave para entender la obra de Pablo Gerchunoff. Algunas veces lo escuché a él mismo definirse como un historiador de las políticas económicas, y en rigor, esa parece una definición precisa. Precisa, sí, pero engañosa. Como es obvio, para analizar las políticas económicas se requiere una visión de que es lo que pasa en la economía, por lo que las obras también son, en realidad, de historia económica. Pero como bien sabe el historiador por su análisis del pasado, a lo que Gerchunoff agrega su experiencia en la gestión de la economía, cualquier política económica debe desarrollarse en el estrecho marco que le impone la realidad política y social. Por lo tanto, para historiar las políticas económicas no solo hay que mirar la historia económica, si no la historia política y la social. Y por supuesto, el contexto de ideas en el que se formulan dichas políticas. Y esto nos devuelve al punto inicial; entrenado en el periodismo gráfico, formado como economista, Gerchunoff ha combinado su formación, su experiencia, y su talento, para darnos una versión particular de esa historia total con la que soñaban los autores de la escuela de Annales. Desde ya, sabemos que una verdadera historia total es imposible. Pero hoy, cuando la que fuera llamada “historia en migajas” se expande por el campo, la obra de Pablo nos devuelve al clásico oficio de historiador, que es tratar de comprender el pasado sin encerrarlo en compartimentos, donde el esfuerzo está en la búsqueda de la diversidad de factores que

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 13 de agosto de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

explican algo; en este caso, las políticas económicas y sus esperadas o inesperadas consecuencias.

Como he sugerido, la formación de Gerchunoff dista de recorrer una senda clásica. El ameno relato de su trayectoria juvenil que inicia la obra citada nos muestra un camino particular, pero a la vez comprensible en el marco de los años 1960 y 1970. Su paso por el Colegio Nacional de Buenos Aires contribuyó a la formación de una red de relaciones personales con quienes llegarían a ser reconocidas figuras intelectuales, que se iría ampliando con su participación en lo que Hora denomina adecuadamente “cultura de izquierda”. Y ya para comienzos de los años 1970, esa fascinación y a la vez incertidumbre que fue tan común entre los jóvenes de entonces con el fenómeno peronista.

Que su fugaz paso por la carrera de sociología no derivara en ese momento en una formación universitaria, dio lugar a una experiencia crucial para comprender la originalidad de la obra de Gerchunoff; varios años de labor como periodista. Simultáneamente, la relación con intelectuales más vinculados a la política, como Juan Carlos Portantiero, o al mundo académico, como Enrique Tandeter, Juan José Llach y Juan Carlos Torre, alimentaron sin duda una formación fuera de los carriles formales, hasta que finalmente, optara por la economía, profesión que le permitiría dar un eje a su formación variada. En la facultad se vincularía con uno de sus profesores, Guido Di Tella – profesor de desarrollo económico, el tema central de la historia económica – y esta relación- junto con otras – se irían transformando en una vía de acceso de manera ya permanente al mundo académico. Pablo lamenta que esta azarosa vía no le permitiera la experiencia del doctorado; pero quizás, como suele ocurrir, esas mismas vías abrieron perspectivas diferentes a las habituales, y contribuyeron a la originalidad de su obra.

Podría decirse que su ingreso formal al oficio de las publicaciones académicas se dio a través de un original artículo que escribiera con Juan José Llach: *Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas: 1950-1972*, (*Desarrollo Económico*, 1975) que en su momento diera lugar a intensas polémicas, para ser reconocido más tarde como referencia obligada en su tema. A él se agregarían una cuarentena de artículos publicados en revistas de alto prestigio de Argentina y del exterior, y otros tantos capítulos de compilaciones. Por razones obvias, no me detendré en ellos; solo me limitaré a señalar que en conjunto, constituyen una obra que ha contribuido a la riqueza y profundidad de sus campos predilectos; la economía y la historia.

Además de esta fecunda producción de artículos, Gerchunoff ha contribuido con la compilación de tres importantes obras, y con ocho libros de su autoría, o de trabajo en colaboración con colegas. Sobre esto último, cabe recordar lo que señala Hora en aquel prólogo, en el sentido de que esa tendencia a la colaboración en su producción académica, muchas veces incorporando la participación de investigadores jóvenes, expresa la vocación de Pablo por el diálogo, por intercambiar ideas para ir dando forma a la riqueza de los aportes que así se construyen.

“El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas” (editado en 1998 y reeditado dos veces, en 2007 y 2016, con revisiones y ampliaciones), que escribiera junto con Lucas Llach, aún muy joven en su primer edición, es seguramente el libro de historia económica argentina de un largo siglo XX (1880-2015) más difundido en nuestro medio, influyente tanto como texto universitario, como alta difusión del conocimiento histórico y como referencia básica para sus colegas historiadores. Incluso, una escuela para pensar en las políticas económicas argentinas. Como ya he señalado, si no es una historia económica, es una historia de la economía, o también, una suerte de historia general, abordada desde el punto de vista de la economía. Un clásico, sobre el que poco más cabe agregar a lo mucho que se ha dicho sobre él.

Desorden y Progreso. Historia de las crisis económicas argentinas 1875-1905 (Edhasa, 2007, en colaboración con Fernando Rocchi y Gastón Rossi), es un libro crucial y diferente, que destaca dentro de la obra de Gerchunoff. Quizás junto con *El eslabón perdido. La economía argentina entre la Gran Guerra y la Gran Depresión* (Edhasa, 2016), son obras que, manteniendo el estilo, proponen una visión en profundidad de una etapa más corta, más ligada a la investigación puntual. Basta ver la duración del período estudiado en estos textos para notar la diferencia con aquellos ensayos con una perspectiva más amplia. Más allá de la sólida investigación y la riqueza de las interpretaciones que propone, el libro destaca por la forma en que una investigación rigurosa puede ser presentada en de manera poco convencional, apelando a un arte de escritura que, ya presente en *“El ciclo...”*, busca transmitir la información y los argumentos en formas literarias menos rígidas que las habituales en el mundo académico.

Desorden y progreso... desnuda los entretelones de una etapa oscilante, pero en definitiva, de gran expansión de la economía argentina. Y a la vez, los avatares de un sistema federal que no logra encontrar su equilibrio. Por su parte, *El eslabón perdido*

aborda la década de 1920, que, como sugiere su título, Gerchunoff retoma como un momento mal comprendido de nuestro pasado. Si su maestro, Guido Di Tella, había visto en ella la pérdida de una oportunidad, el detallado estudio de las estrategias, sobre todo durante la presidencia de Alvear, y las dificultades que debe enfrentar tanto por las circunstancias externas, las reacciones internas y los contextos políticos, nos presentan una nueva interpretación de una de las etapas menos visitadas de nuestra historia, que recobra aquí la atención que requiere.

En el original libro *La caída*, 1955, (editado por Crítica, 2018), en cierta forma, Gerchunoff hace un giro de su enfoque, que sin embargo retoma los mismos temas, pero desde la perspectiva opuesta. Aquí, el objeto es un hecho político, pero para explicarlo recorre las circunstancias sociales, políticas y económicas que lo desencadenan. Su estrategia literaria, la recreación imaginaria de una frustrada entrevista que debió haber hecho a Perón en España, hace del documentado libro una lectura más que amena. Y si en las dos obras mencionadas anteriormente estrecha la amplitud temporal de su mirada, aquí el foco está ya en la coyuntura. Sin embargo, no por ello pierde una perspectiva de duración más larga. Si las circunstancias políticas, la relación con la Iglesia y las Fuerzas Armadas y un contexto internacional poco halagüeño, ocupan en la visión de nuestro supuesto Perón un lugar central en la explicación del golpe militar de 1955, Gerchunoff, su entrevistador, nos propone una idea novedosa. Concuere a Perón en que la coyuntura económica no fue un factor determinante, pero en su visión, lo que explica el golpe es el desgaste de la estrategia económica y política de largo plazo. En sus palabras: "Mi interpretación de lo que ocurrió en septiembre del '55 es que hubo un desmoronamiento del régimen político autoritario e igualitario que Perón había construido." "Perón no cayó porque la coyuntura económica -y subrayo la palabra coyuntura- fuera de crisis sino que el patrón de desarrollo y distribución del ingreso de Perón estaba en crisis".

Si en *La caída* se aleja de un enfoque que partía de la economía, en *Raúl Alfonsín. El planisferio invertido*, (Editado por Edhasa, 2022), rompe ya con sus temas tradicionales, para abordar una auténtica biografía. Con frecuencia, este género suele dar lugar a textos que toman al sujeto como una excusa para presentar un argumento histórico. Si esto no está totalmente ausente en esta obra, ello queda más bien en un plano secundario: su centro es, en efecto, Raúl Alfonsín, y el autor no oculta la simpatía y la proximidad que tuvo con su objeto, dando por resultado lo que todo historiador

busca; tratar de comprender, en este caso, a este crucial personaje de nuestro pasado reciente.

He dejado de mencionar dos trabajos más breves, uno escrito en colaboración con Lucas Llach (*Entre la equidad y el crecimiento. Ascenso y caída de la economía argentina 1880-2002*, editado por Siglo XXI en 2004) y con Pablo Fajgelbaum, *¿Por qué Argentina no fue Australia? Una hipótesis sobre un cambio de rumbo*, editado por Siglo XXI en 2006 y reeditado en 2016. La razón por la que separé estas obras es porque ofrecen una perspectiva complementaria a la habitual en sus trabajos. La pregunta que alguna vez hice a la obra de Gerchunoff era si, cito, “¿Estaba el futuro de la Argentina escrito en la naturaleza misma de las cosas? ¿O fue más bien el resultado de un conjunto de decisiones circunstanciales de política económica, que respondían en cada caso a coyunturas, a presiones sectoriales, a modas intelectuales, pero que en conjunto fueron tejiendo una trama que ineluctablemente empujaba a la Argentina a su destino tercermundista?” Su obra en general tiende a enfatizar el peso de las sucesivas circunstancias, pero en estos dos libros intenta una visión de más largo plazo, que sin caer en determinismos, busca factores más constantes que afectan el desarrollo económico de la Argentina. En *La moneda en el Aire, en cambio*, cuando las conversaciones con Hora giran de su experiencia personal a las visiones de lo que fue condicionando nuestro desarrollo, como indica el título, resulta claro que nada estaba predeterminado.

No quiero seguir retardando el momento de exposición de Pablo, que es, naturalmente, el objeto de esta reunión. Pero al centrarme en su obra, he dejado de lado hasta aquí el enorme impacto de la misma, que se refleja en su trayectoria. No puedo resumirla en unos minutos, pero concluiré señalando el reconocimiento que ha alcanzado:

Premio Konex de Platino 2016 como personalidad destacada de las Humanidades Argentinas en la categoría “Desarrollo Económico”; miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y becario de la Fundación Guggenheim (2008/2009). Ha recibido la Mención de Honor “Domingo Faustino Sarmiento” del Senado de la Nación; es investigador asociado del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá de Henares, Profesor Emérito de la Universidad Torcuato Di Tella, Profesor Honorario de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, y ha sido profesor visitante en diversas universidades extranjeras. Su figura goza de un amplio reconocimiento tanto en la

comunidad académica, como en la sociedad en general, y ha sido Jefe del Gabinete de Asesores del Ministerio de Economía en dos oportunidades (en 1989, y de 1999 a 2001) y Asesor entre 1986 y 1989.

Una trayectoria de distinciones que es el merecido producto de una aguda percepción de la realidad, que se refleja en una gran obra historiográfica.

King Lear: El papel de los yrigoyenistas en la caída de Yrigoyen¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO LIC. PABLO GERCHUNOFF

Las preguntas que quiero formularme aquí son las siguientes: ¿puede explicarse el 6 de septiembre de 1930 sin poner un foco sobre el desgaste y la descomposición del yrigoyenismo como ingrediente necesario si se quiere explicar la conspiración triunfante?; ¿no fue esta descomposición el resultado de una larga crisis de ese personalismo de raíz popular y democrática nacido en 1903 bajo el liderazgo de Yrigoyen? Y me hago estas dos preguntas porque la mayor parte de la historiografía –no toda- se ha concentrado casi exclusivamente en la otra cara de la moneda, en la génesis de la idea revolucionaria, en sus conflictos políticos e ideológicos y en su insólito triunfo final. Para llegar al 6 de septiembre “por el otro camino”, el del desgaste y el derrumbe del yrigoyenismo, voy a partir de su contracara: el impresionante triunfo del caudillo radical el primero de abril de 1928, un triunfo que representó la primera encarnación de la democracia de masas en Argentina, y digo democracia de masas por el gran salto en la movilización electoral masculina, con el aumento en los empadronados, pero mucho más importante en la participación electoral, que superó el 80%. Parecía una aurora y no un crepúsculo. Y esa movilización se entendía, entre otras cosas, por el recuerdo de la notable bonanza experimentada por las clases populares entre el final de la semana trágica y el final del gobierno de Yrigoyen, una bonanza que se mantuvo y hasta se consolidó en tiempos de Alvear, ensanchando, quizás a pesar del propio Alvear, la ruta de regreso del jefe al poder.

¿Qué ocurrió en 29 meses para que el aluvión cívico terminara evaporándose? Hubo una primera pista de esa vuelta de campana histórica en la reacción resentida de los derrotados de abril, ilustrada por Marcela Ferrari cuando nos cuenta del ausentismo opositor en los colegios electorales, y hubo otra pista en los periódicos y revistas que tan temprano como en febrero de 1928, cuando Yrigoyen ni siquiera era todavía candidato, informaban de una dudosa revolución preventiva encabezada por Agustín P. Justo para evitar una nueva presidencia de Yrigoyen. Pero son solo pistas. No alcanzan para explicar el sombrío final, aunque sí para pintarnos un paisaje, el del rechazo visceral del

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 13 de agosto de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

anti-yrigoyenismo estupefacto ante el regreso de ese caudillo que ya les había resultado bastante insoportable durante su primer mandato. Ese estado de ánimo fue un caldo de cultivo para lo que vino, pero lo que vino fue una revolución improvisada, con el comando dividido y casi sin soldados, con poco más que los cadetes del Colegio Militar sostenidos por el entusiasmo del pueblo de la Capital Federal, y con los partidos políticos opositores desorientados y desinformados respecto a los planes secretos de los uniformados. El 17 de septiembre de 1935 en la Cámara de Senadores, Lisandro de la Torre, probablemente el único verdadero amigo de Uriburu en el mapa político transmitió una confesión del jefe revolucionario, ya por entonces fallecido: al constatar Uriburu al mediodía del 6 de septiembre en el Colegio Militar que no tenía apoyos del acantonamiento de Campo de Mayo, dijo: “Estaba perdido. Debía elegir entre ser fusilado allí o en la Plaza de Mayo, y opté por lo segundo”. Sucedió entonces que al elegir el segundo suicidio, Uriburu terminó sorprendido por la victoria.

Para explicar entonces el 6 de septiembre hay que combinar el levantamiento militar con otros dos factores: uno proviene de las sorpresas que da la historia, esto es, de lo contingente; el otro factor es la fractura de la red de lealtades internas del radicalismo. Veremos que ambos factores están conectados, pero comencemos por lo primero. Lo contingente fue la Gran Depresión, cuyas primeras señales para la Argentina coinciden con el octubre de 1928 en el que Yrigoyen volvió a la presidencia. La coincidencia temporal es central para nuestra explicación, porque significó un choque inesperado entre las aspiraciones colectivas activadas por la victoria, y una repentina realidad que le ponía límites a esas aspiraciones. Dos reportajes de la revista *Caras y Caretas* al ex presidente Alvear son significativos en ese sentido. El primero es del 13 de octubre de 1928, al día siguiente de dejar el despacho. El periodista le preguntó: “Pero entre lo realizado por usted, ¿qué le satisface más como gobernante? Alvear contestó: “Le diré, para no dejarlo sin respuesta, que en primer término me ha interesado la normalización de nuestras finanzas... la consolidación del crédito, la valorización de la moneda, el equilibrio de presupuesto y la parquedad de los gastos públicos”. Cerremos las comillas y agreguemos nosotros: el camino de espinas que transitaría Yrigoyen iba a ser el reverso de las virtudes que se atribuía Alvear.

Dije dos reportajes a Alvear. El 31 de mayo de 1930, con mucha agua corrida bajo el puente y el gobierno de Yrigoyen jaqueado por la tormenta económica, el deterioro político y el complot militar, Alvear contestó en el Hotel Ritz de Madrid el segundo reportaje. Se trató en este caso de un Alvear potente y agresivo como nunca lo

había sido con Yrigoyen. Dijo Alvear: “No señor, no anda todo muy bien. Hay en la atmósfera argentina un descontento evidente. Es el inconveniente de las ilusiones excesivas”. El periodista repreguntó: “¿Qué dificultades cree que encuentra en su camino el gobierno personalista?”. Y entonces Alvear contestó: “...lo indudable es que se encuentra gastado. Y esto es un caso único, o cuanto menos bastante extraño en la historia gubernamental. Porque lo lógico es que un gobierno llegue al desgaste a través de sucesivas obras, de continuadas iniciativas y realizaciones... He ahí un desgaste lógico a todo gobierno de acción. Lo extraño y lo lamentable es el caso de este gobierno personalista, que a los dos años... se ha gastado por no hacer nada”.

Las palabras de Alvear, que ocultaban injusta y deliberadamente a la crisis mundial como una de las explicaciones del “gobierno gastado”, fueron dichas poco después de las elecciones intermedias del 2 de marzo de 1930, esas elecciones que en los días previos habían renovado la esperanza antipersonalista después del golpe brutal sufrido en abril de 1928. Los resultados, sin embargo, no fueron nítidos. La UCR obtuvo el 43,2% de los votos, que no era el plebiscito pero alcanzaba para mantenerla como primera minoría. Lo que sí resultó inquietante para el partido, abrió las grietas internas y las expuso a la vista de todos, fueron los votos perdidos, que se explicaban por los humores electorales de la Capital Federal, la Provincia de Buenos Aires y la Provincia de Santa Fe, compensados parcialmente en muchos distritos pequeños en los cuales el yrigoyenismo mantuvo intacta su fuerza electoral, o aún la incrementó. ¿Qué ocurrió entonces con las bancas? Yrigoyen recibió de regalo el beneficio inesperado de la lista incompleta que en 1912 había negociado con Indalecio Gómez. Eso fue exactamente lo que capitalizó el radicalismo en marzo de 1930: perdió votos, pero ganó bancas en la Cámara de Diputados, donde pasó de 89 a 100 escaños.

¿Cuáles fueron los efectos políticos de estos resultados?; ¿había que concluir que Yrigoyen era imbatible electoralmente, cuando perdiendo votos de todas maneras ganaba representación?; ¿o había que concluir que el radicalismo, con su líder anciano, comenzaba a descender la ladera del poder? A favor de lo primero influía la opinión de los expertos económicos, que en el mundo y en la Argentina pronosticaban, equivocadamente, que la crisis sería breve y que para 1931 ya estaría superada. Con ese pronóstico, no quedaba para la oposición frustrada y angustiada otro camino que la revolución si es que quería liberarse de lo que, convencidamente, veía como una reedición de la tiranía rosista. A favor de lo segundo, de la idea del declive yrigoyenista, se puede citar el testimonio de Carlos Sánchez Viamonte, que entre marzo y abril

escribió un apresurado e interesante libro, *El último caudillo*. Eso creía Sánchez Viamonte, que Yrigoyen iba a ser el último caudillo y que su llama se estaba apagando. Repasemos sus reflexiones: Yrigoyen había combinado la herencia psíquica del suburbio rosista con la presión modeladora de aquel otro suburbio que acogía al inmigrante, una rareza que por su intersección geográfico-social explicaba la magnitud del plebiscito de 1928. Pero ahora, ese fenómeno se desvanecía, aseguraba Sánchez Viamonte

Para ese marzo de 1930 José Félix Uriburu ya estaba conspirando, mientras los partidos opositores celebraban sus buenos desempeños. Esos partidos iban a ser protagonista de una nueva historia que se inauguraría después del 5 de abril de 1931, con Agustín P. Justo en el centro de la escena. Sin embargo, ya lo hemos dicho: la pregunta principal de este trabajo es qué estaba ocurriendo con el yrigoyenismo en medio de la crisis. Para responderla hay que partir de un dato del que mucho se ha escrito: la edad de Yrigoyen, pero examinado aquí ese dato de un modo distinto al habitual. Sabemos que el jefe radical comenzó su segundo mandato a los 76 años y que el 6 de septiembre lo encontró con 78 años cumplidos. Pongamos ese dato en perspectiva histórica nacional: ningún presidente argentino, desde la consolidación de la república unificada, había asumido el poder tan anciano; solo tres de catorce – Mitre, Luis Saenz Peña y José Evaristo Uriburu- estaban vivos a la edad en que Yrigoyen fue desalojado del poder. Su gabinete era largamente más joven que él. Se extendía la convicción de que Yrigoyen estaba en un proceso de acelerada declinación física y mental, una declinación que le impedía gobernar. Así se decía a viva voz entre opositores, militares, periodistas, ensayistas, embajadores, y se murmuraba entre oficialistas, que es lo que queremos subrayar.

Permítanme, a propósito de la edad, una visión alternativa a la declinación física y mental. Había, más allá de los rumores cotidianos sobre la salud presidencial, un problema político de fondo. La UCR no tenía resuelto el problema de la sucesión, el gigantesco problema de la sucesión. La palabra sucesión es clave. Porque la cuestión era: ¿qué ocurriría si Yrigoyen moría antes de octubre de 1934, esto es, antes de terminar su mandato? Hacerse esa pregunta significaba ingresar en una realidad vertiginosa, porque obligaba al círculo más poderoso del partido, a aquellos que estaban obligados a pensar el futuro, a anticiparse y colocar esa pregunta en el presente. Yrigoyen podía morir mañana, o quedar inválido mañana, aunque estuviera sano hoy, aunque pudiera gobernar hoy. ¿Por qué otra razón Elpidio González había impulsado en

agosto de 1928, después de la muerte de Francisco Beiró, la candidatura vicepresidencial de su protegido político Enrique Martínez, el cordobés de apenas cuarenta años que había destronado a Julio Argentino Roca (hijo)?

La sucesión era el conflicto diario y oculto por heredar el poder de un muerto que todavía no había muerto. Era conflicto y era malestar, pero quiero enfatizar que pensar la sucesión, y aún pelear por ella, era también responsabilidad política. ¿Por qué digo esto? Resolver el problema de la sucesión y exhibir esa solución públicamente podía proveer un fruto inmenso: neutralizar a los revolucionarios, convertirse en una solución radical a la crisis del radicalismo y de la nación. Dije malestar. El malestar se hizo público en mayo de 1930, cuando Lauro Lagos, un miembro del cuadro de honor del partido en la Capital Federal, manifestó su “definitiva disidencia” con Yrigoyen y dijo estar dispuesto a dar batalla por un cambio político dentro del partido. En junio se atrevió también el platense Raúl Oyhanarte, negando su voto para rechazar el diploma del diputado conservador Daniel Videla Dorna. Anatema. Y hubo más. Entre julio y agosto, el bloque parlamentario oficialista eligió presidente a Andrés Ferreyra, el candidato de Yrigoyen, por apenas 41 votos contra 32 de Eduardo Giuffra, resultado más parecido a una derrota que a una victoria del jefe. Había una revolución que se desentumecía dificultosamente en los cuarteles y comenzaba a vibrar en las calles, y había una batalla sorda dentro del yrigoyenismo que se activaba con los movimientos sigilosos de los revolucionarios, con los tropiezos del gobierno y con cada manifestación de una salud quebrantada en el habitante de la calle Brasil.

¿Quién se iba a quedar con el trono?; ¿se podía pensar en un enemigo externo al propio radicalismo cuando esa, la pregunta por la sucesión era la pregunta crucial? En 1932, repasando los hechos del día más dramático, Horacio Oyhanarte, que había sido ministro de Relaciones Exteriores de Yrigoyen, escribió en Montevideo un documento con una mención marginal pero catártica: King Lear. La alusión a la obra de Shakespeare recrea un clima: el de la locura en el palacio. Con el paso del tiempo, cuando otros protagonistas de la historia revisaron el pasado y dieron a conocer sus versiones de lo acontecido, a uno de ellos, quizás al que menos apetito había sentido por el poder, el escribano y ex ministro de Hacienda de la Provincia de Buenos Aires Francisco Ratto, le fue formulada una pregunta: “A su criterio, ¿cuál sería el motivo de la falta de acción de [Elpidio] González el día 6 de septiembre?... y Ratto contestó: “Se iban a tomar la herencia que dejaba Yrigoyen. Es el caso de los hijos de un viejo valetudinario que está en mal estado de salud y los hijos ofuscados por el interés”.

Sí, otra vez, King Lear. Pero había una semejanza y una diferencia entre Oyhanarte y Ratto. La semejanza es que los dos encontraban traidores que podían ser señalados sin ahondar demasiado en una trama más compleja sobre las causas de la crisis radical. Para ambos había un problema más moral que político. Las diferencias eran de personalidad y de actitud. A Ratto se lo ha sindicado como el hombre que acercó a Yrigoyen y a Alvear después del 5 de abril, un temperamento moderado y conciliador. Oyhanarte fue un hombre de pasiones desbordadas, y a la vez, rara avis de la política. En el texto de 1932, redactado con su particular estilo, se lee: “Yo no soy un profesional de la política, que me gusta más en los libros, en los arabescos de la inteligencia y de la intuición que, en el brutal ajeteo de los apetitos, de sus impudicias, de sus concupiscencias”. (Así escribía el amigo de Borges). Esa descripción fue probablemente sincera, pero a la vez autocomplaciente para alguien que, como él, también aspiraba a la sucesión. El texto le sirvió para colocar el mal en los “profesionales de la política” ¿Y quién era él? Se pintaba a sí mismo como Cordelia en King Lear, el hombre noble que a última hora de la tarde del 6 de septiembre arrancó a un Hipólito Yrigoyen afiebrado de su casa, le echó sobre los hombros su propio sobretodo y lo trasladó en su propio automóvil a la Ciudad de La Plata. Allí fue testigo del final patético, de la renuncia y la prisión del caudillo.

¿Quiénes eran los culpables del descalabro, para Oyhanarte? La respuesta era: “el triunvirato”, formado por Elpidio González –que reteniendo la cartera de Interior había sumado, ya veremos por qué, la de Guerra-, el ministro de Justicia e Instrucción Pública Juan de la Campa, y el secretario del Comité Nacional de la UCR, Silvio Bonardi. Durante la tarde del viernes 5 de septiembre, apenas 24 horas antes de que Uriburu arribara a la Casa Rosada, “el trío” se había puesto de acuerdo con el propio Oyhanarte para convencer a Yrigoyen de que firmara la declaración del estado de sitio. A los pocos minutos, según Oyhanarte, “el triunvirato había aumentado sus pretensiones”: ya no se trataba solo de que el presidente firmara el estado de sitio sino también de que, dado su estado de salud, delegara el mando en el vicepresidente. Y sabemos que lo lograron.

¿Se había resuelto, entonces, mal que le pesara a Oyhanarte, el problema de la sucesión a favor de tres “traidores”? El solo hecho de que veinticuatro horas después Yrigoyen ya no estaba en su dormitorio de la calle Brasil sino prisionero en el Regimiento 7 de La Plata mientras Uriburu se instalaba en la Casa Rosada, contesta la pregunta. El triunvirato había fracasado, pero digamos que no solo el triunvirato. En su

propia versión de King Lear, Ratto sostuvo que la “herencia política se la disputaban todos los presuntos herederos, entre los cuales...había dos hombres por los cuales Yrigoyen sentía verdadera debilidad: González y Oyhanarte: dos hombres, dos tendencias en marcha hacia el apoderamiento de la apetecida sucesión. Pero en estos intentos el que más avanzó fue Elpidio González”. Las palabras de Ratto tienen espesura dramática: iba a convertirse en traidor, no importa quien fuera, aquel que tuviera éxito en imponerse en la pugna interna. En sus respuestas a la revista *Ahora*, al cumplirse el décimo aniversario de la revolución, el ex ministro de Guerra Luis Dellepiane y Atilio Larco coincidieron. Luis Dellepiane dijo que el plan de “la camarilla” que había cercado a Yrigoyen era repartirse los roles: Enrique Martínez a la presidencia hasta la finalización del mandato, González a la presidencia del Comité Nacional y a la candidatura presidencial de 1934, de la Campa probablemente a la cartera de Interior. En cuanto a Larco, construyó una historia poco menos que fantástica en la cual caben destacar dos ingredientes: el primero, el instinto político de González. El otro, un aporte a la conceptualización clásica de las pequeñas historias de palacio: el papel de los médicos y la influencia sobre Yrigoyen de la señorita Isabelita Menéndez, su secretaria privada. A Larco lo impresionaba la tropa que había reunido González: nombre por nombre, todos sumados, la estructura del Estado Yrigoyenista. A todo esto, Oyhanarte no era inocente: según Larco, aspiraba a instalar una dictadura radical con Yrigoyen como fachada. Quizás la especulación de Larco fuera excesiva para la arquitectura mental de Oyhanarte.

Se impuso entonces, inútilmente, el núcleo más consistente de la política radical. ¿Hablaron los protagonistas centrales en algún momento sobre los hechos, más allá del texto de Oyhanarte? Esa es una pregunta importante porque al alejar el foco de la coyuntura resultaba inverosímil calificar de traidor a una figura como Elpidio González. ¿Cómo se podía dudar de su lealtad al jefe político? En verdad, González solo habló a través de un documento escueto y solo descriptivo de los hechos del día trágico. En ese escrito, no intentó defenderse de ninguna acusación ni acusar a nadie. No examinó las razones por las que, en ejercicio de la cartera de Guerra desde la renuncia de Dellepiane el 2 de septiembre, subestimó entre sus allegados los peligros de una sublevación, ni respondió a una de las obsesiones de Yrigoyen hasta su muerte: ¿por qué no se defendió el Arsenal de Guerra habiendo oficiales con fuerza suficiente como para hacerlo? Después, ya nunca más habló. De la Campa no habló hasta su suicidio, el 19 de septiembre de 1931.

Quien expuso sus argumentos en un extenso manifiesto publicado con su firma el 18 de marzo de 1932, fue Enrique Martínez, el efímero presidente de unas horas. Martínez era un hombre frágil que se había visto sometido a una metralla de críticas. Era el sirviente del traidor o el traidor mismo. Fue él, sin embargo, el único que instaló su reflexión más allá de la coyuntura, elevándose por encima de una historia de leales y traidores, quiero decir, apartándose claro que, por conveniencia, de la fábula moral. Para Martínez los problemas venían de lejos y el origen estaba en el propio Yrigoyen, quizás –aunque Martínez no lo dijo– en su propia decisión de postularse en abril de 1928 a la presidencia. Un absurdo, quiero decir. Mientras Yrigoyen conservara un hilo de vida no podía haber otro presidente sin que eso desembocara en una endemoniada crisis interna.

Pero Martínez puso las cartas sobre la mesa: “Acepto la responsabilidad que me corresponde en los hechos de que fui actor, pero es tiempo ya que diga en forma pública las disidencias que mantuve con actos del gobierno depuesto por la revolución, y que nunca exterioricé públicamente en homenaje al respeto y solidaridad que me inspiraba mi compañero de fórmula”. Escribió Martínez en su manifiesto que él no podía aceptar la presidencia “como el fruto de una estrategia política”. ¿pero qué otra cosa que el fruto de una estrategia política había sido lo ocurrido en la tarde del 5 de septiembre, cuando “el trío” doblegó a Oyhanarte y persuadió a Yrigoyen de que firmara el estado de sitio y la delegación del mando? Ese desliz podía perdonarse, pero lo que no podía perdonarse tras la lectura del documento era la ingenuidad, y no solo de Martínez. La administración de las cosas del gobierno quizás podía ser delegada, pero el liderazgo magnético de Yrigoyen no podía ser delegado, ni en Elpidio González, ni en Horacio Oyhanarte, ni en Enrique Martínez, ni en Diego Molinari ni en nadie. Más allá de la premura y la improvisación con que Martínez esbozó su proyecto imposible, el problema irresoluble era que el partido personalista se quedaba sin persona.

Sin embargo, es interesante observar lo que Martínez intentó en sus quince horas como presidente, porque revela las razones del descontento profundo que Lauro Lagos y Raúl Oyhanarte ya habían expresado en mayo y junio de ese 1930. Martínez fue un Lagos, pero para muchos de sus correligionarios, menos honorable. Lo primero que pudo mostrar el vicepresidente en ejercicio fue el hecho mismo –del que no podía vanagloriarse en público– de desplazar a Yrigoyen momentáneamente, pero sin un plazo fijo. Lo segundo fue el establecimiento del estado de sitio por treinta días en la Capital Federal, preocupado como estaba por las noticias de que se avecinaba una manifestación que llegaría hasta la Casa Rosada para reclamar la renuncia de Yrigoyen.

Tranquilidad con Yrigoyen fuera del poder; serenidad impuesta por el estado de sitio. Es imposible saber qué impacto tuvo la delegación del poder en la opinión pública, aunque sí sabemos que fue recibida por los dirigentes políticos opositores con una indignación nada disimulada: tal como se la presentaba, se trataba de una maniobra dilatoria, cuando lo que esos partidos pedían era la renuncia del presidente y la asunción del titular provisional del Senado, el antipersonalista entrerriano Luis Lorenzo Etchevehere. En cuanto al estado de sitio tuvo el impacto contrario al deseado por dos razones: la ineficacia de la policía de Graneros y el hecho de que gran parte de la sociedad porteña, sobre todo los jóvenes y especialmente los jóvenes universitarios, tomaron el decreto como un desafío y, naturalmente, respondieron desafiantes.

La tercera medida fue el intento de un cambio de gabinete. Martínez no aspiraba apenas a tranquilizar y a serenar los espíritus, sino sobre todo a mostrar que las políticas gubernamentales iban a ser distintas, que habría una disposición al diálogo, inédita para una fuerza cuya motivación de fondo era revolucionaria y por lo tanto intransigente. Con una anécdota quedó patente que el liderazgo y la autoridad política no se transfieren. En la noche del 5, los ministros se enteraron en la Casa Rosada, por boca del propio Martínez, de su proyecto de renovación. Solo dos presentaron sus renunciaciones. Martínez alcanzó a ofrecer carteras, pero solo Honorio Pueyrredón estuvo dispuesto a asumir. Fue entonces que Horacio Oyhanarte se opuso argumentando que previamente había que consultar a Yrigoyen. ¿Consultar a Yrigoyen? Se ha dicho que cuando Pueyrredón escuchó eso se dirigió a Martínez y le dijo: “Pero doctor, entonces usted no es presidente...”. Podemos llamar a este episodio, “la vendetta de Horacio”. Las tendencias profundas de décadas no podían cambiar en un instante. Aun así, Martínez firmó un decreto suspendiendo las elecciones previstas para el domingo 7 en Mendoza y San Juan, las provincias repetidamente intervenidas por el yrigoyenismo, un gesto hacia los Lencinas y hacia los Cantoni. Esa hubiera sido una iniciativa de la mayor importancia si la hubiera tomado Yrigoyen, tendiéndoles la mano a sus adversarios, pero la tomó Martínez, y los sucesos del 6 terminaron disolviéndola en la intrascendencia y en el olvido.

Recordemos que el documento de Martínez al que estamos haciendo referencia es de marzo de 1932, con los ecos del triunfo radical del 5 de abril de 1931 en la Provincia de Buenos Aires y en el contexto de la reorganización partidaria que incluía el regreso al partido de muchos anti-personalistas. Martínez podía escribir en ese momento cosas que no se hubiera atrevido ni siquiera a sugerir tangencialmente en septiembre de

1930. Por ejemplo, que la revolución no había sido una simple sublevación militar sino también un movimiento popular, al menos un movimiento popular porteño. Eso nos lleva a un punto nodal: Martínez se negó durante todo el día 6 a reprimir a los cadetes del Colegio Militar, y eso fue en línea con la actitud evitativa de movilización de tropas leales por parte de Elpidio González, ya a cargo del ministerio de Guerra. Pareció una comedia, más que una tragedia. Martínez decía a aquellos interlocutores que le reclamaban la defensa del gobierno, que le había dado instrucciones a González en ese sentido; González decía que no las había recibido. Así, hora tras hora, hasta que Martínez –escrito por él y corroborado por múltiples testigos– dijo la frase clásica argentina y también universal, la frase de quien está persuadido de la derrota en un sentido profundo, más allá del plano militar: “Quiero evitar el derramamiento de sangre”. Martínez tuvo en esas horas la convicción de que la marcha sobre la Casa Rosada podía ser neutralizada, pero no solamente al costo de la sangre de los cadetes sino también de la muchedumbre que los vitoreaba. ¿Tenía sentido, si lo que se buscaba era ese viraje conciliador que estaba en su imaginación y sobre todo en la de Elpidio González pero que nunca había estado en la imaginación de Yrigoyen?

Al mediodía del 6 de septiembre, mientras un escéptico Uriburu se atrevía a ponerse en marcha desde el Colegio Militar, llegó a la Casa Rosada el coronel Guillermo Valotta, director de la Escuela Superior de Guerra, y según él mismo le escribió a sus camaradas en abril de 1933, encontró al vicepresidente acompañado por figuras políticas y militares. El vicepresidente le preguntó, precisamente, por la situación militar, y Valotta, crítico, pero a la vez leal, contestó con palabras que pretendían demostrar que no se estaba frente a una crisis coyuntural y que no se trataba solo de la presunta incapacidad de Yrigoyen: “...para conocer el estado espiritual del cuerpo de oficiales del Ejército y el sentimiento popular es necesario hacer historia retrospectiva...” e inmediatamente subrayó que había sido un error nombrar en el ministerio de Guerra a Dellepiane, el gran enemigo de Agustín P. Justo, y agregó que el gobierno no había respetado la Constitución y las leyes, que la única solución era la renuncia de Yrigoyen y el alejamiento de su “entourage” ... y que todo eso se lo había dicho a Martínez hacía ya meses en su despacho del Senado de la Nación. Atención a este punto: Hace... Ya....Meses. Los problemas radicales venían de lejos.

Martínez, entonces, no tomaría una decisión que implicara derramamiento de sangre. González se mantendría en su ambigüedad porque era el inspirador de lo que voy a llamar arrojadamente una salida legal sin Yrigoyen, esto es, sin su jefe, al que

admiraba y quería, pero al que era necesario apartar, porque lo que había que apartar era la intransigencia y lo que debía sacrificarse era el personalismo si es que se aspiraba a sostener la ley Sáenz Peña y, a la vez, el predominio político radical. En este aspecto, González no es exactamente un personaje de King Lear sino más bien el Bruto de Julio César, la ejemplificación del conflicto entre el amor filial y el patriotismo. Así pues, veamos el panorama completo. La revolución de Uriburu carecía de la solidez y del apoyo militar suficiente para ser calificada como revolución, pero el gobierno no se iba a defender, y por lo tanto carecía de la solidez y la coherencia suficientes para ser calificado como gobierno. Entre esa “no revolución” y ese “no gobierno”, avanzaron los cadetes, algunos pocos soldados y un pueblo capitalino entusiasta.

De todas maneras, el documento de Martínez despertó la ira del ex ministro de Obras Públicas, José Benjamín Ábalos, y al mismo tiempo sugiere una pregunta. La ira de Ábalos se tradujo en una réplica casi inmediata. Esa réplica se concentró en la conducta del vicepresidente en ejercicio durante las horas aciagas: vacilaciones, inestabilidad emocional, acceso de llantos, desorientación, falsedades cronológicas, amenazas de suicidio, síntomas del palacio shakesperiano en lo peor de su crisis. El registro de Ábalos se puede ilustrar en un párrafo: “Usted, doctor Martínez, no dejó abandonada la Casa de Gobierno [antes de que llegara el general Uriburu], porque yo se lo impedí.... Usted lanzó una exclamación histeriforme, abrió los brazos en cruz y me dijo... ¡Máteme, máteme, me han traicionado!”. “Me han traicionado” es la frase con la que Martínez ingresó a la posteridad radical. ¿Quién lo había traicionado? No hay una respuesta a esa pregunta. Hay una acusación.

Pero la condena a Martínez saltea sus reflexiones interesantes, no aceptan el convite a meditar cuán profunda era la herida en el cuerpo yrigoyenista. ¿Podía ese cuerpo salvarse? Vimos que el documento del vicepresidente despertó la ira de Ábalos, pero que también sugirió otra pregunta que fue muy popular a la hora de revisar el sorpresivo éxito de la revolución. Nos referimos a “la pregunta militar” ¿Acaso una conducción competente y previsor, combinada con una oportuna purga de conspiradores uniformados y de políticos corruptos, habría salvado al gobierno? Muchos oficiales fieles a Yrigoyen lo creyeron así, y lo dijeron y lo repitieron con el lenguaje escueto y solemne de quienes habían estado dispuestos a dar batalla en los momentos decisivos. En cierto modo, esos oficiales fueron la contracara simétrica de Uriburu. Hubieran querido más soldados y menos políticos, pero soldados para una causa que reputaban noble. Era la milicia yrigoyenista desconfiando de los políticos y

los burócratas.

En efecto, no fueron pocos los soldados yrigoyenistas dispuestos a pelear. Pero también fueron muchos los que esperaron en sus cuarteles, sin sumarse a Uriburu, pero sin movilizarse para detenerlo. ¿Podría haber sido todo distinto si en la célebre reunión del 28 de agosto en Casa Rosada, Hipólito Yrigoyen se hubiera inclinado a favor de los ruegos mezclados con furia de Dellepiane, convencido el hasta entonces ministro de Guerra de que había que detener a los militares conspiradores, de los cuales decía tener los nombres? Fue la conversación entre un presidente anciano y comprensiblemente megalómano y un jefe militar no mucho menos megalómano que se sentía prestigiado eternamente por su rol en las jornadas de la semana trágica. En verdad, era muy difícil, si no imposible, que Yrigoyen se inclinara ante los argumentos de su interlocutor. En primer lugar, porque, con poca sutileza, Dellepiane quería convencer al caudillo de que estaba perdiendo popularidad, de que había una sociedad descontenta, de que quienes en ocasiones lo vivaban desde la orilla nordeste de la Casa Rosada eran empleados públicos obligados a concurrir. Demasiado para Yrigoyen. Pero, en segundo lugar, porque Dellepiane no solo pedía acción en el plano militar sino también en el plano político: el presidente tenía que desplazar a los miembros de “la camarilla” que lo rodeaba, algunos de los cuales escuchaban asombrados la conversación. Quizás Dellepiane no comprendía que cuando aludía a “la camarilla” estaba refiriéndose a la columna vertebral del partido. Si algunos de ellos estaban tramando desplazar a Yrigoyen no era por deslealtad, no era una traición, era porque lo consideraban una necesidad, aunque las necesidades políticas mal-calculadas pueden parecerse mucho a la traición. “La camarilla” eran los restos ajados y amarillentos, pero todavía vigentes de la revolución radical. Yrigoyen, aún en su declive, podía comprender que necesitaba de esos hombres que lo querían desplazar. Al terminar la reunión, el presidente vacilante le dio permiso a Dellepiane para que procediera con las detenciones que demandaba, pero lo desautorizó a las pocas horas. Dellepiane renunció el 2 de septiembre. Elpidio González asumió el día 3 la cartera de Guerra y se lanzó a un hiperactivismo casi alocado por atraer a los uniformados a la salida legal. Quizás su proyecto nunca probado haya sido el intento de pacto de última hora con Agustín P. Justo que algunos han sugerido, pero que lo han sugerido con el ánimo de sindicarlo como traidor y no como un pequeño héroe trágico, no como el balbuceo anticipatorio y seguramente torpe del futuro Alvear conversando con Justo antes de que lo interrumpiera la muerte. En la noche del 6 de septiembre todo había terminado. Quizás no fueron pocos los radicales

yrigoyenistas que, pasados los momentos más difíciles, se sintieron íntimamente aliviados. La profunda crisis económica gastaba, pero veintisiete años de personalismo gastaban todavía más. Acaso se esperanzaban en que habría un radicalismo eterno más allá de Yrigoyen. Acaso se preguntaban, en una equivocación histórica: ¿qué otra cosa que radicalismo habría en el futuro de la Argentina popular?

Palabras de presentación como Académico Correspondiente en el Uruguay del Dr. José Rilla Manta¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. NATALIO R. BOTANA

Me complace enormemente recibir con estas palabras al historiador José Rilla y, según costumbre de esta Academia, pronunciar la debida *laudatio* en el recinto de nuestro antiguo Congreso. Y lo hago por un doble motivo. Primero, porque la personalidad de José Rilla reúne en su seno el saber histórico que resulta de una ineludible vocación hacia nuestro antiguo oficio, a sus reglas y a una disciplina que no lo abandona. Nuestro flamante Académico Correspondiente nos cuenta, en efecto, lo que aconteció en el pasado y, al mismo tiempo, enhebra esa narración con una caja de herramientas en que predominan la precisión conceptual debida a la asistencia oportuna de otras ciencias sociales.

Pero además de este perfil en que como buen uruguayo se aúnan el rigor y la austeridad de un intelectual que no flaquea pese a los desaires de la fortuna, hay un contexto, un jardín ilustrado, cuyo aroma se siente al cruzar el estuario, que no es otro que la excepcional producción historiográfica de estos últimos 40 años, por señalar el tiempo de la restauración democrática en Uruguay, que despunta con el ascenso a la presidencia de Julio María Sanguinetti. Digo excepcional producto pues el espesor de estos aportes, que felizmente no cesan, asombra a quien ahora les habla; una fascinación, añadiría, de larga data.

No suelo hacer estas presentaciones repitiendo de manera exhaustiva un currículum. Sí señalo que José Rilla proviene del Instituto de Profesores Artigas, que obtuvo su título de Doctor en Historia en nuestra Universidad Nacional de La Plata, que llevó a buen puerto una sólida carrera de profesor universitario en la Universidad de la República y en el Sistema de Investigadores Científicos, alcanzando en dichas jerarquías las más altas posiciones. Por si esto fuera poco, Rilla desempeñó la misma tarea en un lugar donde, codo a codo con el profesorado y la universidad, despuntó esta trayectoria. Me refiero al Centro Latinoamericano de Economía Humana, el llamado por sus siglas CLAEH, que tiene para mí un hondo significado. Digo esto porque hace unos cuantos años me tocó impartir en ese lugar algunas charlas sobre historia y política a un grupo de jóvenes historiadores tan ávidos de conocimiento como inteligentes con sus

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 14 de mayo de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

comentarios y preguntas. Entre ellos, creo, estaba José Rilla junto a Gerardo Caetano y otros más. Confieso que no hubiese imaginado entonces el formidable tesón con que aquel grupo, hoy en plena madurez, cultivó durante las décadas posteriores ese jardín ilustrado en esa ciudad de Montevideo que, desde antaño, alberga una pasión, no siempre correspondida, para que la razón no fenezca en medio de la intolerancia y de los arrebatos autoritarios que anidan en los repliegues de nuestros espacios públicos.

Siempre he pensado que, sin desconocer sus artículos y *papers*, un historiador sobresale por sus libros. El libro entendido como producto individual y colectivo; el libro capaz de vencer la usura del tiempo. Miro la biblioteca que me rodea cuando escribo este Elogio y compruebo que en sus estantes están presentes, en cálida cercanía, los libros de Jose Rilla. Me contentaré con comentarlos brevemente. Son cuatro libros. El primero de 1994, publicado en la colección CLAEH, escrito conjuntamente con Gerardo Caetano, titulado *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al Mercosur* nos brinda una lección duradera acerca del esfuerzo que exige plasmar una síntesis histórica; si bien esta síntesis demanda el trazado de las grandes líneas, no rehuye la atención al detalle. Siete capítulos, expuestos en tres partes: recomiendo con entusiasmo a quien quisiera iniciarse en la historia uruguaya. Digo al pasar, esta es una recomendación que parecería carecer de destino, al comprobar la orfandad que sufren en nuestras librerías los libros editados en Uruguay.

Esto es así, no cabe resignarse y hay que seguir machacando sobre este punto, en especial cuando años después, en 2008, me interné con deleite en las páginas de un libro fundamental, resultado de su tesis de doctorado. Su título: *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay [1942-1972]*. Sin mayores vueltas afirmo que no conozco entre nosotros un libro comparable que ponga en la agenda historiográfica una exposición de tal envergadura. ¿De qué se trata pues este libro denso de más de 500 páginas? Se trata, como nos dice el autor “del uso político de la historia [que] puede interpretarse como el ‘triunfo’ de versiones simplificadas del pasado ‘funcionalizadas’ en tanto son orientadas a la acción, manipuladas en algún grado, a veces superlativo. El pasado –prosigue Rilla– “es la ‘plaza pública’ en la que se resumen la voluntad y la convicción autorizadas desde las cuales hacer política. Así concebido, el fenómeno pertenece mucho más al universo de la política, a sus reglas internas, que al de la investigación académica del pasado”. Esta introducción abre un recorrido que arranca con un excelente compendio de este asunto en la bibliografía atinente a otros países, en particular a la historiografía europea, para adentrarse de

inmediato en el estudio de dos herencias: las herencias contrarias a los partidos, por ejemplo la de José Pedro Varela, impulsor de la escuela pública, y las herencias consagradas a reconstruir los orígenes y desenvolvimientos de unos partidos políticos en el trance de formar una nación. En ese legado destacan las obras de Eduardo Acevedo y de Juan Pivel Devoto, ambas diferentes, pero creadoras de “narraciones matrices” de la nación como las llama Rilla.

Es la trama protagonizada por el Partido Colorado, el partido de gobierno identificado con el Estado que albergó la gran transformación de José Batlle y Ordoñez, y el Partido Blanco también denominado Partido Nacional, el partido de oposición que desde abajo presionaba con actos revolucionarios en busca de la participación, de la pureza del sufragio y a la postre de la coparticipación, rasgo típico de la política uruguaya en diferentes períodos del último siglo. Luego de este punto de partida, el lector podrá asistir a un conjunto de argumentos bien entrelazados que van desde la construcción en letra e imagen de un padre de la patria, encarnado en la figura de Artigas, pasando por la restauración batllista de los años 40 y 50 del último siglo, hasta encontrarnos con nuevos actores fuera de los partidos tradicionales, y de la enjundia del ensayo político y social, de gran impacto en tiempos de crisis y declinación, durante el periodo previo al golpe de 1973.

Después de esta exploración acerca de los usos del pasado, Jose Rilla junto con Oscar Brando y Gabriel Quirici, concibió esa aproximación tan necesaria a la historia comparada de nuestras naciones en el libro *Nosotros que nos queremos tanto. Uruguayos y Argentinos, voces de una hermandad accidentada*. Al respecto me atendré a lo que escribió Rilla: una excursión que, por sobre las críticas que la comunidad historiográfica siempre dispara, nos proporciona una lección oportuna, en mi caso muy atractiva, en torno a la política comparada y a su componente histórico. En ella señalo tres perspectivas. La primera es la que nos vio nacer de un mismo tronco en las primeras décadas de nuestras independencias, cuando se iban forjando dos Estados nacionales. Allí todo se mezcla, mientras los actores en ambas márgenes coinciden o se dividen en un escenario donde las guerras intestinas y externas no dan respiros. Una vez consolidados ambos Estados, la separación se perfila mejor en el siglo XX sin desconocer por cierto coincidencias muy estrechas en la cultura y en los procesos migratorios. Veamos por qué. Cuando en ambos países se instaura el sufragio universal masculino y obligatorio, en Argentina triunfa Hipólito Yrigoyen en un clima polarizante y en Uruguay tiene lugar una paradoja por la cual el reformista Batlle y Ordoñez pierde

en esas elecciones cruciales y el partido de oposición obtiene el laurel del triunfo. Así se inicia una década en que se conjugan participación y compromiso en contraste con una política más áspera en Argentina.

De algún modo, el reformismo de Batlle se institucionaliza, aunque se hable de un freno a dicha empresa, y en Argentina el regeneracionismo de Yrigoyen no alcanza a culminar su programa. Aun así, he aquí una muestra de coincidencias negativas, ambos proyectos sucumben en la década del treinta con los golpes de 1930 en Argentina y de 1933 en Uruguay. Pero lo que me importa destacar son las salidas posteriores a dichos golpes en 1943 en la Argentina y en 1942 en Uruguay. Mientras en el golpe de 1943 estalló en la Argentina, bien vale la palabra, la poderosa innovación de un populismo con fuertes raíces igualitarias, que se vació en el molde de un creciente autoritarismo, en Uruguay la salida de 1942 consistió en una restauración del régimen de partidos con nuevo predominio del proyecto batllista. Da que pensar: en un caso, la irrupción formidable del movimientismo; en el otro, la persistencia de un sistema de partidos que venía desarrollándose desde el siglo XIX. Una persistencia que, luego de largas décadas en la oposición condujo al Partido Nacional y a su líder Luis Alberto Herrera a coparticipar en el Gobierno en 1958 en el marco de un régimen colegiado. Para no abundar en exceso esta presentación, dejo de lado los sucesos posteriores signados por la dureza agónica de dos golpes en los años 70, años de una violencia recíproca estremecedora, con dos salidas también diferentes que sin embargo comparten la virtud de la duración de una legitimidad democrática que ya abraza los 40 años.

Por fin, José Rilla junto con Jaime Yaffé nos regala, a partir de 2021, un aporte sustancial en tres volúmenes y un cuarto que aún no he consultado, cuyo título es *Partidos y Movimientos Políticos en Uruguay. Historia y Presente*. Si hacia los años cuarenta del último siglo Pivel Devoto abrió un surco tan fuerte como creativo en la historia de los partidos, que después profundizó José Pedro Barrán (nuestro Académico Correspondiente que no pudo incorporarse por ese fallecimiento que tanta pena nos causó), Rilla y Yaffé nos ofrecen por su parte la primicia de un trabajo colectivo en volúmenes consagrados, cada uno, a Colorados, Nacionales, y partidos de izquierda. Un proyecto que congrega más de 50 autores que contribuyen a una obra magna, ambiciosa, y que además tiene el sello –lo cual imaginaré Rilla mucho me complace– que combina el análisis historiográfico con el politológico. Un empeño original en el cual el talante narrativo y biográfico converge con los conceptos y marcos teóricos de la ciencia política. Feliz combinación, digo para terminar, y feliz momento en que de inmediato

escucharemos a Jose Rilla a quien celebro con sentido afecto y gratitud.

Atado al mástil: Carlos Real de Azúa, la Revolución y el Tercer Mundo durante la Guerra Fría (1948-1965)¹

POR EL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DR. JOSÉ RILLA MANTA

Algunas señales y algunos recuerdos calman mi zozobra y ansiedad ante tamaña distinción que me hace hoy la Academia. Me excusarán estas pocas incursiones más directamente personales. Mi abuelo Domingo llegó a Buenos Aires desde Orco Feglino hacia 1890; no le fue bien y recaló en Montevideo donde fue verdulero y comerciante; mi padre Manolo adoraba esta ciudad porteña y me hizo venir a ella en mi luna de miel, cuando había esas Lunas y el Río era surcado presuntuosamente por el Vapor de la Carrera. Mucho más tarde, casi de viejo, me doctoré en La Plata, cuya universidad me abrió sus puertas con enorme generosidad. Mi hermano Luis y su mujer Cecilia, también mi hermana, afincaron aquí su familia con Jero y Bruno, uruguayos-argentinos definitivos.

Argentina me apasiona, me estimula y desde luego me duele. De tamaños incomparables, este país es un espejo en el que nos miramos, nos medimos, nos continuamos y discontinuamos. Uruguay no quiso ser Argentina, si es que pudo haberlo sido. Buscó sus caminos propios, más largos, más sinuosos. Los colegas y amigos argentinos me ayudan a entender mejor y a regular mi obsesión comparativa.

Evitaré asuntos enojosos: Artigas y Pueyrredón, Rosas y el dulce de leche, Gardel, Perón, la Copa América, el corte de los puentes... No creo que Ariel sea un “libro porteño” ni que Rodó anide en Groussac. Y sin embargo, toda vez que mi autor de esta tarde pensó el nacionalismo, el revisionismo, el catolicismo, el tercerismo, buscó aquí, en Argentina y sus intelectuales, por su nitidez y contundencia, un lugar de privilegio para escrutar sus mundos.

Esta contribución sigue una línea de trabajo de historia intelectual y política centrada en la trayectoria del ensayista uruguayo Carlos Real de Azúa. Algunos puntos de dicho trayecto han sido sus trabajos de juventud sobre Rodó y sobre España, en un extremo, y en el otro el balance crítico de la experiencia uruguaya del reformismo.² En

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 14 de mayo de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

² Continúo así: José Rilla (2021); Oscar Brando y José Rilla (2018); José Rilla (2020); José Rilla (2009)

este caso, me aplicaré a un libro publicado después de su muerte, una copiosa reconstrucción del tema del Tercerismo y la Revolución hecha a comienzos de la década del 60, en un codo de la Guerra Fría.

Luego de su experiencia con España durante el primer franquismo (revisión, autocrítica, contricción) Real de Azúa pareció llamarse a la calma y tal vez al silencio por un tiempo. Obtuvo su título de abogado con 30 años de edad y se aplicó a enseñar Literatura en el ciclo superior de la educación media, en Montevideo. Si bien integró el animado círculo de intelectuales reunidos por José Bergamín, recién en 1947 se lo observó activo en la escritura, por la que irá demostrando un afilado rigor y una envidiable erudición para muchos contemporáneos. Sus acercamientos críticos al Sarmiento de Martínez Estrada, a las ideas políticas de Chile y Argentina, a José E. Rodó, nuevamente, lo fueron vinculando a otros núcleos de producción y legitimidad cultural como el que representaba a esa altura el prestigioso semanario *Marcha*. A pesar de las reservas de sus fundadores como Arturo Ardao o Julio Castro, el director de la publicación Carlos Quijano aceptó a Real de Azúa como un colaborador intermitente para la crítica literaria. Sus primeros textos volcados allí fueron sobre el *Kaputt* de Malaparte y sobre los ensayos de Orwell publicados en 1947. El vínculo con el semanario tendría una primera crisis en 1949 a partir de la publicación de un estudio encomiástico sobre el intelectual conservador uruguayo José Irureta Goyena.³ De todas formas, la privanza de *Marcha* no significó silencio, pues Real siguió publicando en revistas literarias de jerarquía, volviendo allí sobre Rodó y el 900, y vinculándose, en paralelo, al mundo intelectual católico y antibatllista.

El oficio docente se fue afirmando cuando se hizo cargo de los cursos de Estética y de Literatura Iberoamericana en el novísimo Instituto de Profesores *Artigas* y como si hubiera diseñado una estrategia de retorno, volvió a *Marcha* en 1952 con un artículo elogioso de un libro de Arturo Ardao sobre Batlle y el positivismo. Como lo escribiría más tarde en su libro sobre la Tercera Posición, a comienzos de la década del 50 Real de Azúa había abandonado toda expectativa de cercanía con los colorados (partido tradicional de gobierno, paterno, de base liberal cosmopolita) y se mostraba, en cambio, interesado en la tradición blanca, tanto por las definiciones de la Juventud Herrerista a favor del tercerismo como, de manera creciente, por la trayectoria completa del caudillo blanco nacionalista Luis A. De Herrera, cuyas capas fue comprendiendo desde entonces con notable penetración. Los temas de análisis crítico de la década del

³ Ver: V. Trujillo (2017), P. Rocca (1992)

50, potenciados por un severo e insaciable talante polémico que empapaba el ambiente fueron los del Uruguay como sociedad y las posibilidades de una “sociología nacional”, de los partidos y sus tradiciones, de la universidad y sus funciones, del ruralismo movilizad o contra lo que muchos entendían como dispendio metropolitano y estatal, de sus intelectuales nacionales y críticos, de la enseñanza de la literatura, de la actualidad de la novelística hispanoamericana, de la cultura uruguaya como prospecto, de las implicaciones del laicismo en la fibra moral nacional. En 1957 tomó parte de los diálogos radiales en el SODRE referidos al “arraigo y desarraigo” de Neruda y Borges con dos líderes de la generación intelectual del 45, Emir Rodríguez Monegal y Angel Rama.

Para que semejante registro de asuntos no equivalga aquí a una sumatoria errática, deberían agregarse, en otro plano tal vez más hondo, dos vectores de organización que asomaban con frecuencia en sus trabajos y que pueden oficiar como clave de lectura de un conjunto desde luego más vasto, la cuestión de la modernidad y sus costos (promesa, riesgo, novedad, ilusión, tabla rasa) y la condición católica entendida aquí como una identidad más radical, no clerical y proyectada más allá de la Iglesia, capaz de “retroceder” a una condición rasa, cristiana y militante.

En cuanto a sus compromisos con la política concreta, en los partidos y en las contiendas electorales, cabe decir que Real de Azúa tuvo, en adelante, tres adhesiones laxas que lo fueron llevando hacia la izquierda del espectro político: primero, más dudosamente en ese casillero, a favor el ruralismo antibatllista; más tarde a la alianza con el nacionalismo y con el socialismo, y – fuera de nuestro período- en 1971, en beneficio de la coalición de centro izquierda, el Frente Amplio. El compromiso intelectual de Real con Benito Nardone y el ruralismo fue intenso y fugaz, pero no compartió, que sepamos, los beneficios de la victoria electoral del Partido Nacional en 1958, evento que puso a los blancos en el Ejecutivo después de 90 años de ausencia. La muerte de Luis A. de Herrera al año siguiente confirmó la dispersión y la estampida de los intelectuales que vieron cómo Nardone, previsiblemente decimos ahora, se entregaba a los modos autoritarios y, mansamente, a los brazos de la política de EEUU en la región.

Entre 1958 y 1963, en el pórtico de nuestro tema en este trabajo, Real de Azúa se afirmó como intelectual -escritor, profesor, lector, crítico- sin abandonar una zona de compromiso con la política práctica volcada a la izquierda a partir de la revolución cubana, con la fundación de la Agrupación Nuevas Bases y de la alianza, en la Unión

Popular, con el Partido Socialista. Estas bregas nuclearon a nacionalistas, anarquistas, antibatllistas, terceristas, antiimperialistas, socialistas, cristianos, anticomunistas... No obtuvieron grandes votaciones, pero afirmaron amistades, afinidades y redes intelectuales, y en muchos de sus militantes, algunas de sus convicciones.

En diciembre de 1959 murió su madre, Esperanza⁴. Sin la “vigilancia” de sus progenitores Real de Azúa decidió meses más tarde abandonar la profesión de abogado, resuelto a vivir como un intelectual. A sus padres dedicó su primer libro de historia erudita, con las fuentes expuestas, *El Patriciado Uruguayo* (1961).⁵ Tres años después publicó una severa requisitoria al batllismo y al Uruguay “clásico”, *El Impulso y su freno*. (1964). Entre estos dos hitos, entre varios trabajos está nuestro objeto, *La Tercera Posición*.⁶

Objeto y método

Tercera Posición es el primer *no libro* de Real y con diversas características habría más casos parecidos⁷. *España de cerca y de lejos* es el primer ejemplo de una producción intelectual autocontenida, guardado en el ropero de su casa y distribuido con inescrutable selectividad (al menos hasta ahora). *Tercera posición* está escrito de un modo torrencial, y copiado a la máquina de escribir en el reverso de las hojas de la libreta del profesor de enseñanza secundaria, usadas de un extremo a otro, sin aire. Es un texto ordenado, con disciplina discursiva y remisiones permanentes a los párrafos anteriores, con referencias bibliográficas escasas y recurrentes⁸, algunas de ellas ya muy

⁴ Ver: Trujillo (2017), Rodríguez Monegal (1987).

⁵ El libro se consagró como un clásico con el tiempo. En el archivo de Juan Oddone depositado en AGU hay una serie de cartas que hablan de un vínculo intenso entre intelectuales y profesores que se reconocían en su admiración al trabajo de Real de Azúa. José De Torres Wilson, entonces editor de la revista de la FEUU, *Tribuna Universitaria*, reseñaba la historia de *El Patriciado Uruguayo* nacido como un artículo para la revista. El propio Real escribió carta a Juan y a Blanca (“Juancito y Blanca, o viceversa”) restando algo de trascendencia a su trabajo, que lo entusiasmaba pero que había comenzado con “una notita sobre el Patriciado”. Ver carta, Montevideo, 15 de julio de 1960, Archivo Oddone, AGU.

⁶ Carlos Real de Azúa (1996).

⁷ Debemos distinguir entre borradores que no fueron publicados hasta que hallaron su momento editorial (por ejemplo, *El clivaje mundial eurocentro periferia* (1983) y *El poder en la cúspide* (1989) tras el fallecimiento del autor, de otros textos que Real *prefirió no publicar* no obstante haberlos completado. *Una sociedad amortiguadora* fue escrito en los prolegómenos del golpe de Estado de 1973; el libro sobre la *Universidad*, especialmente polémico, fue escrito en la coyuntura del quiebre institucional y de la intervención de la casa de estudios y hay testimonios de que el autor no quiso publicarlo para no sumar su envío crítico a la intervención dictatorial; *El problema del origen de la conciencia nacional*, titulado así por el historiador José Pedro Barrán, fue escrito entre 1974 y 1975 y en franca controversia con la historiografía nacionalista simbolizada en el liderazgo de Juan Pivel Devoto.

⁸ No son muchas, son recurrentes y pueden ser remitidas a orientaciones bien definidas. Textos marxistas, lecturas sobre Tercer Mundo y nacionalismos, lecturas “de juventud” revisadas y revisitadas. El semanario *Marcha*, como a tantos intelectuales, le sirvió de marco para el despliegue periódico del oficio crítico, historiográfico en este caso. Algunas notas son ejemplares para entender el modo de lectura y el

fuertes en *España*. Real de Azúa le habla a un lector, aunque su decisión elusiva de no publicar el texto podría indicar que se trata más bien de un recurso retórico de auto comprensión y más allá, de un método de esclarecimiento de sus ideas y lecturas, una puesta en forma del fichero. Si esto es así, estamos ante una cuestión más general: ¿cuánto pueden los libros de este tipo formar parte de una historia intelectual si una vez escritos fueron guardados y entregados selectivamente, o lisa y llanamente, no fueron publicados en vida de su autor, y no completaron, en su tiempo, el ciclo de la recepción? En este caso, además, la fecha plantada por Real es evidencia de su límite y alcance, o de un deseo de no ser comprendido al margen de las fluidas circunstancias: “1 de setiembre de 1961 – 28 de febrero de 1963”. (*Tercera posición...* T.2, p, 640).

El editor postrero, la Cámara de Representantes del Uruguay, publicó el libro tres décadas más tarde. ¿forma esto parte de la misma secuencia que constituye el objeto inicial, o abre uno diferente, con nuevos significados y ramificaciones? Debe agregarse, todavía, el hecho de que ese editor de 1996 adosó a la publicación una polémica a tres bandas entre Arturo Ardao, Carlos Rama y Real de Azúa, de notable interés para el tema pero que no integraba el esquema originario del libro. La polémica⁹, en efecto, tuvo lugar más tarde, entre diciembre de 1965 y mediados de 1966, cuando el autor ya había cerrado el borrador de *Tercera Posición* y estaba en otra etapa de su producción y visibilidad. En suma, el libro publicado en 1996 en una edición conmemorativa de la Cámara de Representantes incorporó agregados que Real de Azúa no había concebido pero que de alguna forma nos dan cuenta de la circulación controversial de algunas de sus ideas. Es finalmente un producto complejo, con sentidos desplazados y ampliados a lo largo de treinta años.

Tercera posición... tiene la estructura de un libro, una lógica, un sumario coherente; las citas bibliográficas están referidas al pasar y no remiten a un listado final, algo que, por comparación con otros textos de Real, el autor seguramente preparaba en simultáneo, como un “archivo” aparte y permanente de fichas, listas, notas, pequeñas etiquetas que daban cuenta de sus lecturas torrenciales. Estas inflexiones pueden

modelo de uso de esas lecturas en sus elucubraciones posteriores. Ver, por ejemplo, sobre el discurrir del mejicano Leopoldo Zea, “Filosofía de la historia e imperialismo”, *Marcha*, 21 de marzo de 1958, pp.9-10, un anticipo claro de la crítica de Real de Azúa a las nociones de imperialismo, nacionalismo, liberalismo, democracia, individualismo, modernidad.

⁹ La polémica quedará por ahora afuera de este análisis. Reunió en tenso conflicto a Real, Ardao y Solari, especialmente a los dos primeros. Ver V. Markarian (2020), R. Cotelo (1996) P. Rocca (1992). Un testimonio de Emir Rodríguez Monegal (2019, 31) retrotrae aquella pasión polémica a la tradición de *Les Temps Modernes* que habrá de volcarse a pleno en el juicio a los parricidas. Por un error involuntario del editor la polémica publicada en la edición de la Cámara quedó incompleta.

apreciarse en su archivo y en su biblioteca, fatalmente separados luego de su fallecimiento.

Real de Azúa murió en 1977, en medio del frío y soledad de la dictadura que también lo había expulsado a él de las aulas. Su estela pareció apagarse, o volverse imperceptible, salvo para muchos amigos que hablaban en clave de “Carlitos”, lo añoraban a él y a la cultura que lo había hecho posible o le tendían un manto piadoso sobre sus “errores” y erranzas, en tributo a su erudición y generosidad. Cuando retornó la democracia en 1984 comenzaron los rescates y los homenajes (el *revival* como lo denominó su amigo Ruben Cotelo, tuvo un arranque vigoroso con la separata del semanario *Jaque* en ese año).

Tres años más tarde, a una década de su fallecimiento, se organizó la exposición y homenaje en la Biblioteca Nacional y se publicó una amplia antología de escritos preparada y prologada (en 1981) por el historiador argentino Tulio Halperín Donghi. Agréguese a aquella envión, la publicación del mencionado *El clivaje mundial eurocentro-periferia*, y un pequeño librito devenido clásico en los 80, *Uruguay, la Sociedad Amortiguadora* escrito encima del golpe de 1973 y publicado como interrogación. También debe contarse la publicación de algunos inéditos relevantes en el semanario *Brecha* de Montevideo y en un monográfico especial de *Cuadernos del CLAEH*.¹⁰

Tercera Posición, algunas claves de lectura

Este libro-no libro, hemos dicho, refleja un discurrir ensayístico ejemplar, como el propio autor habría de sistematizar el género poco más tarde, en el prólogo de su antología uruguaya.¹¹ Subrayemos aquí el carácter provisorio, abierto, conjetural, distante entonces de la sistemática de las ciencias sociales y de la filosofía política más perfilada. Transita por esos campos, claramente, pero nunca renuncia a un registro generalista y crítico, de balance y de avance. Es, además, para reforzar su carácter exploratorio, una *indagatoria interior mediada por la escritura*, ordenadora personal de lecturas y preocupaciones que parecían requerir, paradójicamente, de la disciplina laxa

¹⁰ En 1986, la influyente revista de Buenos Aires, *Punto de Vista*, publicó su ensayo “Modernismo e ideologías” aparecido antes en Caracas. G. Caetano y J. Rilla: “Carlos Real de Azúa, selección de fragmentos [de]: “Universidad en el Uruguay”, “El poder en la cúspide”, “Tercera Posición”, en *Brecha*, suplemento La Lupa, 17 y 24 de julio de 1987. *Cuadernos del CLAEH* 42, Real de Azúa, provocación / evocación. 1987. A propósito del CLAEH, un testimonio que me ofreció Romeo Pérez ubica a Real como partícipe de algunas reuniones y conferencias que con motivo de su reactivación en 1975-1976 hiciera aquella Institución.

¹¹ Carlos Real de Azúa, 1964.

(constricción al fin) que podía proporcionar el ensayo como género. Literatura de aprestamiento.¹²

En segundo lugar, se trata de un texto meticuloso y lleno de matices conceptuales y políticos, instalado con esmero en tonalidades intermedias, pero casi siempre a contramano, escrupulosamente comprometido en la elaboración de una alternativa al encuadre bipolar de la Guerra Fría. Esta morosa complacencia en los márgenes, en la heterodoxia incómoda a la pauta de alistamiento bélico, es el cemento que une todas las piezas del discurso, al tiempo que, tal vez, lo priva de una masa de lectores (que no tuvo sino más tarde) ganados por la polarización impetuosa, en un momento en el que la Revolución Cubana, la ruptura de China con la URSS y la misma expansión del proyecto del Tercer Mundo parecían quitar incidencia a los partidarios de levantar una voz ante “las dos voces usurpadoras” de la Guerra Fría. “Atado al mástil”, como le gustaba decir a Carlos Quijano remitiendo a Ulises¹³, Real escribía con desprejuicio para enfrentar algunos dilemas globales; lo hacía recuperando fragmentos de un mundo conmovido en una nueva fase de la modernidad.

En tercer lugar, puede decirse que el autor estaba transitando un proceso intelectual personal en el que su fe religiosa estaba lejos de menguar, contra tantos pronósticos generales y trayectorias concretas de sus contemporáneos. Esa fe católica era radical, ordenadora, demandante, a la vez que abierta a desafíos y novedades y atenta a los fracasos de “la encarnación”, o al riesgo de la irreparable contradicción. Con la energía del converso la fe lo había marcado con calor abrasador en su reclamo a Rodó (1937)¹⁴ o en su escondido libro sobre España (1943), y volvía a influir ahora, con madurez y más frialdad académica, en su análisis sobre la Revolución y el Tercer Mundo, los vínculos con el marxismo y con el liberalismo. Era la fe, más cristiana y menos católica, la que radicalizaba su esbozo del tercerismo, y la que ponía al libro, tal vez, lejos de unos lectores uruguayos fuertemente secularizados. Esa fe también mostraba, con pudor, su particularidad: menos encuadrada conforme la ciencia social avanzaba en su horizonte intelectual, vibraba todavía con algunos fuegos de juventud y

¹² Pocas veces, que sepamos hasta ahora, Real escribió sobre su escritura. Un par de años antes de morir recopiló algunos textos diseminados en *Marcha* y apuntó una señal característica que bien podría extenderse: “hay una clara primacía de lo expositivo sobre lo propositivo, de lo suelto sobre lo argumental, un empeño -que es también una tendencia y hasta placentero ejercicio- por hurgar en todos los aspectos de un núcleo temático, lidiar con la maraña terminológica y sus ambigüedades y tratar de sistematizar mejor lo dicho. Real de Azúa (1975, 9-10)

¹³ Carlos Quijano usó el motivo para referirse a su posición en la política uruguaya. *Marcha*, 26 de junio de 1964. p.3.

¹⁴ Brando – Rilla (2018).

si bien Real seguía de cerca la deriva aperturista de la Iglesia luego de 1950¹⁵ prefería no reiterarse como un ardido partisano. A fines de 1956, con motivo de una exposición bibliográfica de Escritores Católicos en el Centro de Montevideo había sido capaz de reconstruir de un modo panorámico y persuasivo, lejos del sectarismo, el vínculo entre los católicos y la cultura uruguaya a partir de una mirada de generaciones, vínculos y prácticas intelectuales.¹⁶

En *Tercera Posición...* hay un texto, otro, que opera como referencia de contradicción a lo largo de toda la disquisición de Real de Azúa. Se trata del discurso pronunciado por Fidel Castro el 1° de diciembre de 1961, en la Universidad Popular de La Habana. Como es sabido, el líder de la revolución hizo allí gala de un modo más ostensible que antes de su marxismo leninismo y de su auto consideración como fiel intérprete y ejecutor, en América, de las previsiones “científicas” contenidas en *El Estado y la Revolución* de Lenin. Con exaltada convicción Castro entendía que la dispersión de las fuerzas concurrentes en enero de 1959 debía dar paso presuroso a una fuerza política de corte leninista, disciplinadora, educadora y expresiva de la clase obrera, su columna vertebral. Toda duda, o matiz, o diferencia en el seno del bando revolucionario no haría más que “beneficiar al imperialismo y a la contrarrevolución”; las terceras posiciones eran “sandeces” y “desentendimientos” a combatir con severidad. En adelante, sería muy arduo, al menos en el campo retórico, levantar un programa de ambición revolucionaria esquivando aquella conclusión terminante, develadora para muchos, del discurso de Castro: “Creo absolutamente en el marxismo [...] creía el 1 de enero. [...], la única teoría revolucionaria verdadera. Lo digo aquí con entera satisfacción y con entera confianza: soy marxista leninista y seré marxista leninista hasta el último día de mi vida”,¹⁷

En plena Guerra Fría, con la revolución juvenil estrella a punto de alinearse con uno de los bloques, Real de Azúa emprende un camino cuesta arriba cuando propone una tercería nacionalista y antiimperialista, y una vía revolucionaria que está lejos de reconocer primacías del marxismo y de sus concreciones comunistas. Era, tal vez, una empresa intelectual condenada al fracaso por cuanto articulaba un mundo débil y emergente y porque la constitución agonística del leninismo, también en su versión

¹⁵ Ver Zanca, 2018

¹⁶ *Marcha*, 9 de noviembre de 1956, pp.19-20, Carlos Real de Azúa: “Los católicos y la cultura uruguaya”.

¹⁷ No me resultó fácil reencontrar en internet ese discurso de Castro, hallado finalmente en la prensa cubana, diario *Hoy*, La Habana 3 de diciembre de 1961, pp. 5-12. Agradezco las pistas precisas a Roberto García Ferreira, estudioso de Cuba y la Guerra Fría.

americana, excluía, por definición, la posibilidad de concebir un camino revolucionario nutrido por la hibridez y el compromiso de diversos legados emancipatorios. Se trataba, por el contrario, de consagrar “históricamente” un momento de simplificación científica de las luchas que conducía a la bipolaridad en una dirección bien funcional a la Guerra Fría. El Partido Comunista uruguayo, hacia adentro y hacia afuera del país representaba cabalmente este punto de vista; era, por lo tanto, una referencia antagónica muy próxima para cualquier intelectual que pensara estos asuntos con una perspectiva autonomista. Cuando Real de Azúa escribía *Tercera posición...* lo hacía conociendo bien las prevenciones, alertas y condenas que los comunistas uruguayos (Arsmendi, Massera, Jaime Pérez, entre otros) ajenos o impermeables a la ya entonces viva cuestión de la crisis del marxismo (“la crítica marxista del marxismo”), formulaban machaconamente en su revista y en su prensa sobre “los peligros del nacionalismo burgués”, del “marxismo nacional” (“intrínsecamente falso”), del pensamiento de Methol Ferré. La “firmeza del PCUS y la continuidad de su línea leninista”, prevalecería sobre las “principales tendencias del anticomunismo contemporáneo y la “esencia contrarrevolucionaria de la crítica anticomunista” o – como lo escribía Manuel Facal- “la ofensiva ideológica del catolicismo en América Latina”.¹⁸

Las características de esta comunicación no me permiten una reconstrucción detallada de *Tercera Posición...* Esto tiene un costo importante para la comprensión de un texto extenso y lleno de matices, con hallazgos y contradicciones, y que requiere de un recorrido más “lento”. Así pues, este trabajo podrá crecer a partir de esa lectura, sin abandonar el carácter incierto como producto de la historia intelectual (un libro no publicado) y moviéndose, hacia atrás y adelante, en los asuntos de la generación y circulación de las ideas. Mientras se construye dicho recorrido analítico más denso, creo finalmente útil ofrecer una síntesis de las tres secuencias que habrán de permitir alcanzar una comprensión del texto, su autor y su ambiente.

Recomposición del texto

Propongo releer las 640 páginas de este libro a partir de la reunión de tres secuencias argumentales que lo sustentan y que refieren a aspectos diferentes. Se verá que tienen límites borrosos y se superponen.

¹⁸ He revisado a con este propósito la colección de la revista comunista *Estudios*, dirigida entonces por Rodney Arismendi. N° 21-22, 1961: 27, 90, 103 y ss; N° 23-24, 1962: 43 y ss., 117 y ss.; N° 28, 1964 N° 32, 1964: 67-74; N° 35 1965: 69-79.

La secuencia descriptiva, esto es, el modo como Real de Azúa organiza el material que habrá de servir de base a sus postulaciones ulteriores. Esta cuestión reviste un interés general, más allá del texto y del momento en el que nos enfoquemos. El autor va construyendo y refinando “su método” con arreglo a algunos criterios procedimentales que alcanzan una escala epistémica: entre los primeros textos juveniles y estos escritos en el codo inicial de la madurez, Real describe los hechos con un deliberado ritmo fenomenológico, “acopiando rasgos” a veces de un modo incesante; tal exhaustividad, que puede apreciarse en las sucesivas caracterizaciones (de cada bloque de la Guerra Fría, de las tradiciones ideológicas y culturales en pugna, etc.), es luego contenida mediante una operación contraria, o distinta, consistente en aislar y analizar en profundidad algunos factores y sus conexiones, escapando de las descripciones sociológicas entendidas por él como pobres de “fines” y “sentidos”. El segundo recaudo metodológico y también retórico, con el tiempo también característico de nuestro autor, es el de las líneas argumentales que se despliegan y repliegan sobre sí mismas y avanzan con una pulsión que no habría que apurarse a nominar como *dialéctica* porque generalmente huye de las conclusiones o síntesis terminantes. Real de Azúa “acopia rasgos”, los discrimina luego en una aproximación descriptiva abierta, avanza apreciaciones netas y no vacila, de inmediato, en su contestación o atenuación. Se dirá con bastante razón que las lógicas finalmente cruzadas de Guerra fría y la Tercera Posición podían conducir, entre otros, a este camino prudencial, tentativo y complejo. Pero en un plano más hondo podría también conjeturarse que esta disposición metodológica tenía un origen teórico, o más modestamente, que el modo de acercarse a los problemas derivaba de una *intuición* más potente y ordenadora acerca de la peripecia humana entendida como una experiencia radicalmente abierta y contingente.

La secuencia crítica es la más comprometedora. A lo largo del libro, con claridad variable y algunas reiteraciones, Real somete a los componentes de su esquema a una reconstrucción detallada: la riqueza y ambigüedad del tercerismo, la cuestión del imperialismo y el antiimperialismo, los nacionalismos clásicos y los marginales, los marxismos “literal” y “difuso”, el *mercado* capitalista y el *plan* socialista. En una dirección más polémica examina luego democracia y totalitarismo, “la necesidad” y “el peligro de la revolución”, el laicismo materialista y la inspiración religiosa. La conclusión a favor de “una auténtica tercera posición”, con sus implicaciones locales y globales, pone al texto en un plano decisivamente normativo, sin perder en ello su estilo conjetural.

A cuenta de un examen más detallado de estos contenidos críticos, menciono los que deberían ser tenidos en especial consideración. Primero, los mojones que señalan el pórtico de entrada al tema, la cuestión de la modernidad y sus costos, bajo continuo del discurrir realdeazuaiano; luego, las insuficiencias del individualismo liberal inmanentista (esta había sido la inclemente requisitoria juvenil a Rodó) y el rescate, en contraposición directa, del personalismo cristiano de base maritainiana.

Con estos focos se procede luego a iluminar un recorrido por los dos “modelos” históricos realmente existentes, USA y URSS, dos voces -pensaba- que habían usurpado a todas las demás actantes y posibles de la humanidad de posguerra. La emisión autojustificada de estas voces cerraba un círculo de incomprensión recíproca y de estancamiento potencialmente explosivo; la Tercera Posición, entendida como mirada capaz de hurgar libremente en cada bloque y levantarse como una voz genuina, podía en cambio contribuir a una lógica global pacificadora, argumento estimable y de amplia circulación por entonces, pero afectado con severidad por cuanto la revolución era apreciada, a la vez, como el horizonte más próximo y deseable. Real conocía los ribetes contradictorios y hasta hiperbólicos de *pacificar con la Revolución*, pero los dejaba en suspenso mientras se aplicaba a analizarla.

Así pues, la Revolución estaba allí y había que situarse en esa línea de esclarecimiento histórico. No sería todo lo fundante que muchos creían o habían estipulado (a la altura de 1920 o de 1960), pues otro arbitrio (la *Providencia* antes que el *Progreso*¹⁹) planeaba sobre las cuentas de la peripecia humana, pero serviría para ordenar y canalizar energías, ideas y disposiciones. De abrazar ese camino había que hacerlo con ojos atentos tanto a *lo que se dejaba por el camino* como a *lo nuevo y gravoso*. La lista de novedades y gravámenes de la Revolución mostraba amplitud y clarividencia; también generaba incomodidad a cualquier sujeto que se pretendiera entonces revolucionario: la existencia radical y absoluta de la gente común, la expectativa de una retribución concreta y rápida, el avasallamiento de fueros, garantías, tradiciones, intimidades, la hiperpolitización y el movimientismo, el estado policíaco y hasta terrorista, la intolerancia y la persecución de la disidencia entendida como traición, la consagración de verdades oficiales, el frenesí y la ilusión planificadora, la educación como sistema de unificación de conciencias y conductas, etcétera.

¹⁹ La distinción está tratada en Karl Löwitz, (1949, IV, 81-128).

Espacio y tiempo del tercerismo: ¿dónde?, ¿cuándo?

De todo ello había ya dilatada evidencia en el mundo “real”, y si la adhesión a la Revolución en Real de Azúa era inequívoca, por detrás de esa definición asomaban los *amortiguadores* que operaban en una dirección menos clamorosa y enfática, o menos calurosa: el *sentido de la historia* para un cristiano que confiaba en otros futuros ajenos al titanismo humano, la desconfianza respecto a la tabla rasa, la prudencia derivada de un compromiso con la persona (“no hay pueblos, hay personas”, dice Zhivago, varias veces nombrado en el libro) más allá de cualquier congregación o arrebato. Nuestro autor cerraba su reflexión a favor de la Revolución con una apelación fugaz pero contundente a Tocqueville, referencia elogiosa, distante, melancólica tal vez: “embarcado en un navío que no construí estoy tratando de llegar al puerto más próximo”. (p. 394)

Real de Azúa adhería así a la Revolución y no cedía primacía, para avalarla, a ninguna de las justificaciones que operaban entonces en su estallido. Pasa entonces revista a *los marxismos* (a la altura del siglo y de la política de posguerra ese plural se volvía tan obvio como arduo, salvo para el Partido Comunista uruguayo), a la contextura polémica de su filosofía y de los derivados leninistas, escrutados todavía muy lejos de Gramsci o del “marxismo occidental”²⁰); a *los nacionalismos*, señalados en su ambivalencia radical por sus circulaciones en el campo conservador y en el de las emancipaciones, a *los antiimperialismos*, tan eficientes como reductores de la complejidad. Abiertas de una forma exhaustiva por nuestro autor, estas son, a la vez, las tres nutrientes de un tercerismo con pretensión de incidencia a partir de posibilidades que entiende evidentes.

La operación intelectual era polémica y plena en matices: se trataba de revisar a fondo unos fenómenos *activos* en su historicidad, pero escapando de prevalencias y determinaciones apriorísticas. Los marxismos eran inesquivables, usables (ello suponía una decisión), revisables en una perspectiva revolucionaria, pero su utilidad no debía

²⁰ El varias veces citado por Real de Azúa, Merleau Ponty, había acuñado críticamente la noción de “marxismo occidental” hacia 1955, en el mismo momento en que desde otros ámbitos también franceses se comenzaba a escribir sobre el *Tiers Monde*. Cfr. Christoph Kalter (2016, 20-48).

A fines de los años 50 Antonio Gramsci era todavía relativamente desconocido para la mayoría de los críticos en la región; las traducciones argentinas comenzaron a publicarse cuando *Tercera Posición...* estaba terminado. La peripecia intelectual de un marxista y revolucionario entonces como el argentino Oscar Terán estaba más cerca de Lukács o del primer Althusser que del italiano, a quien a la altura de los 60, poco más tarde, conocía bien. Ver: Aricó (1980); Massardo (1999), Tarcus (2020), Acha, (2017, 17-51). Por otro lado, no hay mención alguna, en este texto de Real, a la obra de Mariátegui cuyas claves han sido repuestas recientemente por Martín Bergel (2021).

escamotear la consideración de pesadas debilidades tales como la pobreza de la dialéctica en la cobertura de los dualismos gnoseológicos y metafísicos, o las ingenuidades del voluntarismo o del cientificismo, o la ausencia de un sentido trágico de la vida. El marxismo, decía Real, había sido más útil y eficaz para quienes no eran marxistas ni buscaban una sola clave para todo; podían entonces articular un flujo de influencias más abiertas junto con el nacionalismo, el existencialismo, “el liberalismo no esclerosado”, el cristianismo. ¿Dónde y cuándo todo esto era viable? En el Tercer Mundo, en ese momento de la Guerra Fría.

Las restantes perspectivas críticas estaban referidas a los nacionalismos y al antiimperialismo, por un lado, y a la cuestión de la democracia y el totalitarismo, por otro. Respecto a los nacionalismos ya acuñaba Real algunas distinciones que se hicieron fuertes en tiempos de la descolonización asiática o africana, y que separaban -no tan fácilmente, dígame al pasar- aquellos prototipos asociados al núcleo conservador de la política moderna, de los profesados en circuitos independentistas que resistían tanto al imperio de turno como a las humillaciones y “olvidos” del progreso y la “sociedad de masas”. El marxismo, por su “ingenua” apuesta a la transitoriedad de la nación, y el leninismo, por sus “fallidas estimaciones” sobre el imperialismo y la economía global habían retrasado el envío emancipador que el nuevo nacionalismo debía ser capaz de potenciar. ¿Dónde y cuándo? En el Tercer mundo, solo entonces y allí.

La reflexión sobre la democracia estaba construida, otra vez en Real de Azúa ²¹, como un contrapunto con la experiencia totalitaria. Describía un arco de gran amplitud valorativa y potencialidad contradictoria que iba del análisis formal institucional clásico hasta la visión decadentista de la democracia que tanto predicamento obtuvo en los años 60. Nuestro autor conocía bien las bases conceptuales y los desarrollos históricos de aquel paradigma²², reparaba con detalle en el conjunto de insuficiencias y fracasos, no solo imputables a las dictaduras totales de diverso signo sino también, y después, a la facilidad con la que en “Occidente”, servía para reproducir desigualdades injustas, abusos de poder y escamoteo de los “verdaderos asuntos”. La democracia realmente existente, valga aquí doblemente el giro, era apariencia, electoralismo, arreglo de elites, ocultamiento del poder efectivo, ausencia de deliberación, trapisonda jurídica,

²¹ Ver Real de Azúa, (2023).

²² Parecía un estricto glosador de Robert Dahl quien hacia 1958 había escrito la primera versión de su *Prefacio a la teoría democrática*; también tenía bien leído el texto de Sheldon Wolin, *Politics and Vision*, libro que obtendría marcada influencia en los años 80 para indagar en las distinciones entre democracia y liberalismo.

ineficiencia técnica y manipulación mediática. No aparecen demasiado citados en el libro, pero sobrevuelan en esta catarata pesimista C. Schmidt y J. Schumpeter, cada uno con lo suyo.

Un subrayado más de estas cuestiones capitales: la crítica a la democracia ambientada en aquellos años era también su producto. Iba rauda por la senda antiliberal y marxistizante y se reclamaba “activa” por cuanto conducía a la Revolución. Después de ella, ya sin la mirada condescendiente, había que refundar esa democracia como la más virtuosa y depurada práctica del autogobierno, sustentada en tradiciones más allá del liberalismo, pero capaces de proporcionar “otras vivencias de la libertad” y la corresponsabilidad, allí donde el comunismo histórico había fracasado rotundamente y no haría más que seguir fracasando, dada su matriz. (pp.350-380).

Parece claro luego de este recuento que Real de Azúa no improvisaba sus especulaciones ni se entregaba a un pensamiento momentáneo. Ofrecía más bien un linaje conceptual que puede encontrarse en sus primeros y segundos escritos, con ampliaciones, desplazamientos y ratificaciones. Viejas ideas desafiadas y ratificadas, reformuladas, renovadas. Casi dos décadas más tarde “Tercer Mundo” era ya, para nuestro autor, bastante más que aquella Iberoamérica que, de la mano de Bataillon, Zea, (y Maetzu furtivamente en él), había servido de gran espacio, *hinterland* dirá, para una peculiaridad rescatable y liberadora toda vez que hiciera posible “la conciliación entre lo católico y lo moderno”.²³

Y al final, la dimensión utópica

La porosidad de estas dimensiones que propongo se vuelve evidente pues muchas de las reconstrucciones críticas se proyectaban a cierto aliento utópico de la propuesta tercerista. Antes de resumirla con este criterio conviene colocar en el registro dos perspectivas que, en Real de Azúa, como vimos, operaban en un sentido perpendicular e invasivo, que cortaban y resignificaban a la revolución, el nacionalismo, antimperialismo y la democracia. La primera remite al vínculo crítico con la modernidad (recorre los asuntos de la premodernidad, modernidad, posmodernidad), evaluada en términos de costos y beneficios y asociada a las transformaciones individualistas de la sociedad de masas. No es, desde luego, una cautela inventada por Real, pero tiene en sus escritos una presencia permanente. La segunda refiere a su condición cristiana y católica, de la que el libro todo es un heterodoxo testimonio

²³ Carlos Real de Azúa, “Filosofía de la historia e imperialismo”, En *Marcha*, 21 de marzo de 1958, cit.

coronado por una exigencia amortiguada: *el cristiano debe estar con la Revolución*, pero sabiendo que ella nunca traerá el cielo a la tierra. Esta militancia revolucionaria es anterior a la conmoción de la iglesia conciliar y posconciliar; le debe más, en Real, a su integrismo juvenil que, a los signos de los tiempos de los primeros sesenta, los del “desarrollo” y los de la “liberación”²⁴.

El corolario que ofrecía Real podía, pues, resumirse: (1) si capitalismo y socialismo en sus versiones estatales de segunda posguerra eran subproductos modernos, desarrollistas, ilustrados, la Tercera Posición no sería entonces, una tercera sino una segunda radicalmente otra, definida por contraste (no tanto por negación) con la modernidad; (2) la revolución del Tercer Mundo podía finalmente, a pesar de lo que dijera Fidel Castro, no ser antirreligiosa, y para los cristianos, ser una oportunidad de realización evangélica. En cualquier caso, se sumaba una voz que se pretendía revolucionaria y que debilitaba por un tiempo el monopolio de los comunistas respecto a esa posibilidad. En Uruguay, esta perspectiva de Real de Azúa sumaba, pero también radicalizaba los análisis relativamente contemporáneos como el pionero de Roberto Ares Pons o, más adelante, del más volcado a las ciencias sociales de Aldo Solari.²⁵

La Tercera Posición debía ser el *topos*, el espacio para la realización de una promesa solo viable a partir de la multiforme entidad del Tercer Mundo. Allí maduraba una “civilización de trabajadores” capaz de trascender tanto al capitalismo individualista y enajenante como a la planificación socialista que apenas alcanzaba para “salir del mínimo humano”; una civilización sustentada en una idea diferente de la propiedad y de una democracia en “estado naciente”, de base pluralista y hecha de tensiones positivas (persona-masa, Estado-grupos, mayorías- minorías, libertad-plan. (pp.379 y ss.). La Tercera Posición y el tercerismo estaban llamados a cumplir un papel *alternativo* a la bipolaridad y *pacificador* de la política internacional ganada entonces por la escalada armamentista. Por su capacidad de ver y exigir sin prejuicios a ambos polos, por su radical hospitalidad con respecto a la revolución y el nacionalismo antiimperialista, el tercerismo era la oportunidad para abrir un cauce diferente para el desenlace de la Guerra Fría.

Las fechas importan, contienen y recuerdan límites de los textos. Tenemos sabido que poco tiempo después de escrito aquel libro demasiadas cosas se vieron

²⁴ Ver Pasquale Sofía (2019). Janssens (1949), Lowy (1999), Comblin, J. (1970).

²⁵ Roberto Ares Pons (1956, 6-17), puede leerse allí sobre “el rol del estudiantado” en el tercerismo; Aldo Solari (1965). Sobre el concepto en las ciencias sociales de los años 50 ver Kalter (2016, cap 2.)

conmovidas como para haber alentado la cautela de su autor: la definitiva inscripción de Cuba en la esfera soviética hacia 1962 y la crisis misilística, la tensión desarrollada por China respecto a la URSS hasta configurarse como una variante casi completa del comunismo, el inicio del Concilio Vaticano II, convocado en 1959, inaugurado en 1962 y clausurado en 1965.

Las sirenas sobre las que tanto había advertido Circe a Ulises hechizaban fatalmente con su canto en el camino de regreso. *Atado al mástil* se entregó a la ambivalencia, la de escuchar y no ceder. Algo de eso había en este largo discurrir de Real de Azúa: ver todo, zambullirse en esa tormenta fascinante, mantener la vertical.

Referencias bibliográficas

- ACHA, Omar (2017). *Cambiar de ideas: cuatro tentativas sobre Oscar Terán*, CABA Prometeo.
- ARES PONS, Roberto (1956), “Sobre la Tercera Posición”, en *Nexo*, Montevideo, agosto – setiembre, pp., 6-17.
- ARICÓ, José (1980), *Marx y América Latina*, Lima, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.
- ALBURQUERQUE, Germán, (2014). Tercermundismo en el Cono Sur de A. Latina: ideología y sensibilidad. 1956-1990 en *Tempo e Argumento* vol. 6, n 13
- BERGEL, Martin, (2019). Futuro, pasado y ocaso del Tercer Mundo, en *Nueva Sociedad* 284, pp, 130-144
- BERGEL, Martin, (2021), El socialismo cosmopolita de José C. Mariátegui, en *Nueva Sociedad* 293, 167-175.
- BRANDO Oscar y RILLA, José (2018), *Carlos Real de Azúa: Los años de formación. Escritos inéditos sobre Rodó*, Montevideo B. Nacional.
- CUADERNOS DEL CLAEH (1987), n.42, *Carlos Real de Azúa, Evocación provocación*, Montevideo
- COMBLIN, J. (1970) *Théologie de la revolution*, Paris, Editions Universitaires.
- Janssens, J.B. (1949), “Las instrucciones sobre el Apostolado Social https://www.sjesjesuits.global/media/2021/02/Janssens_esp.pdf
- KALTER, C. (2016) *The Discovery of the Third World. Decolonization and the Rise of the New Left in France 1950-1976*, Cambridge UP.
- LÖWITZ, K. (1949) *Meaning in history*, Chicago.
- Lowy Michael (1999), *Guerra de dioses: Religión y política en América Latina*, México

siglo XXI

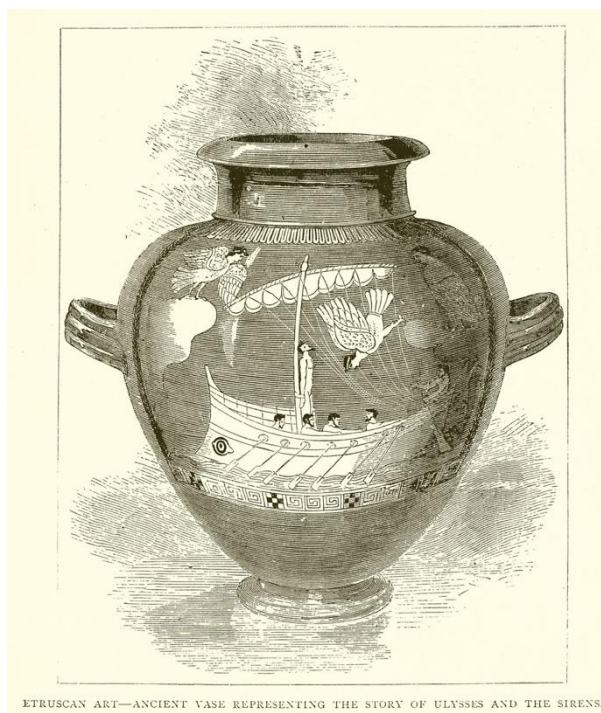
- Markarian, Vania (2020), *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría Cultural en el Uruguay de los sesenta*. Montevideo: Debate
- REAL DE AZÚA, Carlos (1996), *Tercera Posición, Nacionalismo Revolucionario y Tercer Mundo. Una teoría de sus supuestos*, 3 volúmenes, Montevideo, Cámara de Representantes del Uruguay. Prólogo de Ruben Cotelo.
- REAL DE AZÚA, Carlos (1964), *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, 2 tomos, Montevideo, Universidad de la República.
- REAL DE AZÚA, Carlos *España de cerca y de lejos*, [1943], (2023) Barcelona, Renacimiento.
- REAL DE AZÚA, Carlos (1975), *Historia visible e historia esotérica. Personajes y claves del debate latinoamericano*, Montevideo, Arca/Calicanto.
- RILLA, José (2021), Carlos Real de Azúa viaja a España. Ratificación/rectificación (1937-1943) *Ayer* 122/ (2): 215-242, Madrid.
- RILLA, José (2020), Caminos de la herejía democrática: católicos y falangistas en tránsito. *Pasado y Memoria*. Revista de Historia Contemporánea, 20, pp. 43-65 <https://doi.org/10.14198/PASADO2020.20.02>
- RILLA, José (2009), El freno del impulso. Prólogo a Carlos Real de Azúa, *El impulso de su freno [1964]* Montevideo, Biblioteca Artigas Clásicos Uruguayos
- ROCCA, Pablo, (1992), *35 años en Marcha*. Uruguay: División Cultura de la Intendencia Municipal de Montevideo.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (1987), “Imagen estereoscópica de Carlitos Real” en / *Vigencia de Carlos Real de Azúa*, Ciesu - EBO.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (2019), *Ensayo y memoria. El juicio de los parricidas. Las formas de la memoria*, Biblioteca Artigas, Clásicos Uruguayos, vol. 211.
- SOFIA, Pasquale (2019), *La Liberación del oprimido. La iglesia política en América Latina 2da edic.* Maracaibo (Maracaibo), Venezuela: Universidad del Zulia
- SOFÍA, Pasquale (2020). Iglesia católica y política en América latina: la teología de la liberación, en *Cuestiones Políticas*, vol. 37, N 65. Julio -dic., pp. 48 y ss.
- SOLARI, Aldo (1965), *El tercerismo en el Uruguay*. Montevideo: Alfa.
- TARCUS, Horacio (2020) “José Aricó y la historia del marxismo en América Latina. La historia intelectual y la perspectiva de la recepción”, en *Políticas de la Memoria*, n° 20, Buenos Aires, pp. 146-155. <https://doi.org/10.47195/20.657>

TRUJILLO, Valentín (2017), *Real de Azúa. Una biografía intelectual*, Ediciones B.

ZANCA, J. (2018). *Los humanistas universitarios: historia y memoria (1950-1966)*.

Buenos Aires, Eudeba

ZANCA, J. (2022), “Católicos progresistas. Intelectuales, teología y política en la Argentina de los años cincuenta” en *Contemporánea* Montevideo, Volumen 16, año 13, enero-julio.



Palabras de presentación como Académica Correspondiente en La Pampa de la Dra. Andrea Lluch¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. EDUARDO JOSÉ MÍGUEZ

Andrea Lluch es Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Profesora Titular Regular de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, Profesora Asociada en la Facultad de Administración, Universidad de Los Andes (Colombia). Es investigadora asociada en el David Rockefeller Center for Latin American Studies de la Universidad de Harvard, donde colabora con el proyecto sobre creación de mercados emergentes de la Harvard Business School. Es editora asociada de la revista *Enterprise & Society* de la editorial de la Universidad de Cambridge, e integrante del comité editorial de *Investigaciones y Ensayos*, del comité científico de *Bussines History* (Inglaterra), la *Revista Uruguaya de Historia Económica* y de *Investigaciones de Historia Económica*, de España. Es representante de América Latina en el Congreso Mundial de Historia Económica. Su lugar en el mundo de la historia de empresas es notable para una investigadora aún joven. Sin duda, es una de las más destacadas de América Latina.

Ya volveré sobre la trayectoria que la ha llevado a ocupar un lugar tan significativo en el campo de la historia económica en Argentina. Pero antes, no puedo dejar de mencionar mi propia experiencia en relación con Andrea. La conocí en un seminario que dicté en la Universidad Nacional de la Pampa, donde sin duda fue la alumna más destacada. Por eso, cuando poco después me pidió que dirigiera su tesis doctoral en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, acepté con gusto. No puedo dejar de mencionar aquí una anécdota, que pinta su capacidad y voluntad de trabajo. A poco de comenzar, le pedí que redactara un esquema de su proyecto de tesis. En la reunión posterior le marqué las virtudes del proyecto, y algunos aspectos a corregir. En poco tiempo me envió una nueva versión, que resolvía muy acertadamente los problemas, y que mostraba una notable maduración. No pude dejar de estar impactado por lo rápido que había logrado ese progreso. De allí en más, sus textos y borradores fueron siempre impecables.

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 10 de septiembre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

Andrea había logrado acceso al archivo de un importante almacén de ramos generales de Santa Rosa, y con esa documentación, y una prolija lectura de la bibliografía sobre el tema, fue construyendo una tesis muy sólida. Con esta ya avanzada, le sugerí que hiciera una estadía en el exterior, para ampliar su perspectiva y cobertura bibliográfica, sugiriendo una posibilidad en la universidad Georgetown de Washington. Aprovecho esa estadía de manera notable, enriqueciendo su tesis, su formación, y su vinculación al medio académico internacional. El resultado fue una de esas tesis de las que el director se siente muy orgulloso. Su agudo análisis de las fuentes mostró la multitud de funciones que cumplían estas empresas en relación al desarrollo rural pampeano, brindando una imagen novedosa sobre los caminos del notable boom argentino en el cambio de siglo.

Su carrera confirma la gran capacidad y pujanza que Andrea había mostrado como alumna de posgrado. Sería imposible resumirla aquí en el tiempo del que dispongo. Por ello, me limitaré a destacar sus logros más importantes en las diferentes áreas de la vida académica.

Fue medalla dorada como la mejor graduada de su generación en la Universidad Nacional de La Pampa. Su formación contó con el apoyo de becas de CONICET, la Asociación (estadounidense) de Estudios Latinoamericanos para su pasantía en aquel país, una beca para una escuela de verano de la Asociación Europea de Historia de Empresas, y ya doctorada, una beca Fullbright y la Newcomen de Harvard para estadías en Estados Unidos en 2005 y 2006. Sus trabajos han recibido diversas distinciones internacionales, y recibió también el premio a la excelencia del Senado Nacional. Fue integrante del consejo directivo y presidenta, en ambos casos, de la Asociación Argentina de Historia Económica y de la Asociación Norteamericana de Historia de Empresas.

La primera etapa de su trayectoria docente la realizó en su universidad de origen, logrando en pocos años un destacado lugar como profesora titular de historia regional, desde donde contribuyó de manera crucial a un notable crecimiento de la carrera de historia en esa universidad. Entre otras cosas, dirigiendo la revista *Quinto Sol* por varios años, la Maestría en Estudios Sociales y Culturales hasta el año 2022 y continúa a cargo de la Especialización en Historia Regional. En los años siguientes, su sobresaliente carrera internacional la llevó a actuar como profesora o investigadora invitada en las Universidades de Toulouse-Le Mirail (Francia), la Adolfo Ibañez de Chile, la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad la República en Uruguay, la universidad de York

en Inglaterra, la Universidad de Barcelona en España, la Universidad Kyoto en Japón, la de Glasgow en Escocia, y como ya se señaló, a una relación más estable con una de las mejores universidades de Colombia.

Es autora de un extenso y destacado conjunto de publicaciones científicas. Ha participado en la publicación de más de 20 libros, como autora, co-autora, o editora. Ha publicado 42 artículos en revistas, muchos de ellos en algunas de las más prestigiosas de su especialidad, y otros tantos capítulos en compilaciones en libros. Desde luego, no puedo dar cuenta aquí de esta extensa producción. Es notable que, en conjunto, su labor ha seguido los dos ejes centrales de su tesis, dando, sin embargo, la mayor amplitud posible a estas áreas de especialización. Por un lado, la historia pampeana y regional, y por otro, la historia de empresas – en varios casos, combinando ambos campos, como hiciera en su tesis.

En la historia del territorio nacional y la provincia, junto con colegas de su Universidad, Andrea ha sido co-autora de una historia general de La Pampa en dos volúmenes, publicado el primero en 2009 (y reeditado en 2014) y el segundo 2010. También ha sido editora de las memorias de los gobernadores pampeanos, poniendo así a disposición de los historiadores valiosos recursos heurísticos. Además de su tesis, sobre el almacén Torroba, hizo una historia de la Cooperativa Eléctrica de Santa Rosa, y se ha ocupado en dos libros sobre el proceso de provincialización. También ha escrito sobre la historia institucional, con una mirada tanto local, sobre La Pampa, como otra más amplia sobre los territorios nacionales. Y ha publicado decenas de artículos en libros o revistas sobre temas de la historia pampeana.

La variedad de problemas que sus trabajos abordan es muy amplia. Desde temas muy vinculados a su trabajo inicial, como el papel de las redes de crédito en la economía exportadora, y el rol de los almacenes rurales en este aspecto y la presencia de extranjeros en el sector, hasta la trama social de la provincia en un sentido más amplio, sin restringirse a los aspectos económicos, y también el estudio del destino de la población indígena local.

El otro gran eje de su producción académica es la historia de empresas. Allí, de su enfoque originario, concentrado en el estudio en profundidad en base a documentación de empresas radicadas en La Pampa, ha dado un gran paso con un enfoque mucho más general, abarcando a todo el país y otras regiones de América Latina. En una dimensión, continuó con el estudio de empresas familiares, pero dejando la escala local para tomar una mayor perspectiva internacional e incluyendo grandes

empresas, como se ve en el libro que publicó con Paloma Fernández; *Familias empresarias y grandes empresas familiares en América Latina y España: una visión de largo plazo*. (Bilbao: Editorial BBVA. 2015), revisado y reeditado en inglés en 2016. (Northampton: Edward Elgar Publishing Inc.).

Si empresas familiares, o relativamente pequeñas, fueron su puerta de entrada a este campo, más adelante, en ocasiones en colaboración con una de sus socias frecuentes, Norma Lanciotti, entre otros colegas, ha abordado el tema de las grandes empresas y las empresas extranjeras en Argentina y la región. Ejemplo reciente de ello son las compilaciones que llevó a cabo con Norma, *Las Grandes Empresas en Argentina, desde la expansión agropecuaria hasta la última globalización* (Prohistoria 2023), y el anterior: *Las empresas extranjeras en Argentina desde el siglo XIX al siglo XXI*, (Imago Mundo, 2018), ambos productos de proyectos financiados por FONCYT, que además dieron lugar a bases de datos on line, con el valor que esto tiene para el desarrollo de la disciplina.

Como se habrá notado, otra novedad de la producción es la significativa ampliación de su escala temporal. Andrea se ha transformado en una estudiosa de las empresas en todo el siglo XX, y como veremos, también del actual. Una primera expresión de esto se ve en la obra que publicó con Geoffrey Jones, *El impacto histórico de la globalización: empresas y empresarios en Argentina y Chile*. (Buenos Aires: Temas. 2011), reeditado en Londres y New York por Edward Elgar Publishing, 2015. Hemos visto que varios de sus libros abarcan un espectro amplio, que llega a la presente globalización. Pero en este punto, es notable su investigación sobre los efectos de la pandemia en las empresas y las políticas públicas para paliarlos. Aquí, necesariamente, vuelve a la escala provincial, más abarcable, como parte de un proyecto más amplio sobre las respuestas del Estado a aquella situación.

Junto a esta preocupación por lo inmediato, otra vertiente de su trabajo es el estudio de las redes corporativas. Ejemplos, entre otros trabajos, son el artículo publicado en 2017 en *Business History*, “Directors and syndics in corporate networks: Argentina and Italy compared (1913 - 1990)”, junto con Alberto Rinaldi y otros, y el revelador estudio sobre el reducido lugar de las mujeres en las dirección de empresa en Chile y Argentina hasta 2010, que llevó a cabo con Erica Salvaj, publicado en 2022. Y un tema que, al menos para mi, es novedoso en la Argentina, se refiere a la formación de los administradores de empresas. También en esta línea produjo más de un trabajo, entre los que destacaré el que hizo con Rolv Peter Amdam, “In the shadow of

Americanisation: The origins and evolution of management education and training in Argentina (1940s-1960s)” a ser publicado por *Business History* en breve.

Sería imposible continuar desarrollando el amplio espectro de temas que, como se ha visto, ha abordado Andrea. Pero dos aspectos quisiera remarcar para cerrar estas palabras. Uno de ellos es la notable red de colaboración con la que ha interactuado; desde sus colegas de la universidad, hasta especialistas en su temática en otras universidades argentinas, y una variada red de investigadores del exterior, incluyendo Latinoamérica, Estados Unidos y Europa. El otro, es precisamente el carácter netamente internacional de su carrera. Sin olvidar la perspectiva local, Andrea Lluch ha sabido insertarse en el mundo académico global, ocupando en él destacadas posiciones.

Como director de su tesis 20 años atrás, no puedo evitar sentir un poco la sensación de “padre” orgulloso. Escuchemos ahora su discurso inaugural.

El capitalismo argentino en debate: empresas, productividad y educación¹

POR LA ACADÉMICA CORRESPONDIENTE DRA. ANDREA LLUCH

En su ya clásico artículo, “Las crisis argentinas en perspectiva histórica”, Eduardo Míguez (2011) afirmaba que, junto con el peronismo, el otro gran tema de la historia argentina del siglo XX ha sido la baja performance de su economía, en especial desde las últimas décadas del siglo XX y hasta la actualidad. No es mi intención dar cuenta aquí del cúmulo de ideas, debates y argumentos que este problema ha suscitado.

² Una cuestión que, además, se ha formulado de diversas maneras. Intuyo, no obstante, que a nadie en la audiencia le sorprenderá escuchar que el rol de las elites, entre ellas las empresarias, ha estado en el centro de una larga tradición de estudios que encuentran allí gran parte de la explicación al decepcionante derrotero de la economía argentina en el largo plazo.

Desde las obras clásicas sobre la clase terrateniente argentina en el siglo XIX y los debates en torno a la formación de la clase dominante y la ausencia de una burguesía nacional en el siglo XX, un extenso universo de estudios históricos, sociológicos y económicos se han preocupado por identificar en el comportamiento de la clase empresarial las razones del desarrollo económico frustrado del país. Por ello, me propongo contribuir a la discusión sobre la evolución y las características del capitalismo en Argentina desde la perspectiva de la historia empresarial. Como punto de partida quisiera formular dos preguntas. La primera: ¿qué nueva evidencia aporta a este debate un análisis nominal y dinámico de las grandes empresas? La segunda, enfocada en el periodo de la mayor transformación del capitalismo argentino en la segunda posguerra, interroga las ecuaciones desplegadas ante la reformulación del debate sobre productividad, educación y empresas.

La respuesta a la primera pregunta me lleva a reflexionar desde el camino compartido con Norma Lanciotti, colega de la Universidad Nacional de Rosario e

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 10 de septiembre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia. La naturaleza de este texto explica que el aparato erudito sea limitado. Se han introducido referencias a producción académica reciente de mi autoría en las cuales se desglosan los distintos temas y se dan cuenta de los debates conceptuales y de la revisión exhaustiva de literatura.

² En la introducción del libro de Lluch y Lanciotti (2021) se sintetizan algunas de las visiones y posturas de este extenso debate.

investigadora del CONICET. Hace varios años, nos propusimos emprender una serie de estudios para abordar desde otro ángulo la relación entre grandes empresas y la evolución de la economía argentina.³ A nivel internacional existe un enorme recorrido historiográfico sobre como analizar a las grandes empresas (Cassis, 2008). En las últimas décadas, se han actualizado los debates tanto en términos conceptuales como metodológicos. La relación entre la estructura empresarial y las formas de capitalismo planteada por la literatura sobre variedades de capitalismo ha enfatizado el papel dominante de las empresas extranjeras y los grupos económicos diversificados en la coordinación de las economías latinoamericanas.⁴ Desde el campo de la historia de empresas, también se ha identificado el protagonismo y la perdurabilidad de las empresas y grupos económicos empresariales de base familiar en las elites corporativas de la región, además de la elevada y sostenida incidencia de grupos extranjeros.⁵ No obstante este florecimiento de estudios a escala internacional y regional, no identificábamos en la literatura argentina un análisis cuyo foco fuera la evolución de las grandes empresas y sus transformaciones en el largo plazo.

El propósito de la investigación fue, por un lado, producir información inédita sobre las empresas nacionales y extranjeras al construir los primeros rankings de las 200 más grandes según su capital social integrado entre 1913 y 1971.⁶ Y, por el otro, aportar nuevas evidencias -y ratificar hallazgos previos- sobre la relación existente entre la estructura y las estrategias de las grandes empresas con los límites y características del capitalismo argentino.

¿Cuáles fueron algunos de los hallazgos? El año de 1913 cristaliza el apogeo del primer ciclo de inversión extranjera en Argentina que había comenzado en la década de 1870 y se extendió hasta la nacionalización de las empresas ferroviarias y de servicios públicos en 1947-1950. Se relativiza así, y desde esta perspectiva, la idea del cambio abrupto desde una economía impulsada por el sector externo, hacia una economía de

³ Se remite al libro mencionado en la cita anterior, y al previo de Lanciotti y Lluch (2018).

⁴ Ben Ross Schneider (2013) propuso para Latinoamérica una “variedad” denominada capitalismo jerárquico de mercado, como un tipo ideal, caracterizado—entre otros factores— por “el predominio de los grupos empresariales familiares diversificados, tanto en las economías grandes como en las pequeñas”.

⁵ La literatura es extensa, véanse entre otros a Barbero (1997, 2011), Schorr (2021), Barbero y Lluch (2015), Gilbert (2002), Marichal (1974 y 1995), Cerutti (2000), entre otros. Para una síntesis de los debates, véase Austin, Dávila y Jones (2017).

⁶ La base de datos está disponible para consulta en <https://argentinaempresas.com/>. La elaboración de la base de datos fue indispensable dado que no existían rankings de empresas para el período anterior a 1955 y los rankings por ventas publicados entre 1955 y 1969 por la revista Panorama de la Economía Argentina habían sido cuestionados por omisiones e inconsistencias que los desestimaban como materia prima de investigación (Schvarzer, 1977).

base industrial a partir de 1930. Por el contrario, propusimos un pasaje más gradual desde una economía agroexportadora a una economía más diversificada, con un punto de inflexión en la primera posguerra y cierta continuidad hasta mediados de los años cuarenta, desde cuando se iniciaron cambios más marcados. Asimismo, el final del proceso de diversificación productiva e industrial lo ubicamos en el último corte que consideramos, es decir, el año 1971. Este año representó el cenit del proceso de extranjerización e industrialización de la economía argentina. La participación de las firmas extranjeras entre las 200 mayores alcanzó un máximo histórico del 46%, un porcentaje muy elevado en comparación con otros países de industrialización tardía y para los que se cuentan con estudios similares.

Otra de las problemáticas centrales de nuestro análisis fue dimensionar los elementos de continuidad, así como los de ruptura. Una pregunta que ha aparejado bastante atención en las discusiones sobre la gran empresa han sido los peligros potenciales de la concentración económica, los cuales se magnificarían si las empresas más grandes se atrincheran en sus posiciones. Ante ello existe una larga tradición de estudios sobre la rotación y movilidad de las grandes empresas en las economías industriales más maduras (Lluch y Lanciotti, 2023). ¿Qué resultados arroja un análisis de este tipo para la Argentina? Para ello, y desde un enfoque inscrito en los estudios de demografía empresarial y longevidad organizacional (*organizational longevity*), se examinaron las entradas y salidas de las empresas que conforman los rankings de las 200 mayores para los años 1913, 1923, 1930, 1937, 1944, 1960 y 1971.

Al analizar la dinámica de las entradas y salidas del panel de las mayores empresas en diferentes años, pudimos determinar también el grado de turbulencia y –en contraste– el centro más estable de la cúpula empresarial argentina en el largo plazo. El análisis detectó un elevado y sostenido nivel de rotación de las empresas pues solo el 2% logró sostenerse en todos los cortes, mientras que 57% de las empresas registraron una sola presencia en los siete rankings. Aquellas que ingresaron dos veces representaron un 18%. Estos dos últimos guarismos indican que dos tercios del total de empresas analizadas no pudo sostenerse en la cúpula. ¿Es esto algo extraordinario? La turbulencia entre las grandes empresas es un rasgo común a varios países, entre ellos, Estados Unidos, Italia y Australia.⁷ Pero, lo que descubrió nuestro estudio, es que el

⁷ Para Estados Unidos, ver Louçã y Mendonça (2002). Para Italia, ver Giannetti y Vasta (2010). Para Australia, ver Ville y Merrett (2000). Sobre demografía empresarial, ver Carroll y Hannan (2018).

nivel de turbulencia fue aún más alto en Argentina, superando 60% en tres de los cuatro cortes analizados. Por lo tanto, los estudios comparables ratifican que más allá de la prevalencia de algunas empresas en el largo plazo, el dinamismo fue muy significativo, aunque, no fue homogéneo en el tiempo.

El periodo 1913-1944 evidenció una menor rotación, lo cual confirma nuestra propuesta acerca de la extensión del primer ciclo de negocios desde la globalización hasta los comienzos de la industrialización dirigida por el Estado. Es decir, la incidencia de la crisis mundial de 1930 no se manifestó en forma inmediata en los niveles de rotación de las grandes empresas en los rankings. No obstante, las condiciones generadas por la crisis impulsaron las primeras medidas que cristalizaron luego hacia una política de promoción industrial. Estas políticas aplicadas durante los gobiernos peronistas (1946-1955), al igual que la promoción de la inversión extranjera durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) produjeron la salida de firmas extranjeras de transporte y servicios públicos y la entrada a los rankings de nuevas grandes firmas industriales dedicadas a la producción de insumos industriales en los años 1959-1960 y especialmente en el año de 1971.

No es casual que, ante la mayor transformación en el perfil de las grandes empresas, y en el cenit del paradigma fordista de producción, se diera una rearticulación del vínculo entre productividad, educación y empresas. Por ello, para responder la segunda pregunta me detendré en el contexto específico del auge de la economía del desarrollo, en el que intervinieron múltiples influencias intelectuales e institucionales. Dentro de ellas, el desarrollismo fue una corriente ideológica (o un clima de ideas) de amplia transversalidad en ámbitos sociales muy diversos (Neiburg y Plotkin, 2003). En el caso argentino, “el desarrollismo criollo” visualizó la necesidad de cambiar la matriz productiva de la industria, dando pie a lo que la literatura ha definido como la segunda etapa de la Industrialización por Sustitución de importaciones, que se extendió hasta 1976. La segunda pregunta, entonces, interpela al ciclo de inversiones que dio pie al gran recambio y movilidad de la cúpula empresarial que acabo de sintetizar, y en el marco de una serie de medidas, debates, acciones, circulaciones de ideas y expertos (nacionales e internacionales) que buscaron no solo repensar el capitalismo argentino sino transformarlo. En esta agenda, el empresariado fue trasladado al centro de la escena, abriéndose el gran interrogante de sus capacidades para liderar lo que se consideraba entonces era una aguda crisis de productividad.

Esta visión se manifestó en las ciencias sociales, la cual tuvo un marcado interés

por el estudio del factor empresarial en los 1960s. Es decir, la cuestión de la empresarialidad en los procesos de desarrollo se reformuló desde la academia en forma aún más amplia, interrogándose acerca de su potencial función innovadora. Como ha analizado en detalle Carlos Dávila (2010), en la segunda posguerra hubo una explosión de textos que discutieron los determinantes históricos de la iniciativa empresarial en América Latina. Dos corrientes de pensamiento ejercieron una influencia considerable en las décadas posteriores, por un lado, las teorías psicológicas y sociológicas de la «modernización» y, por el otro las teorías marxistas del imperialismo y su variante latinoamericana, las «teorías de la dependencia» (Bucheli, Lluch y Monsalve, 2025). Los fundamentos académicos emanados desde las teorías del desarrollo y la de la modernización, fueron proporcionados por algunas de las mejores universidades estadounidenses: MIT, Harvard y Berkeley y subrayaron la importancia de los «factores no económicos» del desarrollo económico. Temas como la eficiencia, el espíritu empresarial, las élites, la toma de decisiones y la educación se consideraron cuestiones clave para entender el llamado “subdesarrollo”.

Los estudios sobre el empresariado proliferaron, aunque cabe advertir que convivieron diferentes perspectivas ideológicas. Entre esta larga lista puede mencionarse la investigación que promovió la CEPAL sobre el empresariado industrial en América Latina, el cual incluyó un estudio comparado de Argentina, Brasil, Colombia y Chile. El capítulo para Argentina estuvo a cargo de Eduardo Zalduendo (1963) consultor de la CEPAL asociado al Centro de Investigaciones Económicas del Instituto di Tella. Zalduendo realizó 27 entrevistas a empresarios industriales entre 1961 y 1962. Al inicio del reporte justificaba así por qué estudiar al empresario “En el caso particular de la Argentina, el interés por conocer esta faz desconocida de la economía nacional surge también del excepcional momento histórico en que deberá actuar” (p.2).

Zalduendo expresaba así su convencimiento de que era un tiempo de inflexión, con nuevos actores, y redefiniciones de problemáticas previas. Fenómeno que también se visualiza en la redefinición de los debates sobre productividad, los cuales estaban bien arraigados en muchos círculos desde finales de la década de 1940, aunque se centraban en la productividad del trabajo o laboral. Al respecto, una vasta literatura ha dado cuenta ya como el gobierno peronista (1946-1955) impulsó el debate sobre la productividad en Argentina.⁸ La reorientación de la política económica en los años

⁸ Un análisis detallado en Brennan y Rougier (2013). Para un análisis de la relación empresas y peronismo, ver Belini (2014). Existen numerosos aportes sobre los debates alrededor de la productividad

finales del peronismo incluyó la necesidad de elevar la eficiencia industrial, tomando el rendimiento individual del trabajador como su elemento central. No obstante, los debates estuvieron marcados por el desacuerdo entre dirigentes sindicales y empresarios.

Luego de 1955, los problemas de la productividad pasaron a formar parte del sombrío balance realizado en torno a la década peronista. Algunos reportes estimaban que entre los años 1948 y 1958 el producto bruto por habitante había bajado en un 5%. Ahora bien, este debate, que ha sido definido como la batalla por la productividad (Jauregui, 2018), fue no solo reformulado en base al proyecto desarrollista antes descripto, sino que, se propone, se alineó con discusiones internacionales; un argumento sobre el que volveré más adelante.

En la fase institucional, en 1957, se creó el Instituto Nacional de Productividad (INP) como organismo descentralizado dependiente del Ministerio de Comercio. A finales de ese mismo año un experto de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), Hans Falström, viajó a la Argentina para asesorar a las autoridades. Su conclusión fue que las industrias manufactureras necesitaban 20.000 dirigentes y técnicos en productividad y 23.000 capataces capacitados, y la industria metalúrgica, 7.000 dirigentes y técnicos en productividad, 8.000 capataces y 15.000 obreros especializados. También afirmaba que no existían en el país escuelas de capacitación en técnicas de dirección y productividad. En septiembre de 1958, Henry Vandries, director Adjunto de la Oficina Regional de la OIT con sede en Lima, visitó Buenos Aires con la intención de discutir con el gobierno argentino una posible colaboración del Fondo Especial de las Naciones Unidas. A partir de estas instancias se avanzó en la redacción de un Proyecto de Cooperación Técnica, preparado con el asesoramiento de Hans Falström.

Argentina presentó su solicitud ante las Naciones Unidas el 27 de mayo de 1959. El "Acuerdo entre el Fondo Especial de las Naciones Unidas y el Gobierno de la República Argentina relativo a la asistencia del Fondo Especial" se fechó el 5 de junio de 1959 aunque fue firmado el 4 de diciembre de ese mismo año. Cinco días después, el Fondo Especial de las Naciones Unidas aprobó con leves variantes el Plan de operaciones y nombró organismo de ejecución a la OIT. Con ello, la administración Frondizi situó no solo a la educación técnica (aspecto ya destacado por la historiografía y que se inició con el peronismo) sino a la gestión empresarial en el centro del debate

en el peronismo, entre ellos Simonassi (2020) y Schiavi (2011).

sobre la productividad. Y este aspecto ha sido soslayado por la literatura hasta el momento. El objetivo oficial fue lanzar un masivo adiestramiento para dirigentes no universitarios a fin de mejorar la productividad y la eficacia de las empresas (CPA, 1968).

¿Cómo se había llegado hasta aquí? En el Fondo Presidencia Arturo Frondizi depositado en la Biblioteca Nacional se conservan dos de los reportes sobre productividad encargados por la denominada Secretaría de Relaciones Económico-sociales a cargo de Rogelio Frigerio.⁹ Los reportes están fechados en el periodo de negociación del gobierno nacional con la OIT y las Naciones Unidas. En ambos, el debate de la productividad presenta una visión aún más crítica hacia las prácticas de gestión empresariales, al exclamarse: “erróneamente, nuestros industriales fincan su mejoría únicamente en el aumento de la productividad obrera o en el remozamiento de los equipos fabriles, generalmente por medio de la importación.” Y “el problema de la productividad en el país radica en la falta de racionalización y planificación en las empresas”.

Y la solución se centraba en “utilizar técnicas modernas de organización científica que permiten incrementar la utilización de los recursos disponibles aumentando la rentabilidad de las empresas y en consecuencia el producto bruto nacional, sin adicionales inversiones de capital y sin desplazamiento de personal que pueda provocar perturbaciones sociales”.

Estos posicionamientos no pueden dejar de leerse en el marco de la reformulación de las relaciones de fuerza luego de la caída del peronismo, en tanto buena parte del sector empresarial hacia recaer la responsabilidad por la baja productividad industrial en el sector obrero.¹⁰ Como ha dado cuenta una vasta literatura se pusieron en marcha una serie de dispositivos para introducir modificaciones en las relaciones de trabajo tendientes a restaurar, como ha señalado Silvia Simmonassi (2020), la potestad patronal en las plantas y a suprimir cláusulas de convenios que obstaculizaban los incrementos de productividad.

⁹ La Secretaría de Relaciones Económico-sociales funcionó como una especie de superministerio al concentrar aspectos claves de las políticas gubernamentales como la evaluación de las propuestas de inversión que se formulaban al Poder Ejecutivo. El primer reporte se basa en información estadística y que sobre todo plantea las diferentes vertientes y posibilidades de solución con carácter técnico. De acuerdo con Jauregui, este reporte es autoría del estudio Chapiro y asociados, con fecha septiembre de 1958, CEN/BN, caja 1085. El otro Memorandum producido por la secretaria técnica para el presidente de la Nación estaba fechado el 18-11-1959 y se tituló Estudio sobre Productividad y Organización.

¹⁰ Esta perspectiva ha investigado la incidencia de estos debates y de las políticas efectivamente aplicadas, en las condiciones de trabajo y en la relación de fuerzas entre las clases. La literatura es extensa, entre ellos, ver James (1981 y 1990); Schiavi (2013); Simonassi (2020), Basualdo (2011).

El movimiento obrero fue sometido a una represión autoritaria y se inició un fuerte ciclo de resistencia y oposición, aunque como parte de la literatura considera, hubo luego un realineamiento de fuerzas. En 1960, el poder de las comisiones internas se redujo aún más con la implementación del Plan represivo CONINTES (Conmoción Interna del Estado). A partir de entonces se ha propuesto, y si bien hay disonancias en las interpretaciones, el inicio de una nueva etapa en la historia del movimiento obrero argentino, signado por la burocratización de la dirección sindical y una distancia creciente entre la dirección y las bases.

Ahora bien, ¿exhibe el caso argentino algunas particularidades mirado desde debates internacionales y ya no solo en clave local? Considero que sí, y para sustentar esta postura quiero rescatar tres aspectos.

El primero es que el proyecto más amplio para educar y formar al empresariado en productividad y gestión, fue no solo propiciado por parte del estado nacional, sino que se apoyó en mecanismos proporcionados por la cooperación internacional provistos por la OIT y con financiamiento de Naciones Unidas, tal como señalé antes. Este aspecto es relevante pues a nivel global casi no hay estudios que analicen cómo la Organización Internacional del Trabajo (OIT), con sede en Ginebra, contribuyó a promover la idea del desarrollo de la gestión desde mediados de la década de 1950.¹¹ La literatura ha privilegiado la influencia de las instituciones universitarias o filantrópicas de los Estados Unidos durante la Guerra Fría (bajo el debate sobre la americanización). Y, en el caso de la OIT, se han privilegiado otros de sus campos de acción, como el social y el mundo del trabajo¹².

En segundo lugar, la decisión del gobierno de Frondizi se destaca en comparación con el resto de los países de América Latina. ¿En qué sentido? Para responder esta pregunta es vital considerar que desde 1958, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) consideró que las capacidades de gestión eran uno de los recursos más escasos en los países en desarrollo (Amdam y Lluch 2024). Hacia 1966, la OIT había desplegado asistencias técnicas en 19 países de América Latina. Cuando se analiza este despliegue en clave comparativa, Argentina optó por recibir asistencia técnica en formación y perfeccionamiento de personal de dirección (productivity and management development) en mayor medida mientras que el resto de

¹¹ Un estudio previo en Kott (2018). Una reciente contribución donde damos cuenta del debate internacional y el rol de la OIT, así como del caso argentino en Amdam y Lluch (2024).

¹² Nuevamente es imposible sintetizar la literatura sobre este campo, pero como punto de partida, una historia global de la OIT en Maul (2009). Para América Latina, ver Caruso y Stagnaro (2017).

los países de la región. En otros países la ayuda de expertos y las asistencias técnicas se derivaron en mayor escala hacia la llamada formación profesional, (obreros) o a la formación de la mano de obra especializada y de instructores (mandos medios).

En tercer lugar, en Argentina se detecta un menor peso de las universidades, y un mayor énfasis en promover lo que internacionalmente ya se denominaba como “educación ejecutiva”. Volveremos sobre este aspecto, pero por el momento, el factor explicativo de esta vía de acción se vincularía con la visión de urgencia de la tarea, de reducir lo que se veía en esa época como un “managment gap” para promover el desarrollo. De acuerdo con estimaciones provistas por la Cámara Argentina de Sociedades Anónimas, menos del 35% de quienes manejaban las empresas habían seguido cursos universitarios, por lo cual: “era necesario un adiestramiento para dirigentes no universitarios a fin de mejorar la productividad y eficiencia en las empresas “(p. 4, citado en CPA 1968). A su vez destacaban que un 50% de los considerados profesionales no tenían título universitario, y menos del 70% de quienes ejercían funciones técnicas habían recibido una formación regular (p 3). En los casos de aquellos gerentes con título universitario (una minoría) sus títulos eran los ingenieros y contadores públicos.

Quisiera ahora detenerme en cada una de estas tres particularidades.

Sobre el rol de la OIT cabría agregar que, tras la Segunda Guerra Mundial, la productividad volvió a ocupar un lugar central en la agenda de esta organización internacional. Al principio, el programa se centró en la productividad laboral, pero las experiencias de las misiones enviadas a Israel y la India, en 1952, promovieron la necesidad de abordar a los altos mandos de las empresas, hasta el punto de instituirse en una nueva tarea de la organización desde 1958. La ONU apoyó el nuevo programa a través del Fondo Especial, establecido en ese mismo año. Un año después la OIT, envió las primeras misiones de formación y perfeccionamiento de personal de dirección a Polonia y a la Argentina.

Como se indicó antes, en 1959, el gobierno de Frondizi firmó el convenio para la ayuda técnica. La tarea para poner en marcha el denominado Centro de la Productividad de la Argentina se inició el 30 de marzo de 1960, con la llegada a Buenos Aires del primer jefe de proyecto. David Moushine, antiguo director del Centro de Productividad de Israel, quien había sido solicitado por el gobierno argentino para encabezar la misión. El plan de operaciones se denominó "Expansión de los Servicios de Formación de Personal Dirigente, Especialistas, Encargados y Personal Calificado". El 11 de octubre

de 1960 se firmó el convenio por lo cual se considera esta fecha la fundación del Centro de Productividad de la Argentina (CPA) al que se designó la organización homóloga del proyecto de la OIT.

La misión de la OIT en la Argentina fue la de mayor escala en términos de expertos y en el monto total invertido por el Fondo Especial de las Naciones Unidas. Ninguna otra misión a escala internacional recibió el número de expertos, un total de 26 que permanecieron en el país entre 1960 y 1966 -por lo general por un periodo de uno a tres años-. En cuanto a los expertos locales, el objetivo fue designar un homólogo para que cada experto internacional lo entrenara en su campo. En 1963 recién el C.P.A. pudo completar la lista de expertos y técnicos. En este lapso además 19 alumnos argentinos partieron becados y estudiaron en Francia, Alemania, Gran Bretaña e Italia, después de actuar un año junto a un experto internacional.

El objetivo principal del C.P.A. fue la promoción y difusión de las técnicas modernas de dirección y administración de empresas, en particular de las destinadas a incrementar la productividad. Durante su primer año se dedicó a realizar estudios, reuniones y al dictado de los primeros cursos. Se crearon los Centros de Productividad del Transporte de Buenos Aires, en la Cámara Argentina de Construcción y en el grupo de empresas SIAM Di Tella (por entonces la mayor empresa metalmecánica de América Latina). Se celebraron contratos con la Dirección Nacional de Enseñanza Técnica para el desarrollo conjunto de capacitación de adultos y se programaron actividades conjuntas con el CAFADE. No puedo detenerme aquí en las acciones desplegadas desde el CPA, pero se ratifica una visión muy flexible y pragmática del concepto de administración, y una intensa acción pedagógica por impulsar un nuevo concepto de productividad, que como se ha dicho antes, “envolvía a un conjunto de acciones que atacaba problemas de organización de las empresas (de todo tipo)”.

En el campo de las acciones se detecta un proceso dinámico de reorientación y priorización debido a las crecientes demandas de diversas partes interesadas en un entorno cada vez más desafiante, aumentando con el tiempo el porcentaje de actividades de capacitación más allá de las grandes empresas (38%) para expandirse ante demandas de las empresas privadas pequeñas y medianas (35%), empresas estatales (13%), organizaciones profesionales (5%), bancos (4%), institutos de enseñanza (3%) y firmas de asesoramiento a la dirección (2%) (CPA, 1968).

Al momento de la finalización de la misión el discurso del CPA era positivo y consideraba que “un apreciable grupo de industriales, comerciantes, dirigentes de

empresas, profesionales y estudiantes universitarios han adquirido modernos conceptos, métodos y técnicas para una más eficiente y remunerativa la conducción de los negocios en la Argentina”. Además de la capacitación, difusión y asesorías, en Buenos Aires y otras ciudades del interior del país, se rescataba el rol de formación de especialistas como parte de los cuadros técnicos (economistas, ingenieros y administradores de empresa) que ahora se desempeñaban como ejecutivos en empresas privadas, o en altos cargos directivos en empresas estatales.

Una función crítica asignada al CPA fue la de coordinar acciones con el sistema educativo (universitario y no universitario). Ante lo cual una pregunta se impone ¿Qué sabemos acerca de la universidad como formadora de empresarios? Este debate ha despertado un intenso interés en otros países, en tanto el ingreso a la educación de las carreras vinculadas con la «empresa» -o, más comúnmente, el «comercio»- fue un proceso lento y aparejó múltiples resistencias por el escaso respecto que despertaba este campo. El sociólogo Thorstein Veblen por ejemplo, la había situado al mismo nivel que el «atletismo» y sugería que ninguno de los dos debía tener cabida en «la corporación del aprendizaje». Ello cambió a inicios del siglo XX en los países más industrializados de Europa y en los Estados Unidos.¹³ Sin poder profundizar aquí, se propone que en Argentina, la educación superior desempeñó un papel periférico en la formación de directivos (y personal técnico) hasta mediados de la década de 1950 (Lluch y Amdam 2024).

Si bien existieron algunos intentos previos, no fue hasta el final del peronismo cuando el sistema universitario estatal comenzó a mostrar interés por hacer frente a la escasez de recursos directivos mediante la creación de la primera licenciatura en administración de empresas, o a reformar las carreras de ingeniería o de contador público.¹⁴ Juan Llamazares (1955:12) expresaba años antes su descontento sobre el rol de la Universidad y específicamente de la Facultad de Ciencias Económicas (FCE) de la Universidad de Buenos Aires, en tanto a su criterio “vivió alejada, en la formulación de sus planes de estudio, de la realidad social y económica a la que debemos incorporar a sus egresados” (p.12), y explícitamente consideraba que el esfuerzo se destinó más a la formación de recursos para la burocracia estatal que para otro aspecto de la economía: los empresarios y las empresas.

¹³ Ver por ejemplo los estudios de Engwall (1987) y Locke (1989), entre muchos otros.

¹⁴ Ver Rodríguez y Gantman (2011), Plotkin and Neiburg (2003) y Szeltzer (2013). La UNLP introdujo una especialización de posgrado en administración pública. Un análisis sobre este proceso en Lluch y Amdam (2024).

Las resistencias ante estas innovaciones fueron múltiples, y diversos testimonios dan cuenta de los ataques y dudas que despertó la creación de la carrera de Administración, citándose entre ellos el peligro de la des-jerarquización de la carrera de contador, la carencia de un mercado profesional, la posible destrucción de campos de actuación de las carreras tradicionales, y las influencias extranjerizantes. Incluso Pedro Delfino (1976), y a 15 años de la institucionalización del campo en las universidades públicas nacionales, defendía - como director del Instituto de Investigaciones Administrativas de la Facultad de Ciencias Económicas la Universidad Nacional de La Plata- la necesidad de fortalecer e independizar la carrera de administración de la Contador o de Economía, y relevaba las tensiones al interior del campo y las críticas de otros campos, lo cual a su criterio expresaba “un celo profesional ajeno por completo a los reclamos de la ciencia y del medio socio-económico (1976:56).

Uno de los casos más estudiado y relevante para intentar ilustrar la dinámica de este proceso se condensa en la demorada creación de la Licenciatura en Administración de Empresas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

La matriz intelectual de la carrera se originó en una misión de profesores a los EE. UU. en 1958 para solicitar asistencia académica, y fue financiada por un programa de asistencia técnica firmado entre Argentina y USAID en 1957, conocido como plan Cooley en los EE. UU. y como Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico (CAFADÉ) en Argentina. Tras algunas consideraciones académicas, el por entonces decano William Chapman firmó un acuerdo con la Universidad de Columbia en 1958. Acuerdos de colaboración similares se desplegaron en otros países latinoamericanos, como entre el INCAE en Centroamérica y la HBS y entre la ESAN en Perú y Stanford (Amdam y Dávila, 2023). Luego de un fuerte debate ideológico en el Consejo Superior de la UBA, el convenio fue aprobado oficialmente y puesto en marcha en junio de 1960.

Además de la introducción de la carrera de grado, es importante rescatar que La FCE desarrolló un programa de desarrollo no universitario para directivos (educación ejecutiva). Y en 1959 se intentó organizar un instituto de investigación en administración; sin embargo, este proyecto nunca llegó a materializarse (Chapman, 1966). Otra innovación impulsada por Departamento de Administración de Empresas fue la creación de un Consejo Empresarial. El Consejo se fundó en 1961 con la participación de representantes de la comunidad empresarial local, y el objetivo principal era colaborar en la formación de empresarios.

Ahora bien, ante estas evidencias, ¿que sabemos de los empresarios y su involucramiento en el debate sobre productividad, administración y empresas? En Argentina, desde la década del 40 surgieron varias iniciativas privadas que abordaban temas de desarrollo de la gestión. Un hito fue la fundación del Círculo Argentino de Estudios sobre Organización Industrial (CADESOI) en 1941 que reunió a directivos que trabajaban para multinacionales y estaban especializados en contabilidad y técnicas de gestión (Rodríguez 1954). Durante el peronismo, y vinculado con debates sobre la productividad en el capitalismo de posguerra, pero también influenciado por el nuevo giro de la política peronista en materia económica que aumentó la conflictividad laboral (Doyon, 2006), surgieron otras iniciativas que retomaron –desde otros espacios- este debate. Fruto de esta coyuntura fue el surgimiento del Instituto Argentino de Dirigentes de Personal (IADP) en el año 1947. Una de las actividades en las que participó fue en la organización del Primer Congreso de Organización y Relaciones del Trabajo en conjunto con la Confederación General Economía de la República Argentina en agosto de 1954, desarrollado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

En total, entre 1947 y 1959 surgieron unas 20 instituciones privadas dedicadas al perfeccionamiento de dirigentes y a la formación especializada no universitaria que ofrecían una gran variedad de cursos de corta duración. Estas ofertas desde el sector privado se ampliaron por el surgimiento de institutos de formación, los cuales no tenían la capacidad de dar títulos habilitantes profesionales.

En tal sentido, podría aventurarse que en Argentina –y en los años cincuenta– más que el impacto en los sistemas educativos o formales de entrenamiento, fueron una serie de iniciativas privadas las que dieron los primeros pasos en pos de debatir sobre la formación del personal directivo (si bien más ligadas a las relaciones trabajo-dirección-empresa). Ello se explicaría por el dominio de los esquemas de formación y selección de personal jerárquico dentro de las propias empresas (in-house training) (Lauterbach, 1966, Zalduendo, 1963), y porque por entonces aun no era relevante el grado universitario de los gerentes (y los que lo tuvieran habrían sido contadores, abogados o ingenieros principalmente).

Estos actores corporativos habrían tenido un protagonismo al momento de impulsar lo que ha sido considerada la definitiva reconfiguración del campo universitario argentino y que dio pie a una de las mayores agitaciones que conoció el movimiento estudiantil. En tal sentido, merece destacarse la habilitación de institutos y

universidades casi dedicados en forma exclusiva a la formación de directivos y administradores como primera consecuencia de la puesta en marcha de la nueva ley de educación (nro. 14.557) de 1958, un aspecto que no ha sido considerado en extenso por la literatura.

El caso de la Universidad Católica Argentina (UCA) es notorio, no solo porque fue una de las primeras instituciones reconocidas al amparo de la Ley 14.557, fundándose ese mismo año 1958 la Universidad, sino porque desde el inicio dictó la carrera de Administración. Fue de las primeras instituciones educativas en ofrecer un Curso de Administración de Empresas para ejecutivos de dos años y medio de duración. Pueden destacarse el rol de otras instituciones promovidas por organizaciones profesionales y, entre ellas, el de la Cámara Argentina de Sociedades Anónimas, fundada en 1953. En diciembre de 1956 aprobó –antes que la carrera de administración en la UBA- la creación del Instituto Superior de Estudios de la Empresa (ISEDE) bajo la dirección de Jacobo Wainer. Los cursos se iniciaron en 1957 con un total de 338 ejecutivos inscriptos. En 1958 este instituto se transformó a su vez en la Fundación Argentina de Altos Estudios de la Empresa (FAAEDE). Su objetivo fue “promover la capacitación en todas las disciplinas vinculadas al desenvolvimiento de la empresa como institución económico social, contemplando los problemas concretos de la realidad empresarial en la Argentina”. En 1962, la Cámara de Sociedades Anónimas decidió la creación de la Universidad Argentina de La Empresa (UADE), obteniendo autorización oficial en 1963.

Ahora bien, es la experiencia del Instituto para el Desarrollo de Ejecutivos en la Argentina (IDEA) fundado en 1960 por los propietarios y ejecutivos de las mayores empresas de Argentina (extranjeras y nacionales) el intento más acabado de aplicar la visión norteamericana de la Educación Gerencial en la Argentina (Lluch y Amdam, 2024). De acuerdo con Plotkin y Nieburg (2003) la creación de centros privados de investigación en ciencias sociales como el IDES (1960) o la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL, 1964), expresaron el claro interés de Estados Unidos “en formar elites latinoamericanas que les fueran, si no totalmente leales, al menos receptivas.”

Desde 1962 esta institución editó la revista *Ideario e Idealistas*, la cual habría buscado divulgar cuestiones ligadas a tecnologías blandas dentro del gerenciamiento de empresas (Szlechter, 2013). IDEA lanzó también una División de Investigaciones en 1964, a cargo de Guillermo Edelberg quien fue un arduo promotor de la

profesionalización de la enseñanza gerencial a nivel de pos-graduación. IDEA fue tornando cada vez más su posición hacia una capacitación “integral del ejecutivo con cursos de extensión cultural”, planeando por ejemplo realizar el primer curso residencial en Calingasta sobre el tema de Política Económica y Financiera de la Empresa en Época de Inflación, es decir tópicos ajustados a problemáticas locales.

IDEA se inició entonces como un centro privado de investigación y de capacitación, pero, en 1963, la Fundación Ford, que llevaba varios años trabajando en la región, pidió a William D. Carmichael, Decano de la Escuela de Negocios y Administración Pública de la Universidad de Cornell, que visitara Argentina y Chile para colaborar en los esfuerzos de investigación, educación universitaria y formación empresarial a mitad de carrera. Después de siete semanas, informó de que existía una «necesidad urgente» de más formación en gestión, especialmente para las personas que se encuentran a mitad de carrera. IDEA lanzó finalmente en 1968 la escuela de administración, e inició las actividades con un Curso Intensivo para el perfeccionamiento de Ejecutivos (CIPE). La Escuela de Administración de IDEA contó con el asesoramiento de los Prof. Charles A Bliss, Thomas A Graves Jr. y John B Mattheus Jr. de la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard.

Lo expuesto hasta aquí da cuenta además que ya a finales de los sesenta se habría desarrollado un “mercado para ejecutivos” en Argentina, el cual daba cuenta de nuevas demandas (algunos lo asociaban en su momento a que las crisis económicas cada vez más recurrentes en este periodo) por lo cual se ampliaban las contrataciones de profesionales. Pero también habría impactado un fenómeno que ya se expuso en la primera parte de la intervención, vinculado con el proceso de recambio y extranjerización de las grandes empresas en Argentina. En los 1960s estos “nuevos aires” se expresaron en la apertura de consultoras únicamente destinadas a la selección de ejecutivos, tales como Top Management International, Executives, y A&C Selección.

Estos procesos facilitaron el surgimiento de los ejecutivos (ya no solo de los empresarios) como nueva “clase social”. Y si bien ese grupo era pequeño en términos numéricos por sus patrones de consumo de bienes materiales y simbólicos, tuvieron un fuerte efecto multiplicador al convertirse en modelos para otros sectores sociales (Plotkin 2006). Gerentes y directores comenzaron a autoidentificarse y autodefinirse como *ejecutivos* (Piñero 2007), y despertaron críticas como representantes del nuevo capitalismo, tal como eran retratados en la canción «Los Ejecutivos» de María Elena Walsh cuya lírica expresaba

*Ay que vivos son los ejecutivos
que vivos que son
del sillón al avión
del avión al salón
del harén al edén
siempre tienen razón
y además tienen la sartén
la sartén por el mango y el mango también.*

Ahora bien, ¿Cuál era la situación a finales de los 1960s en un clima de marcada polarización política? En cuanto a la oferta de formación de desorden y descoordinación. Expertos en productividad que visitaron el país a mediados de los 1960s juzgaron la situación local como de una dispersión del esfuerzo, lo cual achacaban a que existía “Indudablemente cierto individualismo”. Más diciente de este estado de cosas es revisitar en forma sucinta el desarrollo de los ejemplos que condensaron tres ecuaciones posibles en el debate productividad, empresas y educación a los cuales ya nos hemos referido.

En el CPA, a seis años de su inauguración, se había invertido más de 1 millón de dólares de fondos internacionales, había recibido 672 meses de asesoramiento de expertos internacionales y se habían dictado casi 400 seminarios y conferencias. Sin embargo, en 1966, luego del golpe de Onganía, el CPA quedó acéfalo y empezó a sufrir restricciones financieras que limitaron su capacidad operativa. Después de que la misión de la OIT abandonara el país, tal como estaba previsto, el gobierno argentino cerró el CPA, el cual fue absorbido por el Ministerio de Industria y Comercio. Los integrantes del CPA, los técnicos argentinos se mostraban frustrados y muy críticos ante la decisión.

La FCE luego de la finalización del convenio con la universidad de Columbia, y si bien continuó implementando la formación de grado (con muy baja matrícula en los primeros años), abandonó las reformas y la posibilidad de contar con institutos de investigación, carrera de posgrado y una fuerte área académica en administración.

En cuanto a quienes habían sido formados como becarios tanto en CPA como en IDEA algunos engrosaron el fenómeno que Enrique Oteiza (1966) calificaba como de fuga de cerebros, al analizar la emigración de personas altamente capacitadas desde Argentina. Un proceso que se agudizó por las condiciones represivas y persecuciones políticas en las universidades nacionales inaugurada luego de la noche de los bastones

largos.

Finalmente, en cuanto al proyecto de convertir a IDEA en la escuela graduada de administración bajo estándares norteamericanos (y que faltaba en Argentina en comparación con el resto de los países de América Latina), los resultados también fueron negativos. Si bien las tareas de enseñanza continuaron durante algunos años, el descontento de la Fundación Ford era claro y, al finalizar la financiación externa, IDEA discontinuó sus programas de maestría en 1974. Este cierre expresa además un realineamiento de intereses. Por un lado, implicó el retiro del apoyo del sector empresarial al proyecto educativo de IDEA. Por el otro, los empresarios cambiaron sus prioridades en un escenario político cada vez más inestable. Una ilustración del cambio de época es la modificación del nombre en 1974, cuando la palabra E en IDEA que originalmente era «Ejecutivos» fue sustituida por «Empresarios». Se presentan aquí muy útiles en este proceso los conceptos de Hirschman (1970), los grupos de ingreso relativamente alto se expresan audiblemente con "voz" y también se hacen sentir, a veces vigorosamente, mediante su "salida".

Momento de recapitulación

Sobre la primera pregunta planteada, las investigaciones realizadas nos han permitido alertar no solo de la heterogeneidad sino de los importantes cambios en la fisonomía de las grandes empresas en Argentina en el largo plazo. En esta dinámica distinguimos los impactos de los ciclos de inversión internacionales y de paradigmas tecnológicos que afectaron las industrias a escala global. Mientras que, luego de la segunda posguerra, se incrementó el papel de las políticas de promoción industrial y de radicación de inversiones extranjeras, los procesos de nacionalizaciones y, en general, el incremento de la participación del Estado en la economía. Otro tipo de políticas, de corto plazo, como medidas financieras y monetarias (devaluaciones), habrían desempeñado un papel creciente para explicar las reconfiguraciones de la cúpula, en especial luego de 1962. Así, en el análisis de continuidad y rotación se manifestaron complejas interrelaciones entre los niveles micro y macro, por lo cual los ciclos identificados no pretenden ser explicados solo por impactos externos, sino que fueron fruto de relaciones recíprocas entre los contextos, los factores exógenos y las trayectorias individuales de cada una de las empresas.

La aguda transformación del capitalismo argentino en la segunda etapa de la ISI aparejó un debate que ha sido menos transitado, en clave nacional e internacional,

acerca no solo de la interpelación crítica a las capacidades de la clase empresarial, sino en cómo se redefinió la relación, en muy corto plazo, entre productividad, educación y empresas. Si el aumento de la productividad dependía de la calidad alcanzada por el capital humano disponible a nivel directivo, pues la solución en el corto plazo era apoyar la formación no universitaria.

Múltiples actores participaron ante el diagnóstico de las falencias en la formación de recursos humanos, y el estado hizo varias apuestas (incluyendo algunas que aquí no pudimos sintetizar), pero entre las cuales, como explicamos, no puede omitirse el cambio de reglas en el sistema universitario. De todos modos, es la experiencia del CPA la que se distingue en este escenario de proliferación de acciones. Mientras duró la misión del OIT, se mantuvo el plan de operaciones y las acciones desplegadas fueron múltiples. Ello a pesar del delicado equilibrio de fuerzas entre empresarios, sindicatos y el gobierno en un clima de marcada inestabilidad y conflicto social.

Algunos autores han señalado que en Argentina, durante la ISI, no se adoptaron iniciativas destinadas a impulsar las actividades innovativas en las firmas privadas vía incentivos fiscales o crediticios, los cuales empezaban a ponerse en marcha en varios países por aquella época, sino que la opción fue la creación de institutos públicos de ciencia y tecnología (o de productividad, agregamos ahora), de los cuales las firmas privadas (y en este caso estatales y de otro tipo) serían “usuarias”. Con ello se habría recortado así una capacidad de los estados para disciplinar a las elites capitalistas y condicionar su comportamiento para garantizar que promuevan el cambio tecnológico, reinviertan, innoven, aumenten el empleo y mejoren las condiciones laborales, un fenómeno que ha sido identificado en la receta asiática para el desarrollo (López, 2006).

En Argentina, la creciente polarización ideológica y las crisis periódicas tuvieron un efecto de frustración de expectativas. Los economistas ya han advertido que la incertidumbre acerca del ritmo de crecimiento futuro de la economía tuvo consecuencias negativas sobre las decisiones de inversión y cambio tecnológico, y también agregamos, sobre la potencial prioridad de la incorporación de conocimientos blandos. La fallida experiencia del CPA tal vez incluso podría leerse como la posible cancelación de una vía de articulación de redes de cooperación entre sistema educativo y el sector productivo, otro de los mecanismos analizados como portadores de círculos virtuosos para promover el desarrollo.

En cuanto al impacto real en el aumento de la productividad no tengo respuestas

conclusivas . De acuerdo con cifras del CONADE la productividad aumentó entre 1960 y 1966. La literatura previa lo ha vinculado con la etapa de integración del movimiento obrero, al punto de que Daniel James considera que los dirigentes sindicales al regular el conflicto social fueron, y apelando a la frase de Wright Mills, los gerentes del descontento. Descontento que también permeó al mundo académico donde se instalaron ahora si las dudas o directamente el pesimismo (ya sea por buscadores de rentas o especulación) sobre la capacidad de la burguesía domestica de liderar un proceso de transformación económica viable.

Aunque ya para entonces el capitalismo argentino aceleraba las espirales de sus crisis y, con la reorientación de la política económica de la última Dictadura Militar, se inició un nuevo período de transformaciones institucionales que implicaron la progresiva apertura y desregulación de la economía, poniendo fin, en forma gradual, al sistema de capitalismo asistido durante el cual la industrialización y el pleno empleo habían sido políticas de Estado.

Referencias bibliográficas

- Amdam R. P, Lluch A. (2024) The International Labour Organization and Management Development in Argentina. *Business History Review*. 98(2):485-516. doi:10.1017/S0007680524000321
- Amdam, R. P., & Dávila, C. 2023. Making Managers in Latin America: The Emergence of Executive Education in Central America, Peru, and Colombia. *Enterprise & Society*: 1-33.
- Austin, G., Dávila, C., & Jones, G. (2017). The Alternative Business History: Business in Emerging Markets. *Business History Review*, 91(3), 537-569. doi:10.1017/S0007680517001052
- Barbero M.I. (1997). (1997) “Argentina: Industrial Growth and Enterprise organization, 1880x-1990s”, en CHANDLER, Alfred D.; AMATORI, Franco e HIKINO, Takashi –editores–, *Big Business and the Wealth of Nations*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Barbero M.I. (2011) “Los Grupos Económicos en la Argentina en una perspectiva de largo plazo. Siglos XIX y XX”, en JONES, Geoffrey y LLUCH, Andrea – editores– *El impacto histórico de la globalización en Argentina y Chile: Empresas y empresarios*, Temas, Buenos Aires.

- Barbero, M.I. y Lluch, A. (2015) “El capitalismo familiar en Argentina: modelos y dinámicas en el largo plazo”, en FERNÁNDEZ, Paloma y LLUCH, Andrea – editoras– *Familias empresarias y grandes empresas familiares en América Latina y España. Una visión de largo plazo*, Fundación BBVA, Bilbao.
- Basualdo, V. (2011). SHOP-FLOOR LABOR ORGANIZATION IN ARGENTINA FROM EARLY PERONISM TO THE “PROCESO” MILITARY DICTATORSHIP. *Working USA*, 14(3), 305–332. <https://doi.org/10.1111/j.1743-4580.2011.00343.x>
- Belini C. (2014) Convenciendo al capital. Peronismo, burocracia, empresarios y política industrial, Imago Mundi, Buenos Aires.
- Brennan, J. y Rougier, M. (2013). Perón y la burguesía Argentina. El proyecto de un capitalismo nacional y sus límites (1946-1976). Buenos Aires: Lenguaje Claro Editora, 2013.
- Bucheli, M., Lluch, A., & Zanatti, M. M. (2024). Latin American business history from the perspective of the twenty-first century. In *A Business History of Latin America* (pp. 1-32). Taylor and Francis.
- Carroll, G., & Hannan, M. (2018). The demography of corporations and industries. Princeton, US: Princeton University Press.
- Caruso, L. y Stagnaro, A. (Coords.). (2017). *Una historia regional de la OIT : Aportes sobre regulación y legislación del trabajo latinoamericano*. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Estudios/Investigaciones ; 62).
- Cassis, Y. (2008) “Big Business”, en JONES, Geoffrey G. y ZEITLIN, Jonathan – editores– *The Oxford Handbook of Business History*, Oxford University Press, Oxford.
- Centro de Productividad de la Argentina, CPA (1968), *Expansion de los servicios de formación de personal dirigente, especialistas, encargados y personal calificado*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y Organización Internacional del Trabajo, Buenos Aires.
- Cerutti, M. (2000). *Propietarios, empresarios y empresa en el norte de México*. México: Siglo XXI.
- Dávila C. (2010) – Entrepreneurship and Cultural Values in Latin America, 1850-2000: From Modernization, National Values and Dependency Theory Towards a Business History Perspectives – The Determinants Of Entrepreneurship (ISBN 9781848930711)

- Delfino, P. (1976). Reflexiones en torno a los Estudios de las Ciencias Administrativas. *International Review of Administrative Sciences*, 42(1), 56-58.
- Doyon, L. M. (2006). Perón y los trabajadores: Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Engwall, L. (1987). Mercury Meets Minerva. *Scandinavian Journal Of Management Studies*, (Nov 1986), 121-138.
- Giannetti, R. y Vasta, M. (2010). "Big business (1913–2001)" En A. Colli y M. Vasta (Ed.), *Forms of Enterprise in 20th Century Italy. Boundaries, Structures and Strategies*, Cheltenham, UK: Edward Elgar Pub.
- Gilbert, J. (2002). "Empresarios y empresa en la Argentina moderna. El grupo Tornquist, 1873-1930", Documento de trabajo núm. 26, Universidad de San Andrés, Buenos Aires.
- Hirschman, A. O. (1970). *Exit, voice, and loyalty: responses to decline in firms, organizations, and states*. Harvard University Press.
- James, Daniel (1981). Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina. *Desarrollo económico*, n. 83, p. 321-349.
- James, Daniel (1990), Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jáuregui, A. P. (2018). La productividad del trabajo: otra "batalla" del desarrollismo (1955-1962). *Anuario Centro De Estudios Económicos De La Empresa Y El Desarrollo*, 4(4), 191-228. <https://ojs.economicas.uba.ar/CEEED/article/view/1099>
- Kott, S. 2018. The social engineering project: Exportation of capital management culture to Eastern Europe (1950-1980). In M. Christian, S. Kott, & O. Matejka (Eds.), *Planning in the Cold War: Competition, cooperation, circulation (1950s-1970s)*: 123-141. Berlin: De Gruyter.
- Lanciotti, N. S., & Lluch, A. (2018). *Las empresas extranjeras en la Argentina : desde siglo XIX al siglo XXI*. Ediciones Imago Mundi.
- Lauterbach, A. (1966) Enterprise in Latin America; business attitudes in a developing economy, Ithaca, N.Y., Cornell University Press.
- Llamazares, J. E. (1955) Empresas modernas: ensayos sobre dirección y organización. Buenos Aires: Instituto Argentino de Relaciones Industriales.

- Lluch, A., & Amdam, R. P. (2024). In the shadow of Americanisation: The origins and evolution of management education and training in Argentina (1940s–1960s). *Business History*, 1–28. <https://doi.org/10.1080/00076791.2024.2364344>
- Lluch, A., & Lanciotti, N. S. (2021). *Las grandes empresas en Argentina : desde la expansión agropecuaria hasta la última globalización*. Prohistoria Ediciones.
- Lluch, A., & Lanciotti, N. S. (2023). Ciclos de continuidad y rotación de las grandes empresas y grupos económicos en Argentina, 1900-1971. *América Latina En La Historia Económica*, 31(1), 1–26. <https://doi.org/10.18232/20073496.1412>
- Locke, R. R. 1989. *Management and higher education since 1940*. Cambridge UK: Cambridge University Press.
- López, A. (2006) *Empresarios, instituciones y desarrollo económico: el caso argentino*, CEPAL, Buenos Aires.
- Louçã, F. y Mendonça, S. (2002) “Steady change: the 200 largest US manufacturing firms throughout the 20th century”, en *Industrial and Corporate Change*, Vol. 11, núm. 4, pp. 817-845 [en línea] <https://doi.org/10.1093/icc/11.4.817>
- Marichal, C (1995) *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1859-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Marichal, C. (1974) “La gran burguesía comercial y financiera de Buenos Aires, 1860-1914. Anatomía de cinco grupos”, mimeo, Buenos Aires.
- Maul, D. (2019), La Organización Internacional del Trabajo. 100 años de políticas sociales a escala mundial. Ginebra: OIT.
- Míguez, E. (2011). Las crisis argentinas en perspectiva histórica. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 33, 263–274.
- Oteiza, E. (1966). *La emigración de ingenieros de la Argentina : un caso de “brain drain” latinoamericano*. Documento de trabajo (Centro de Investigaciones Económicas (Instituto Torcuato Di Tella)) ; 31.)
- Piñeiro, E. (2007). "La sartén por el mango y el mango también". Ejecutivos, modernización laboral y condiciones materiales de vida de la clase media profesional dependiente (1960-1973). I Jornadas Nacionales de Historia Social, 30, 31 de mayo y 1 de junio de 2007, *Memoria Académica*, La Falda, Córdoba
- Plotkin M. y Neiburg F. (2003) Elites intelectuales y ciencias sociales en la Argentina de los años 60. El Instituto Torcuato Di Tella y la Nueva Economía, en <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/932/968>

- Plotkin, M. B. (2006). El desarrollo de la educación superior privada en la Argentina. In *La privatización de la educación superior y las ciencias sociales en Argentina. Un estudio de las carreras de Psicología y Economía*. Buenos Aires: Programa Regional de Becas, CLACSO.
- Rodríguez, C. J. F., & Gantman, E. R. (2011). Spain and Argentina as importers of management knowledge (1955–2008): A comparative analysis. *Canadian Journal of Administrative Sciences/Revue Canadienne des Sciences de l'Administration*, 28(2), 160–173.
- Rodríguez, M. (1954). *Organización y dirección de empresas, el elemento humano, los métodos de trabajo, los equipos mecánicos*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas. Fuente Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Buenos Aires.
- Schiavi, M (2011). Algunas consideraciones sobre poder obrero y productividad en el primer peronismo: la mirada de los industriales metalurgicos (1946-1955). In: DIC SIMO, Daniel; Simonassi, Silvia. *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX*. Rosario: Prohistoria Ediciones, p. 175-190.
- Schiavi, M. (2013). Movimiento sindical y peronismo (1943-1955): hacia una nueva interpretación. *Trabajos y comunicaciones*, [S.l.], n. 39, mar. ISSN 2346-8971.
- Schneider, B. R. (2013). *Hierarchical Capitalism in Latin America. Business, Labor and the Challenges of Equitable Development*, Nueva York, US: Cambridge University Press.
- Schorr, M. (2021) –editor– *El viejo y el nuevo poder económico en la Argentina, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- Schvarzer, J. (1977) “Las empresas industriales más grandes de la Argentina. Una evaluación”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 17, núm. 66, Buenos Aires, pp. 319-337.
- Simonassi S. (2020). El problema de la productividad en Argentina: perspectivas locales y transnacionales entre el primer peronismo y el frondicismo, en *Anos 90, Por to Alegre*, v. 27 – e2020104.
- Szlechter, D. (2013). La emergencia de la comunidad gerencial en la Argentina: una mirada comparativa. *Revista del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo*, 5, mayo, pp. 3-46.
- Ville, S. y Merrett, D. T. (2000) “The Development of Large-Scale Enterprise in Australia, 1910-64”, en *Business History*, Vol. 42, núm. 3, pp. 13-46 [en línea]

<https://doi.org/10.1080/000767900000000265>

Zalduendo, E. (1966 -1963 CEPAL-) El empresario industrial en Argentina, Documento de Trabajo, 20, Buenos Aires/Argentina, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Económicas.

Panel: “Balance y perspectivas de la historiografía militar en la Argentina”

Historiografía Militar argentina: un punto de vista sobre su inserción en las metodologías y tendencias actuales¹

POR EL CORONEL MAYOR (R) DR. HERNÁN CORNUT

Introducción

Aquella parte de la Historia que se vincula con el estudio de la guerra y los entornos militares viene evolucionando en sus marcos teóricos y aproximaciones metodológicas conforme aumenta la demanda de conocimiento de lo bélico para explicar el comportamiento de grupos humanos, sociedades y culturas. La Historia militar cobra protagonismo en su rol de objeto de análisis por parte de un gran número de ciencias y disciplinas que buscan en la guerra las respuestas que sus propios campos no les brindan, pero al mismo tiempo, esta parte de la ciencia histórica se erige en sujeto de cambios y desarrollos que proponen una nueva mirada sobre los hechos del pasado.

La Historia militar y los militares

Aun cuando Roberto Etchepareborda (1984) se aproximó a la historiografía militar argentina desde una perspectiva integradora y anticipatoria a los cánones de su tiempo, su perspectiva presenta contradicciones a la luz de un análisis actual. Sus afirmaciones en cuanto “que no es posible considerar la guerra como una realidad encerrada en sí misma, y que por lo contrario, para estudiarla, es necesario ligarla a otras actividades y a todas las acciones de los hombres”, contrastan con su juicio sobre que “la historia militar debe ir en auxilio de los oficiales para su futura acción en el campo de batalla. Los

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 11 de junio de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

historiadores militares clásicos coinciden en que ella es esencial para la corrección de ideas y para una hábil conducción bélica”.

Queda claro, entonces, que esta interpretación de la historia militar configura un instrumento didáctico que satisface objetivos de formación en el plano de la educación militar mediante la reseña de hechos bélicos del pasado que permitan identificar aspectos de táctica y estrategia, para dotar de saberes prácticos a los futuros conductores de operaciones militares. Esta forma de estudiar el pasado no se centra en el campo historiográfico como objeto de estudio, sino que busca y encuentra (aun forzadamente) un anclaje que soporte la analogía con el presente en procura de semejanzas deterministas y a riesgo de un flagrante anacronismo, toda vez que se interpela el pasado a partir de categorías analíticas del presente. En cualquier caso, lo expresado guarda sentido para las instituciones militares y, de hecho, a pesar de esfuerzos y *aggiornamentos* fugaces para reencauzar este tipo de historia, esta se mantiene sólidamente enraizada en la educación castrense.

¿Nueva Historia militar, o cultura de guerra?

Algo distinto ocurre en las esferas académicas con la concepción de la historia en términos bélicos. Ya John Keegan (1993) advertía sobre esta dicotomía entre la mirada un tanto endogámica de la historia militar en los círculos uniformados, en contraposición del planteo amplio y dialoguista del entorno académico en general. Así, en las antípodas de la posición militar de la historia, encontramos un enfoque actual de características plurales, que a partir de abarcar la heterogeneidad de las diferentes manifestaciones de violencia propone estudiar la guerra en el marco de una “nueva historia militar” que problematiza los análisis en general, procurando encontrar explicaciones sistémicas en torno de los hechos pasados. En este sentido las representaciones relacionadas con las estructuras económicas, las cuestiones de género, la vida cotidiana, los espacios locales e, incluso, la posguerra, obtienen protagonismo como unidades de análisis, complejizando la investigación y proponiendo múltiples derivas. Inclusive, luce plausible hablar de una “historia de lo militar”, que aparece como un

subproducto del escenario social y cultural, pero reclama una identidad propia con fuertes bases antropológicas. Siguiendo al doctor Germán Soprano, observamos la pertinencia de interrogantes tales como ¿es necesario conocer acerca de la estructura y jerarquías de una sociedad determinada para estudiar lo militar o la guerra?; ¿qué debemos conocer acerca de la política o de la religión de un país para comprender el modo en que los militares o, más ampliamente, los soldados se comportan?; ¿en qué medida es preciso conocer las perspectivas y experiencias de los no combatientes para entender las guerras en toda su dimensión y consecuencias?. Quizás esta “historia de lo militar” provea una aproximación más inclusiva y pueda desarrollarse en forma complementaria al estudio propio de la guerra, en la idea de alcanzar un conocimiento cabal del hecho bélico que permita comprender la multiplicidad de factores intervinientes y sus implicaciones.

En definitiva, esta NUEVA historia militar procura socializar el estudio del fenómeno bélico y, para ello, se vale de propuestas actuales que enriquecen el campo historiográfico y proporcionan contextos incompletos como pueden ser la microhistoria, la historia de tiempos largos, del tiempo presente, y hasta la prosopografía. Estos itinerarios destacan, cada uno, aspectos singulares que sin duda se pueden aplicar al estudio de la guerra, pero que necesariamente fragmentan la investigación y parcializan las respuestas toda vez que, partiendo de la periferia que representa una ciencia o disciplina diferente a la historia bélica, estructuran conclusiones y explicaciones afines a aquella ciencia o disciplina de origen, so pena de obturar la indagación de base operativa y estratégica sobre el tema de la guerra. Así, podría generarse un relegamiento de lo militar como sujeto de estudio de la guerra, a la vez que se construyen disquisiciones que, si bien explican algo relacionado con lo bélico, no consiguen brindar respuestas completas que concurren a historiar, acabadamente, las contiendas militares.

En relación con lo anterior encontramos una cierta dificultad que se plantea al reemplazar la noción de guerra por el concepto “cultura de guerra”. La recurrente relativización de la definición clausewitziana acerca de la guerra, fundada en las limitaciones que implica entender lo bélico restringido al enfrentamiento armado entre Estados nacionales y mediante la aplicación de la violencia legal corporizada

en sus Fuerzas Armadas, ha dado lugar a una extensión de la guerra hacia otras manifestaciones de violencia por parte de actores heterogéneos, no circunscriptos a los parámetros estatales tradicionales y con diversos intereses sectorizados en grupos, minorías, condiciones étnicas, raciales y también religiosas. Este nuevo enfoque horizontaliza el ejercicio de la violencia según espacios, tiempos e intereses, tornando difuso el estudio y, más aún, entorpeciendo la identificación de las causas del conflicto que se trate. El hecho de englobar bajo un mismo rótulo a los fanatismos religiosos, el crimen organizado, los reclamos sociales, los desplazamientos forzados, las disputas étnicas, la guerra entre Estados y al terrorismo tiende a diluir las diferencias y omite las singularidades que cada caso demanda para ser cabalmente comprendido e historiado.

Está claro que el pensamiento clausewitziano deja por fuera varias alternativas del conflicto que no se identifican con la figura del Estado nación, y esto por sí solo merece UNA REFORMULACIÓN DEL CONCEPTO GUERRA que contenga otras formas de violencia, pero ¿cuáles deberían ser los conflictos que se encuadren en una nueva definición de la guerra?, o mejor todavía, ¿a qué se le debería llamar “guerra” para ser historiado en términos militares? Y también, ¿es realmente lo acotado del término “guerra” y la condición de existencia de la política como rectora de lo bélico lo que restringe el análisis histórico, o, en realidad, estamos frente a nuevos interrogantes que se proponen interpelar la guerra desde una periferia que demanda respuestas y refutaciones para nutrir su propio acervo disciplinar?

Al menos tres aspectos aparecen como inexcusables para registrar un escenario de conflicto. En primer lugar, se deben fijar los actores y sus intereses enfrentados. Luego será preciso identificar la situación amigo-enemigo que enmarca la lucha y, finalmente, se deberá caracterizar el recurso a la violencia como condición *sine qua non* para la existencia de esta “cultura de guerra”. En la medida que estos factores estén presentes, podríamos estar ante un contexto factible de ser entendido y estudiado bajo los cánones de la guerra. Estas condiciones otorgan rigurosidad al análisis y ordenan el razonamiento en su etapa básica. La carencia de estos supuestos de estudio implicaría tratar a cualquier entorno violento como guerra,

diluyendo las diferencias y homologando conductas. Una Historia de la Guerra amplia y abierta a la investigación de hechos bélicos protagonizados por grupos humanos definidos y con intereses explícitos, que se conduzcan a escala y puedan generar efectos estratégicos mediante el uso de la fuerza, da lugar a estudios sistemáticos sobre la costumbre de guerrear con independencia del tiempo y del lugar de las acciones. Por el contrario, el examen de ámbitos conflictivos carentes de precisiones en cuanto al uso de las armas, e indeterminado en relación con los grupos humanos intervinientes y sus intereses, no implicaría un tratamiento bajo el concepto ampliado de guerra y tendería a confundir cualquier manifestación de violencia con una trama de beligerancia.

Reflexiones finales

Podemos decir que la Historia militar, como todavía discurre en los entornos castrenses, dista de la amplitud y profundidad que la reconstrucción del pasado implica, ya que se funda como un recurso didáctico para formar conductores militares a través de la observación retrospectiva de los hechos, a menudo descontextualizados y con un marcado reduccionismo en un escenario determinista. En compensación el ámbito académico, con una mirada más inclusiva, viene acompañando la evolución de lo histórico militar hacia “nuevas formas” de comprender lo bélico que podrían englobarse en el marco genérico de la “cultura de guerra”, como una forma de contener la diversidad de manifestaciones de violencia vinculadas con el uso de las armas para dirimir conflictos. Esto ha derivado en el reconocimiento de casi cualquier forma de violencia como guerra y tiende a diluir la consideración bélica del pretérito, si bien enriquece y logra dar respuestas a los interrogantes de otras ciencias acerca del fenómeno de la guerra.

No obstante, el concepto “historia de la guerra” aparece como el apelativo más pertinente, bajo la advertencia de que ante la supuesta falta de vigencia clausewitziana para entender los conflictos en el estrecho marco del Estado nación, los cambios en las categorías de estudio que mejoren la comprensión se basan más en quienes los protagonizan que en sus actos. Así, creemos que la categoría guerra que dé lugar a un estudio como tal debería considerar la identificación de los actores

y sus intereses, la capacidad de activar su voluntad mediante el uso de la fuerza, y la definición de la dialéctica amigo- enemigo, no como supuesto de la política, sino como circunstancia asertiva que defina los hechos.

En cuanto a la historiografía militar argentina, observamos que la producción de Echepareborda satisfizo las necesidades de su tiempo y promovió un avance importante en el estado de la cuestión, pero luego de cuarenta años demanda una actualización que proceda a incorporar los nuevos enfoques y dinamice la interlocución de la historia militar con las ciencias y disciplinas preocupadas con los conflictos armados. Para ello, un bosquejo preliminar debería tomar en cuenta la articulación temática entre la guerra y “lo militar”, que involucre las nuevas tendencias bajo las consideraciones expuestas y que amplíe la búsqueda a otras fuentes por fuera de las tradicionales, ya que gran parte de la producción historiográfica desde finales del siglo XX hasta la actualidad se encuentra disponible en repositorios digitales y publicaciones periódicas virtuales.

En definitiva, más allá de las controversias metodológicas expuestas, el presente antes que el pasado, parece indicarnos que la guerra continuará ocupando el centro de las pesquisas que ambicionen entender y explicar la conducta humana.

Panel: “Balance y perspectivas de la historiografía militar en la Argentina”

Historia militar, historia social y cultural de la guerra, historia de la guerra. Cuestiones de enfoques, métodos, fuentes e identidades¹

POR EL DR. GERMÁN SOPRANO

Introducción

En la Argentina de los últimos quince años, la historiografía producida y enseñada por investigadores insertos en ámbitos institucionales del CONICET y en universidades nacionales ha demostrado un original interés por el estudio de la guerra y las fuerzas de guerra que –con excepción de algunos trabajos precursores de Tulio Halperin Donghi– reconoce antecedentes programáticos a nivel internacional fundamentalmente en la denominada “nueva historia militar”, “historia social y cultural de la guerra” y “antropología histórica de la guerra” de raíz anglosajona o francesa.

Esta renovada historiografía ha tenido, sin embargo, una escasa o nula interlocución con otra corriente historiográfica nacional, la “historia militar” a secas, largamente cultivada en instituciones castrenses, en la Academia Nacional de la Historia, en el Instituto Argentino de Historia Militar, los Institutos Nacionales Sanmartiniano, Browniano y Belgraniano y en algunas universidades privadas. Sin dudas, esa escasa o nula voluntad de interlocución puede registrarse también en sentido inverso.

En esta exposición propongo algunas consideraciones sobre los enfoques, métodos y fuentes documentales asociados a estas dos corrientes historiográficas tal como se las concibe y se las practica en la Argentina, señalando sus singularidades, pero también planteando posibles canales de diálogo entre una y otra. Asimismo, sugiero que las diferencias existentes y percibidas entre los practicantes de estas historiografías no parecen ser sólo epistémicas, sino identitarias o relativas a la construcción de grupos sociales y sus anclajes institucionales.

La “historia militar”

En la Argentina, la “historia militar” reconoce antecedentes decimonónicos en la

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 11 de junio de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

obra de Bartolomé Mitre y desde principios del siglo XX pivotea entre investigaciones de la historia como disciplina y su contribución a la formación de oficiales de las Fuerzas Armadas como conductores militares.

En *De la guerra* (1832), Clausewitz definió los saberes teóricos y prácticos sobre conducción de la guerra como un “arte”, si bien informados por conocimientos científicos. En tanto “arte”, la guerra era una actividad intelectual libre y creativa que el conductor militar comprometía en situaciones concretas. La “historia militar” integraba el repertorio de saberes que contribuían a la formación del “genio bélico” o el “genio militar”. No obstante, ese conocimiento que ofrecía un conjunto diverso de experiencias bélicas de la historia de la humanidad debía “educar el espíritu del futuro general o más bien guiarle en su propia educación, pero no acompañarle al campo de batalla”. Esta última aclaración era importante, pues el conductor militar se servía de la “experiencia de otros”, pero en las contingencias del campo de batalla debía tomar sus propias decisiones.

La “educación del espíritu” de los conductores de guerra no contravenía la educación doctrinaria en las academias militares; por el contrario, ambos esfuerzos debían complementarse. La creación de los Estados Mayores en los ejércitos occidentales a fines del siglo XVIII y de las academias de guerra a principios del siglo XIX, fueron hitos en la definición de la conducción militar moderna y contemporánea. Las organizaciones militares permanentes en el Río de la Plata durante el proceso de revolución y guerra de independencia y en la formación y consolidación del Estado nacional contaban con Estados Mayores. Pero solo en la primera mitad del siglo XX se fundaron academias para oficiales de Estado Mayor. La “historia militar” era considerada entonces como un importante recurso de conducción militar.

Es que la “historia militar” tenía para los oficiales un sentido pragmático y pedagógico: proveía conocimientos teóricos y prácticos a los conductores militares que resultaba imposible reunir por medio de la propia experiencia en el curso de una vida, porque no todos los oficiales tenían oportunidad de participar en una guerra y porque ese repertorio excedía los estudios exclusivamente anclados en las guerras contemporáneas. Los conocimientos históricos en la formación de un oficial estaban definidos o eran interpretados conforme a la doctrina vigente, pues una organización militar no podía dejar librada la preparación intelectual de sus miembros exclusivamente a su iniciativa y arbitrio individual. La doctrina era plasmada por la conducción superior militar en reglamentos que prescribían cómo debía ser la

conducción estratégica, operativa y táctica. Pero los conocimientos adquiridos doctrinariamente eran necesariamente rígidos, escolásticos, dogmáticos. De allí que el estudio de la “historia militar” debía proveer a los oficiales de recursos para comprender las adecuaciones que cabía hacer en la doctrina para afrontar una situación bélica particular.

Los “historiadores militares” argentinos de la primera mitad del siglo XX, que analizaron las concepciones estratégicas y tácticas, las campañas, maniobras, batallas y combates librados en el período colonial y en la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata/América del Sur/Argentina, contribuyeron a la incorporación de esas cuestiones en el diseño del monumental proyecto intelectual y editorial de la *Historia de la Nación Argentina*, el cual se produjo en el contexto de institucionalización y profesionalización de la disciplina histórica de la década de 1930.

Desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente, la “historia militar” ha sido cultivada no sólo por militares sino por historiadores civiles. No hay en estos últimos necesariamente un interés por extraer de la misma saberes teóricos o prácticos que sean de utilidad para los conductores militares. Si bien el énfasis por comprender las doctrinas y organizaciones militares, sus misiones y despliegue, sus armamentos, medios materiales y equipos, sus campañas, batallas, maniobras y experiencias de combate han persistido como grandes temas de estudio, los historiadores militares también se han ocupado de analizar otros, tales como la contribución de los liderazgos y organizaciones militares en el proceso de construcción y consolidación del Estado nacional en el siglo XIX. La “historia militar” hecha en la Argentina ha efectuado sus más abundantes aportes historiográficos sobre este período, pues las investigaciones centradas en la historia militar argentina del siglo XX, sobre todo, en la primera mitad son bastante recientes.

Los historiadores militares han empleado metodologías adecuadas para reconocer categorías clave del mundo castrense estudiado, sus sentidos y lógicas sociales, así como su devenir histórico. Para dar cuenta de ello, se han servido principalmente del relevamiento sistemático e interpretación de fuentes documentales estatales, esto es, militares, otras fuentes gubernamentales -especialmente de los ministerios de Guerra y Marina- y legislativas; y en forma complementaria de la prensa escrita y documentación personal de oficiales superiores y dirigentes políticos nacionales.

La “historia social y cultural de la guerra”

En la Argentina del siglo XXI, la opción en favor de una “historia social y cultural de la guerra” se ha desarrollado al calor de una tendencia historiográfica de alcance internacional conocida como el “giro cultural” de la historia. Este enfoque historiográfico -que es diverso y sobre todo adquiere alguna unidad *vis a vis* otras corrientes historiográficas como las versiones más tradicionales de “historia militar”- enfatiza el interés por el relevamiento y comprensión situada de las perspectivas y experiencias de diferentes protagonistas de las guerras, tanto combatientes como no combatientes.

Sus cultores destacan la necesidad de conocer esa pluralidad de actores sociales implicados en las guerras, que no deberían circunscribirse sólo a los líderes políticos y militares que acaparan las máximas responsabilidades en la toma de decisiones. De este modo, buscan visibilizar a los soldados, suboficiales y oficiales subalternos de las fuerzas regulares, pero también -y esto es importante para la historiografía de la guerra en el espacio decimonónico rioplatense o argentino- a los integrantes de otras fuerzas de guerra como milicianos y guardias nacionales, mercenarios, montoneros, indios amigos y enemigos. De allí que la categoría analítica fuerzas de guerra haya adquirido importancia para esta historiografía sobre el siglo XIX. Asimismo, es dado reconocer que, si esta historiografía viene efectuando aportes al conocimiento de la guerra, los combates y sus combatientes en ese espacio y siglo, apenas ha incursionado en su estudio en el siglo XX, particularmente, en relación con los combatientes y el combate en la Guerra de Malvinas.

Decía que también ha hecho foco en el estudio de los no combatientes como mujeres, niños, intelectuales, diplomáticos, periodistas, miembros de asociaciones etno-nacionales, comerciantes, etc. Este interés temático lleva a estos historiadores más allá del mundo militar, de las campañas y los campos de batalla. En este sentido, se entiende que las guerras son fenómenos que determinan más ampliamente a las sociedades, esto es, no sólo a los combatientes, los militares o los países directamente involucrados en conflictos bélicos. Las guerras son potencialmente un prisma para comprender diversos fenómenos sociales y culturales, económicos y políticos.

Sin embargo, en algunas versiones de esta historiografía, la guerra acaba siendo apenas un contexto que define un período en el cual se analizan ideas y valores de diversos actores sociales, instituciones y acontecimientos, fenómenos políticos y económicos o producciones culturales que suceden durante una guerra antes que

inscribiéndolas o situándolas en una guerra.

Para el período del siglo XX argentino, la “historia social y cultural de la guerra” ha habilitado la definición de temas de investigación relacionados con el estudio de las Fuerzas Armadas que se sustraen de las producciones predominantes centradas en las orientaciones ideológicas y políticas de sus conducciones superiores, sus intervenciones políticas, golpes de estado, el ejercicio de la administración gubernamental en períodos *de facto* o su rol represivo sobre diferentes sectores políticos y de la sociedad. Antes que establecer una oposición analítica entre uno y otro énfasis temático y perspectiva de análisis, lo que se habilita es el conocimiento de cuestiones fundamentales relacionadas con la construcción de las identidades y sociabilidad militar, sus trayectorias profesionales, el asociacionismo castrense, los perfiles de clase social de los militares y sus familias, religiosidad, etc.

La comprensión de las perspectivas y experiencias de esta diversidad de actores sociales conlleva un desafío metodológico: si se presta atención a las categorías nativas, sus sentidos y usos situados, cabe determinar cuándo esos sujetos invocan la existencia de una “guerra”, cómo la define cada uno, quiénes participan como combatientes, con qué medios, qué reglas explícitas o tácitas regulan las relaciones entre combatientes, y entre éstos y los no combatientes.

Lo “social” y “cultural” de esta corriente historiográfica tiene que ver entonces con una cuestión de énfasis de enfoque y temático con consecuencias, sustantivas, metodológicas y otras relativas a las fuentes documentales. Por ello, se torna necesario ampliar y diversificar estas últimas, puesto que es preciso comprender las perspectivas y experiencias acerca de la guerra de quienes no son combatientes, pero se vinculan con la guerra por diversos motivos y medios y se encuentran más cercanos o más alejados de los campos de batalla. De este modo, el repertorio de fuentes no sólo comprende documentos y acervos del Estado o elaborados por actores estatales sino otros producidos por diferentes actores de la sociedad civil.

Reflexiones finales

Pienso que en la Argentina del siglo XXI, por un lado, la “historia militar” debería avanzar más decididamente en la inscripción de sus análisis sobre doctrina, estrategia, táctica, campañas, maniobras, batallas y combates –entre otras cuestiones habitualmente tenidas como específicamente militares- en los contextos o en sus relaciones con acontecimientos, procesos, instituciones, actores y otros fenómenos

sociales y culturales expresivos de las sociedades en las que habitan las organizaciones militares y en las que se producen las guerras. ¿Podríamos denominar los estudios planteados al abrigo de este énfasis como expresión de una “nueva historia militar”? Puede ser, pero a condición de no olvidar que se trata de un énfasis referido a la historiografía militar argentina, pues hace más de medio siglo que la historiografía militar anglosajona ha invocado ese rótulo -la “new military history”- para definirlo y produjo investigaciones notables que siguen siendo una referencia indispensable.

La guerra -como otros fenómenos sociales- comprende una pluralidad de dimensiones objeto de análisis y no sólo aquellas consideradas como estrictamente militares. Creo entonces que la “historia militar” debería evitar el conservadurismo y abrirse al diálogo permanente con otras historiografías. No anclarse en la concepción tradicional de una “historia doctrinaria” y “de la maniobra” hecha -explícita o tácitamente- para formar conductores militares o bien aferrarse a una concepción de la historia centrada de un modo casi excluyente en la contribución de los liderazgos y organizaciones militares a la conformación y consolidación del Estado nacional.

Por su parte, la “historia social y cultural de la guerra” debería sobreponerse a arraigados preconceptos, especialmente, sobre las fuerzas militares de línea, regulares o permanentes, pues hasta el momento ha dispensado más esfuerzos en el estudio de las milicias y guardias nacionales, montoneros e indios amigos que en el conocimiento de las primeras en el siglo XIX. A su vez, debería incorporar más decididamente el combate y los combatientes en sus investigaciones sobre la guerra en el siglo XIX y, sobre todo, en aquellas referidas al siglo XX. Y evitar que la guerra se torne apenas un mero telón de fondo o una excusa para referir a otros fenómenos sociales contemporáneos de las guerras. Si el conservadurismo puede ser un óxido que afecte negativamente a la “historia militar”, puede que el problema que se presente a la “historia social y cultural de la guerra” sea el de librarse con escaso esfuerzo al efecto lubricante de una moda intelectual en apariencia innovadora pero superficial y pasajera.

¿Sería deseable propender hacia un programa comprehensivo y superador de esas dos historiografías? Pienso que sí, pero no estoy seguro que sea posible, pues ello supone desafíos no sólo epistémicos sino posiblemente ideológicos, políticos, institucionales e incluso personales, pues rótulos como “historia militar” o “historia social y cultural de la guerra” definen corrientes historiográficas, pero también identidades de grupos sociales, de pequeñas “tribus académicas”.

En definitiva, tanto se opte por una actualización dentro de la “historia militar”,

por cualquiera de las denominaciones de la renovación historiográfica asociada a la “historia social y cultural de la guerra”, o por un programa comprensivo y superador para una historia de la guerra y de las fuerzas de guerra, estoy convencido de que continuar apelando tácita o explícitamente al desconocimiento e incomunicación, a la reproducción de rótulos erigidos como marcas de identidad y escudos para librar disputas político-intelectuales e institucionales, son alternativas que no facilitan el más elemental diálogo académico. Es necesario tender puentes entre espacios historiográficos que bien pueden sostener sus singularidades, pero no a costa de la indiferencia.

Panel: “Los estudios históricos y los problemas de la construcción (y cancelación) de los lugares de memoria”

Pasado y presente de las imágenes de San Martín¹

POR LA ACADÉMICA DE NÚMERO DRA. BEATRIZ BRAGONI

Agradezco la invitación a participar de este panel con el objetivo de compartir reflexiones sobre los lugares de memoria clásicos y sus resignificaciones o reinventaciones en el tiempo. Una invitación incitante en cuanto permite imbricar el impacto de la influyente obra de Pierre Nora, con los diferentes giros operados en nuestras historiografías, la explosión memorial, el régimen de historicidad presentista tematizado por Hartog, y el cambio de actitud del historiador. Una batería de conceptos y repertorios de investigación que resultó eficaz para interrogar las representaciones del pasado nacional y reinterpretar el selectivo proceso de recuerdos y olvidos al que aludió Renan, y que adquirió expresión en la voz del autor del *Martín Fierro*: “saber olvidar es también tener memoria”.

La referencia a Hernández en mi argumento no es fortuita en tanto me devuelve a la factura de la biografía política de San Martín en la que resultó relevante la reconstrucción de la trayectoria pública como el análisis de las operaciones memoriales que lo soldaron en la médula de la mitología nacional. Si la restitución contextualizada del trayecto sanmartiniano permitió conjugar, como subrayó José Luis Romero en sus reflexiones sobre la biografía como tipo historiográfico, la “unidad y variedad de una vida” y “hundirse en el microcosmo del individuo y perseguir la línea de su desarrollo”, la consagración del héroe de los Andes en la cumbre del panteón patriótico permitió comprobar las intersecciones entre la memoria pública o estatal y el modo en que San Martín quiso ser recordado en virtud del interés por preservar su reputación patriótica y la valoración del juicio de la posteridad (Halperín Donghi 1987: 113-139).

He creído oportuno traer a colación algunos momentos e intervenciones específicas de las variaciones semánticas y monumentales del culto sanmartiniano en la “longue durée”. Procuro con ello no sólo interrogar el nexo entre memoria e historia a la que ha aludido el profesor Chartier en su magnífica conferencia, sino también poner de relieve las relaciones conflictivas que median entre las operaciones políticas e

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 8 de octubre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

intelectuales, y las iniciativas de actores o grupos sociales con mayor o menor capacidad de intervención pública que aspiran a confrontar o refrendar el canon dominante (Halbwachs 1954; Devoto 2011: 231-262). Para ello he organizado mi exposición en tres secciones: la invención heroica y el cincel de la memoria sanmartiniana; la fabricación del héroe republicano y su pasaje al nacionalismo militar; y el papel del sable corvo en el combate político y cultural previo a su restitución al Museo Histórico Nacional.

La invención heroica remite a la semántica, iconografía y rituales del momento revolucionario. Allí figuran los retratos de los Libertadores compuestos por el mulato peruano José Gil de Castro, la litografía de Núñez y la de Gericault promovida por oficiales oriundos de la diáspora napoleónica integrados en las fuerzas revolucionarias. También sobresalen las intervenciones de los principales artífices de la independencia en la nomenclatura de los buques obtenidos por asalto o por compra para asediar las rutas marítimas del Pacífico con epicentro en Talcahuano y Lima. Gestos, símbolos y rituales que eran correlativos a la poética y sainetes compuestos por letrados rioplatenses dando cuenta del “régimen emocional” del patriotismo revolucionario que seguían la huella de los saludos glorificadores de los cabildos al difundir sus triunfos militares (Halperin Donghi 1984; Buch 1994).

Pero, como anticipé, la imagen del Libertador del sur resultó tributaria de iniciativas propias y de su círculo antes y después de su salida del teatro americano: en particular del primer escorzo biográfico publicado en Londres por Juan García del Río en 1822, y las entrevistas concedidas a Miller y Lafond de Lurcy destinadas a atemperar críticas sobre su accionar público y lo conversado con Bolívar en Guayaquil (Bragoni 2016). El cincel de la memoria sanmartiniana previó también ordenar sus propios papeles, como lo confesó a Guido en 1826, y reunir las reliquias cosechadas en su periplo americano. Una tarea que encargó a su hija Mercedes quien contribuiría no sólo a unificar el archivo ya clasificado que su yerno depositaría en manos de Mitre; también lo hizo retratar con las nuevas técnicas de captura de imágenes para luego contratar servicios funerarios acordes al trayecto célebre de su padre (Podgorny 2010).

Aquellas decisiones voluntarias, propias de los hombres públicos como subrayó Marc Bloch en sus reflexiones de 1941, resultaron casi simultáneas a ejercicios de escritura realizados por veteranos de las guerras de independencia fieles a su liderazgo. Allí sobresale la confianza depositada en la dupla testigo-testimonio, convertido luego en cantera verificable no sólo de las historiografías nacionalistas decimonónicas. Se

trata de un corpus textual dispuesto a documentar o rectificar equívocos sobre el desempeño público del ya venerado general de los Andes. En esa saga sobresalen las memorias de Manuel de Olazábal quien documentó su regreso a Mendoza en 1823 (Olazábal 1863:117); las crónicas publicadas por Gerónimo Espejo en 1883.y tres textos que Tomás Guido publicó en *La Revista de Buenos Aires* en base al archivo custodiado por su esposa ante la pérdida de materiales reunidos en su estancia peruana entre 1864 y 1865. El breve artículo en el que narró la última conversación que mantuvieron en La Magdalena donde le había confesado que ambos jefes no cabían en el mismo teatro militar (Guido, 1864: 409-458); la famosa *Memoria* que había presentado al director Pueyrredón en 1816 con la que refutó la versión difundida por Luis Domínguez quien había puesto en duda su participación en la “genial” idea de la campaña militar (Guido, 1864: 333-345).

Finalmente, Guido dedicó un último texto a las negociaciones de Punchauca de 1821 mediante el cual refutó las memorias de Lord Cochrane, que Manuel Bilbao había traducido y publicado en Lima en 1863 (Guido, 1865: 409-458). En particular, los argumentos vertidos por el “héroe de valdivia” sobre el impacto del armisticio y la idea de la monarquía que colisionaba con las versiones o imágenes ya difundidas por Miller, Lafond y los románticos argentinos.

No se trataba ni de un testimonio ni un momento menor por cuanto a esa altura ya se había erigido la estatua ecuestre en Buenos Aires, que replicaba la que lucía en Santiago de Chile, a instancias de Vicuña Mackenna, el autor de *La vida de San Martín* (1863) en la que hizo alusión al monarquismo después de acceder al archivo de O’Higgins con el que mitigaba el impacto del libro que había dedicado a los hermanos Carrera en 1857 que era casi simultánea al bosquejo biográfico en el que Juan María Gutiérrez lo había ensalzado como héroe republicano (1862).

En esa atmósfera literaria y política, el Guido ya anciano subrayó las razones que condujeron a San Martín a entrevistarse con el virrey La Serna no sólo porque había sido un actor protagónico de las tratativas sino porque en el nutrido intercambio epistolar que habían mantenido entre 1826 y 1848, no había formado parte de la conversación. Con el recuerdo de la diplomacia practicada, puso en boca de San Martín dos motivos principales sobre la idea de conciliar independencia con la monarquía constitucional: porque la agenda de los “liberales del mundo” recomendaba la necesidad de trazar puentes para erigir “un sistema que guardaba armonía con los intereses dinásticos de la casa reinante”; segundo, por la convicción de “hacer menos violenta la

transición del régimen colonial a la república” en vista a que Perú no ofrecía “un campo preparado para recibir la semilla de las instituciones liberales” (Guido, 1865: 425). Mediante esa opinión Guido no sólo colocaba el papel de la moderación como piedra de toque de la independencia de América; también anticipaba las razones del fracaso de monarquizar el Perú que atribuyó a la disociación entre lo social y lo político porque la revolución había invocado la libertad e igualdad de los pueblos despertando la “tea en las nuevas naciones que asociaron sus promesas con la noble imagen de la república”. En consecuencia, la fatal apuesta cuya autoría atribuyó a Monteagudo, había colisionado con el “vértigo de la sociedad” a pesar de sus generosas teorías y la dificultad de resolver “las vacilaciones de cómo y quién podía poner valla o límites a las ideas democráticas”.

Guido escribió aquel texto en vísperas de ser sepultado sin homenajes públicos en la cripta familiar del cementerio de la Recoleta para cuando su respetado amigo estaba siendo catapultado como héroe republicano, sólo secundado por Manuel Belgrano, el patriota abnegado, el hombre común y no excepcional, al que refirieron Mitre y Sarmiento, al descubrir la estatua ecuestre en plaza de Mayo en 1873 que rendía honores al “tipo ideal del héroe modesto de las democracias”, despojado también de sus preferencias monárquicas (Eujanián 2020).

En 1877 el presidente Avellaneda activó el proyecto de repatriación de sus restos que estaba pendiente desde 1863 propiciando la formación de comisiones en todo el país para recolectar fondos e instituyendo que el día de su natalicio fuera celebrado con rituales semejantes a los del 25 de mayo y el 9 de julio. El ritual fúnebre se llevó a cabo tres años después cuando arribó la “última reliquia a nuestra tierra”, la metáfora utilizada por Carlos Guido y Spano en el soneto firmado por el elenco de descendientes de los guerreros de la independencia que presenciaron el desfile de la carroza que lo depositó en la capilla anexa a la catedral metropolitana. En aquella oportunidad, y sin prever el estallido revolucionario posterior, el discurso de Avellaneda hizo patente el uso público del memorable difunto en vista a que el homenaje cumplía con el “propósito aplicable a la situación política del país”, esto es, como “esfuerzo por atraer a un terreno común en el que pudiéramos entendernos y concertarnos” (Nascimbene 2002: 99).

La ceremonia pública más espectacular del siglo XIX argentino, como la definió Sarmiento, disparó homenajes discretos en las provincias y estimuló la recolección de reliquias para nutrir las colecciones de objetos del Museo Histórico Nacional. En la empresa de montar el templo cívico de la revolución y los anales de la nación, su

director Adolfo Carranza cumplió un papel primordial al reunir las reliquias del Gran Capitán en Buenos Aires, algunas provincias y en el exterior (Carman). Mientras banderas, trofeos de guerra y retratos ocuparon un sitio de relieve, los muebles y objetos del dormitorio de SM donados por su nieta fueron replicados de manera casi exacta en las instalaciones del museo con el propósito de vivificar su última morada, tal como lo había narrado Félix Frías después de visitarlo en Boulogne-sur-mer. Una labor febril e inquieta seguida de cerca por Ernesto Quesada quien inventarió el ramillete de objetos entre los que sobresalía el sable corvo legado por San Martín a Rosas e integrado a la colección del museo en 1897 para cuando Adolfo Saldías y el mismo Quesada habían echado mano a los archivos familiares para documentar la época de Rosas.

El meticuloso detalle compuesto por Quesada obtuvo tres ediciones entre 1898 y 1901. Un fenómeno editorial curioso, pero nada sorprendente si se tiene en cuenta la batería de incentivos soldada a fuego no sólo por la narrativa de Mitre sino también por Joaquín V. González para quien San Martín era el “tipo acabado del héroe nacional” porque sintetizaba el “genio militar” y había sabido combinar arte y ciencia al servicio de tres repúblicas hijas de las mismas tradiciones vertebradas por los Andes y la unidad de razas (González 1889LA Tradición nacional). Un conjunto de escritos e imágenes que, a la vez, nutrían los contenidos de manuales de enseñanza, en particular, el de Juana Manso y el de Vicente F. López que combinaba elogios y críticas por dejar a Buenos Aires al acecho de caudillos y montoneras en 1820.

El momento del Centenario habría de multiplicar casi hasta el infinito los lugares de memoria sanmartinianos gracias al impulso de la comisión de homenaje y cofradías de escritores y anticuarios de provincia que gravitaron en la erección de estatuas y monumentos en plazas principales, distritos pequeños y en el exterior. Esa política o activismo memorial no era ajeno a los desvelos de sus devotos simpatizantes urgidos por nacionalizar e integrar a los hijos de inmigrantes mediante una compacta pedagogía cívica destinada a reglamentar su recuerdo a través de la memorización de fechas y batallas junto a la visita de museos y sitios históricos. Dicha impronta se prolongó durante los gobiernos radicales traducéndose en la erección de un monumento en Washington (1925), y más cerca, con la dedicada a su rival: Carlos de Alvear en 1927. A esa altura, la eficacia de la pedagogía patriótica dirigida desde arriba, pero aceptada por los de abajo, popularizó su figura al punto de cristalizar en un famoso coctel del que dejó testimonio un viajero inglés en 1907, y fue publicitado en la revista *Caras y*

Caretas al menos hasta 1947.

En ese lapso, las representaciones de San Martín experimentaron variaciones semánticas y monumentales sustanciales imantadas por el pasaje del nacionalismo liberal en el que había sido esculpidas, al nacionalismo militar. Y mientras Ricardo Rojas lo convertía en “santo laico” sin fisurar del todo la imagen militarista y católica aportada por José P. Otero, la administración del presidente Justo, el accionar de Ricardo Levene desde la Comisión Nacional de Monumentos y sitios históricos, y las iniciativas de escritores e historiadores de provincia amplificaron los sentidos y materialidades del recuerdo del Libertador: el cambio de la efeméride de 1933, el homenaje de 1935 que condujo al montaje del museo en Boulogne sur mer completando el artefacto conmemorativo disparado con la estatua descubierta en 1909 (Carman 2013); el templete de Yapeyú que evocaba la precariedad de la casa natal, los retoños del pino de San Lorenzo, el solar donde vivió en Mendoza, constituyeron eslabones de la liturgia pública nacional convertida en antesala del Año del Libertador.

Para entonces, el hijo dilecto de la revolución de junio había exaltado al venerado prócer como modelo de conducción política y militar en cursos de formación de la Escuela Superior de Guerra, publicaciones, discursos dirigidos a sus partidarios y en la apertura de la convención constituyente de 1949. Un año después, el Centenario de la muerte del Libertador llevaría a la apoteosis el culto sanmartiniano dotando al régimen peronista de un dispositivo simbólico de inigualable impacto para movilizar la conciencia histórica nacional mediante un nutrido programa conmemorativo, y lo que no es menor ante la inminencia de las elecciones presidenciales, para asociar la “peraltada ejemplaridad de San Martín” con la del líder peronista catalogado por el Rector de la Universidad Nacional de Cuyo, como el “Libertador político y social de la Argentina que vivimos”.

Una celebración uniforme, vertical y compacta que ofrece un contrapunto con la euforia nacionalista que acompañó la conmemoración del centenario de la muerte de Artigas en Uruguay en el mismo año (Rilla 2008; de los Santos 2012). No sólo porque al igual que en estos parajes, el fundador de la nacionalidad oriental -como versaba en la cripta de su sepultura desde 1856- había sido objeto de sucesivas capas de bronce que habían echado un manto de olvido sobre su desempeño como “jefe de montoneros y cortador de cabezas”. Un pasaje semántico, que evoca el de Güemes en Salta mucho antes de la ley que lo declaró héroe nacional, que había sido correlativo a la institucionalización de su recuerdo en las décadas previas a la decisión oficial de

establecer el “Mes de Exaltación Artiguista”. A esa altura todos los proyectos para erigir un mausoleo habían quedado pendientes aunque en los años cuarenta varias iniciativas institucionales y académicas anticiparon el clima celebratorio posterior: por un lado, se dispuso que fuera feriado la fecha de su natalicio y se la asoció con la jura de la bandera; por otro, la apuesta documental e historiográfica previó la creación del Archivo Artigas, a cargo del historiador Pivel Devoto, mientras el Dr. Emilio Ravignani, desplazado de la universidad por su militancia radical, pasó a conducir el Instituto de Investigaciones Históricas desde donde dirigió la publicación de documentos del artífice del federalismo rioplatense. Ya en agosto de 1950 los homenajes a San Martín en Montevideo anticiparon la eficacia de las operaciones memoriales en tanto el tributo al Libertador era equiparado con el de Artigas por haber contribuido a la independencia continental. Pero el “Mes de Exaltación Artiguista” adquirió un tono emocional distinto no sólo porque los charrúas se habían alzado con el trofeo en el Maracaná, sino también porque la celebración cruzó el completo arco político y las organizaciones de la sociedad civil poniendo de relieve la manera en que el acontecimiento expresaba la unidad de sentimientos nacionales. No obstante, y mirada entrelíneas, la unidad en torno al panteón de los próceres bajo el lema “democracia y libertad”, exhibió tensiones que se hicieron patentes en el Congreso cuando los representantes de los partidos tradicionales rindieron tributo al binomio San Martín-Artigas, y se le negó la palabra a una senadora del partido comunista por lo que tuvo que contentarse con dejar constancia en el Diario de Sesiones que el homenaje a San Martín no debía ocultar la persecución de los opositores al régimen liderado por Perón.

La representación del San Martín evocado en 1950 no habría de permanecer intacta en los años siguientes, sino que sería objeto de nuevas lecturas e intervenciones públicas insertas en la antinomia peronismo / antiperonismo. En ese contexto, el culto sanmartiniano habría de erigirse en un *punto fijo* de quienes apelaron a su figura para intervenir en el combate político y cultural sobre el pasado y el presente nacional. Un mito inmóvil puesto al servicio de filiaciones divergentes, aunque estructuradas todas en concepciones nacionalistas y revisionistas, marxistas o hispano-católicas. Así mientras en 1961 el gobierno dedicó al San Martín ya reconciliado con la tradición hispánica una estatua en Madrid, en 1963 un grupo de jóvenes peronistas disconformes con la dirigencia sindical y la proscripción del líder y del partido sustrajeron el sable corvo del Museo Histórico Nacional autoerigiéndose en custodios de “la espada que había sido

legada en plena lucidez por San Martín a Rosas por estar satisfecho de la defensa nacional ante la agresión imperial” dispuesta ahora a librar un nuevo “combate por la reconquista de la nacionalidad”.

No era la primera vez que la reliquia era objeto de controversias. En 1950 Julio Irazusta, el principal referente erudito del revisionismo histórico había puesto en entredicho la autoridad intelectual de Ricardo Rojas porque había manipulado la documentación de San Martín a la hora de interpretar el legado del sable a Rosas como constaba en su último testamento (Irazusta). Lo había hecho en una revista de circulación discreta con motivo de las notas publicadas por el autor del “Santo de la Espada” en los diarios de mayor impacto en la opinión pública, La Nación y La Prensa, en las que había puntualizado que el mismo no suponía la aprobación de la “Dictadura” sino que obedecía sólo al reconocimiento de la defensa de la soberanía nacional frente a la amenaza imperial. En su lugar, Irazusta puso a prueba el aparato erudito a la hora de precisar las preferencias políticas sanmartinianas a favor del orden y la autoridad en detrimento de las libertades públicas con el propósito de corregir la forzada versión rojiana sobre sus convicciones liberal-democráticas con las que pretendía denunciar la nueva dictadura en representación de la escueta minoría radical en el Congreso.

Pero la segunda sustracción del sable, que de nuevo despertó indignación, tuvo un derrotero diferente en tanto una vez localizado no fue restituido al Museo Histórico Nacional sino que quedó bajo custodia del Regimiento de Granaderos a Caballo en 1967, toda vez que el gobierno del Franco argentino había promovido el traslado de los restos de Guido al Altar de la Patria, y se había escogido el 4 de junio como fecha indicativa de la filiación entre el sable y la revolución de los coroneles de 1943: la misma elegida por Perón para asumir como presidente constitucional en 1946 con lo cual se reactualizaba el lazo entre el prócer, las fuerzas armadas y la nación.

Naturalmente, ningún ritual estatal podía contribuir a suturar los desencuentros en la convulsa Argentina preñada por la “cuestión peronista”, la conflictividad social, la protesta estudiantil, la radicalización política y la batalla de ideas que cruzaba a las izquierdas y derechas sobre la realidad nacional (Sarlo 2001; Altamirano 2011). La izquierda nacional, ese conglomerado híbrido en el que convergieron trotskistas y nacionalistas, ubicó a San Martín en el panteón continental junto a Bolívar y Manuel Ugarte. A su vez, los enrolados en el peronismo de izquierda, recogieron sus aptitudes y destrezas en la conducción de ejércitos libertadores y ensalzaron su contribución a la independencia argentina y americana en la línea ya inaugurada por los nacionalistas-

reversionistas en clivaje aristocrático o populista. A su vez, los artistas del grupo Espartaco, comprometidos en la creación de un arte nacional, independiente del europeo y de las preferencias estéticas de las clases altas, incidirían en nuevas representaciones del héroe. En particular, Ricardo Carpani, el muralista y diseñador de volantes de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos, rival de la conducida por Vandor, compondría una nueva imagen de San Martín cuyo carácter enérgico fue aceptada por los que vieron por fin que había perdido la rigidez del bronce para denunciar la dependencia política, económica y cultural (Carpani 2008). En cambio, los afiches de los sindicatos metalúrgicos (SMATA y UOM), reprodujeron su retrato militar clásico asociándolos con los de Rosas y Perón. Entretanto, la iconografía revolucionaria marxista y peronista filió a San Martín con Evita y el Che Guevara desgajando la imagen de Perón. Una simbología que vertebraría la del Ejército Revolucionario del Pueblo cuyo manifiesto de presentación invocó al “General San Martín y al comandante Guevara como sus máximos ejemplos”. Y aunque el tercer Perón no replicó la frecuencia del uso de su figura como en las presidencias anteriores, mantenía plena vigencia en las bases sindicales, y en el proyecto de construir el Panteón de los Próceres que prometía guardar los restos de Perón y Evita, junto a los de San Martín, Rosas, Yrigoyen, Facundo y del general Aramburu (en caso de que su cadáver fuera devuelto por montoneros).

Entretanto, la última dictadura militar reactualizó el perfil petrificado, compacto y sin fisuras del Libertador y depositó expectativas en el bicentenario del natalicio del prócer. Como antes, el programa oficial incluyó la evocación en la efeméride escolar, la reiteración de contenidos alusivos a las fechas y cualidades espirituales, éticas y cívicas del Libertador como cemento de la unidad nacional, aunque difícil de competir con la explosión nacionalista exaltada con el éxito del Mundial de Fútbol, y la organización del Congreso Internacional delegado en la Academia Nacional de la Historia.

La era democrática introdujo novedades en los usos públicos del pasado. En particular, porque el éxito electoral de Raúl Alfonsín expresó el nuevo consenso liberal-democrático y dejó en suspenso la interpretación revisionista del pasado nacional por el descrédito del nacionalismo militar ante la derrota en Malvinas (García Moral 2010). No obstante, el triunfo de Carlos Menem reinstaló el debate en el primer discurso que dirigió ante la Asamblea Legislativa. Quien había despedido los restos del general Perón en el mismo recinto en representación de los gobernadores, declaró la voluntad de restablecer la unión nacional para lo cual trazó el linaje de las antinomias entre los

principales referentes políticos del siglo XIX. Ese anticipo se tradujo en la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas que el Perón de mediados del siglo XX no había impulsado, pero que había juzgado propicio en su tercera presidencia.

En el discurso de recepción, Menem apeló a la expresión del autor del Martín Fierro “saber olvidar es también tener memoria”, en la cual latía el indulto a los militares con responsabilidad en la violación de los derechos humanos de la última dictadura, y a líderes de la organización Montoneros, que fue repudiada por las organizaciones de Derechos Humanos (Stornini 2010). A la vez, el olvido oficial fue correlativo al homenaje a los Caídos de Malvinas en la plaza San Martín. Con el emplazamiento del cenotafio, la política oficial se diferenciaba del gobierno anterior, ponía a Malvinas en el centro de la escena, la extraía de la esfera militar y la asociaba con San Martín (Guber 2009). Pero ese registro memorial no sería exclusivo en tanto el objetivo gubernamental de reanudar las relaciones con el Reino Unido, y proyectar la inserción de la Argentina en el concierto mundial, se tradujo en el emplazamiento de la estatua erigida en Londres, y otras tantas emplazadas en ciudades europeas, americanas y asiáticas. En ellas, el San Martín representado no replicó la imagen ecuestre y guerrera reproducida desde el siglo XIX. En su lugar, adoptó un perfil no beligerante aun portando el sable y uniforme militar, y en algunos casos, como en Berlín, la decisión de erigirla obedecía a la necesidad de reparar el olvido del ilustre patriota ante la que recordaba a Bolívar.

Finalmente, los festejos del Bicentenario y los comicios presidenciales de 2015 dieron lugar a novedades en los usos públicos del prócer. Y si su figura perdió terreno frente a Evita y Belgrano, la liturgia estatal no solo enfatizó su accionar como expresión del vínculo entre líder y el pueblo, sino que intervino en las fechas y objetos del general con el fin de ponerlos al servicio de la militancia política, el Estado y la Nación. Así, mientras más de una vez el día de su natalicio fue asociado con el de Néstor Kirchner y la producción audiovisual azuzó el mito clásico con siluetas de afrodescendientes y el perfil mestizo del dibujo animado infantil Zamba, en los festejos del 25 de mayo su viuda encabezó el acto que devolvió al Museo Histórico Nacional el sable corvo por constituir uno de los “máximos símbolos del país” que representan “la lucha por la libertad, la dignidad y la soberanía de nuestra Nación y de los pueblos hermanos de América Latina”.² No se trataba de un asunto menor en tanto el famoso sable que la JP

² La asociación de las fechas de nacimiento de San Martín y Néstor Kirchner fue explicitada por Jorge Coscia en la explanada de la Casa de Gobierno de Mendoza cuando se proyectó el audiovisual

había sustraído permanecía en custodia del regimiento de Granaderos desde 1967. Semejante suceso no sólo dio lugar al montaje museográfico acorde a las circunstancias, sino que incluyó la convocatoria de escolares portadores de sables de ocasión, militantes y públicos expectantes del ritual estatal encabezado por la presidenta quien procedió a colocar la reliquia en la vitrina escoltada por las que lucían los sables de Belgrano, Las Heras, Dorrego, Brown y Rosas. Con ese gesto, Cristina Fernández de Kirchner enlazaba el legado sanmartiniano con su gestión de gobierno, y lo recostaba en la selectiva genealogía peronista que había echado un manto de olvido a su doble historia reciente: la del último gobierno de Perón y la administración neoliberal de Menem (Bragoni 2022).

Ya para finalizar, el San Martín evocado en el pasado reciente no parece obedecer tan sólo al cambiante contexto político sino al modo de interrogar el nexo entre pasado y presente que conecta la renovada memoria estatal de la era democrática con las tradiciones y liturgias peronistas hechas, deshechas y vueltas a fundar en base a interpretaciones revisionistas destinadas a develar los secretos de la “verdadera historia” en rechazo de sus “falsificaciones”. De ser así, memoria e historia se funden en tanto si como adujo Kosseleck todo tiempo pasado transcorre en el presente activado por el discurso histórico, ningún presente parece haber alterado la imagen que el propio personaje y el círculo íntimo modelaron en el curso de su ostracismo voluntario y después de su muerte.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Bragoni, Beatriz (2022). Los juegos de la memoria: los usos públicos de San Martín en las liturgias estatales argentinas (siglos XX y XXI). *Caravelle*. Presses Universitaires Midi, 118, p.13-26
- Bragoni, Beatriz (2019). *San Martín. Una biografía política del Libertador*. Buenos Aires: Edhasa
- Bragoni, Beatriz (2016). El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond, *Prismas. Revista de Historia intelectual*, Buenos Aires, UNQu, 20, p. 47-62

“**Reconstrucción. Los años de San Martín en Mendoza**”, de Leandro Ipiña. El evento se realizó el 25 de febrero de 2015. La restitución del sable corvo al Museo Histórico Nacional se llevó a cabo el 23 de mayo de 2015. <https://www.cultura.gob.ar/noticias/el-sable-corvo-de-san-martin-se-exhibira-en-el-museo-historico-nacional/>

- Buch, Esteban (1994). *O juremos con gloria morir. Una historia del Himno Nacional Argentino de la Asamblea del Año XIII a Charly García*. Buenos Aires: Sudamericana
- Carman, Carolina (2013). *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires: Prometeo Libros
- Carpani Ricardo (2008), *Arte y militancia*. (Prólogo de Norberto Galasso). Buenos Aires: Ediciones Continente
- De los Santos, Clarel (2012). La consagración mítica de Artiga 1950. Homenajes y discursos a cien años de su muerte. Cultos, memorias e identidades. Montevideo: Cruz del Sur.
- Eujanián, Alejandro (2020). El héroe modesto de las democracias. La imagen de Belgrano entre sus funerales y su centenario (1820-1920), *Anales de Educación Común*, Vol. I, N° 1-2, pp.95-103
- García Moral, María E. (2010). El revisionismo en los 80 y 90: ¿el anquilosamiento o la convalencia de una historia militante?, in Devoto Fernando (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*. Buenos Aires: Biblos, p. 79-96
- Guber, Rosana (2009), *De chicos a veteranos: Nación y memorias de la Guerra de Malvinas. Nación y Memorias de la Guerra de Malvinas*, La Plata: Ediciones al Margen
- Guido, Tomás (1864). El general San Martín. Su retirada del Perú y Memoria presentada al Supremo Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, 1816, *La Revista de Buenos Aires*. Tomo IV, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, pp. 409-458 y 333-345.
- Guido, Tomás (1865). Negociaciones de Punchauca 1821, *La Revista de Buenos Aires Historia Americana, Literatura y Derecho*, Tomo VII. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, pp. 409-458.
- Halperin Donghi, Tulio (1986). *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires: CEAL [1° ed. 1963]
- Halperin Donghi, Tulio (1987). Imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre, Tulio Halperin Donghi, *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 113-139.
- Nascimbene, Mario (2002). *San Martín en el Olimpo nacional: nacimiento y apogeo de los mitos argentinos*. Buenos Aires: Biblos

- Olazábal Manuel (1863). *Historia Argentina. Episodios de la guerra de la independencia*. Gualeguay: Imprenta La Democracia
- Podgorny, Irina (2010). Las momias de la patria: entre el culto laico, la historia de la química y la higiene pública, *L'Ordinaire Latino-américain*, N° 212, pp.53-74.
- Rilla José (2008). *La actualidad del pasado Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Editorial Sudamericana Uruguay
- Sarlo, Beatriz (2001). Estudio Preliminar, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel Historia
- Stornini, Julio (2010). Rosas a consideración: historia y memoria durante el menemismo, in Devoto Fernando (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*. Buenos Aires: Biblos, p. 97-116

Panel: “Los estudios históricos y los problemas de la construcción (y cancelación) de los lugares de memoria”

Los nuevos lugares patrimoniales: La patrimonialización de riberas, puertos urbanos y sus horizontes tecnológicos. Su contribución a la generación de espacios de memoria¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO DR. MIGUEL A. DE MARCO (H.)

Agradezco al presidente de la Academia Nacional de la Historia, doctor Fernando Devoto, por la invitación a participar del panel “Los estudios históricos y los problemas de la construcción (y cancelación) de los lugares de memoria” y referirme a la generación de espacios de memoria que se derivan de la patrimonialización de riberas, puertos y sus horizontes tecnológicos.

Desde hace una década con un grupo de colegas de distintas ciudades de la Argentina, propiciamos la puesta en valor cultural del pasado portuario y el paisaje relacional puerto-ciudad-región; entendiendo a los puertos como bienes culturales con un valor identitario único y excepcional. En esta dirección se ha publicado 2022 una “Cartilla para la preservación de del patrimonio histórico de los puertos argentinos”, especialmente orientada a brindar conocimiento a los responsables del área.

Entendemos que la escasa atención que los organismos portuarios otorgan a la salvaguarda de su patrimonio, en especial a la documentación histórica que atesoran, guarda estrecha relación con la inexistencia de políticas públicas en la materia que, a su vez, serían el resultado de errático devenir del sistema portuario nacional; y de un concepto estrechamente limitado de lo que ha sido y es un puerto (De Marco, Chalier y López, 2024).

Al restringirse el concepto de lo portuario al aspecto operacional de las instalaciones, a aquello que ocurre “paredones” o “verjas adentro” o “detrás de altos paredones de containers”, se ha visto afectada la comprensión de la dimensión socio cultural de los puertos y con ello su valorización histórico patrimonial. Con la finalización de la Segunda Guerra Mundial una globalización condujo a nuevos patrones en la operatoria del comercio internacional naval, la relocalización de las

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 8 de octubre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

instalaciones portuarias y la refuncionalización de las que, emplazadas en los centros de las ciudades, fueron quedando en desuso, o fueron objeto del interés inmobiliario. La recuperación de estos espacios impulsó visiones retrospectivas de la relación ciudad-puerto en especial cuando en las dos últimas décadas del siglo XX se aceleraron “las innovaciones tecnológicas” y las reglas aperturistas del comercio internacional requirieron acelerar las transformaciones en la morfología de los frentes portuarios. Argentina no fue una excepción (Alemany Llovera, 2015).

En las ciudades portuarias más emblemáticas del mundo, la refuncionalización de las áreas en desuso repercutió favorablemente en lo que hace al patrimonio cultural portuario, marítimo y costero porque muchos proyectos para ser aprobados requerían la creación de innovadores espacios culturales, museos y salas temáticas, tomando por eje el patrimonio y la identidad del lugar, pero también con un propósito muy claro de que esto se debía articular con el desarrollo de la industria turística e inmobiliaria (Marnot, 2015).

En Buenos Aires, la reconversión de Puerto Madero y en Rosario, la construcción del Complejo Parque de España, son jalones iniciales de ese proceso urbanístico que implicó a las máximas autoridades políticas y que transformaron radicalmente la fisonomía de estas grandes ciudades. Por otra parte, actores de la sociedad civil, que también percibían el cambio de época, quisieron ser escuchados con iniciativas que contemplaban la apertura de salas y hasta museos como nuevos lugares para la memoria. Algunas de estas se concretaron, logrando rescatar objetos, maquinarias, fotografías, mapas, etc. y menos aún son los que pudieron perdurar hasta el presente por la falta de presupuesto y apoyo oficial.

Benito Quinquela Martín, en la ribera de la Boca del Riachuelo, (con un sentido artístico y social), fue uno de los pioneros en la patrimonialización de la ribera portuaria en la Argentina, y lejos de haber fracasado, su legado se mantiene y expande.

El impacto de la modernización en la infraestructura portuaria y el comercio marítimo internacional de finales de siglo XX repercutió también en el ámbito académico científico. Dentro de las Ciencias Sociales, geógrafos, arquitectos y urbanistas marcharon a la vanguardia convocados por actores públicos y privados para comprender “las diferentes etapas de la evolución del puerto y su ciudad, junto a los estudios de rentabilidad económica”. Se conformaron grupos de trabajo, cátedras especializadas y asociaciones internacionales, (con el inusual apoyo de programas y proyectos patrocinados por la entonces flamante Unión Europea) que produjeron un

caudal de producciones que dieron origen a un corpus de indispensable consulta para los estudiosos de las ciudades portuarias.

En España, Agustín Guimerá Ravina y Fernando Monge, siguiendo el camino trazado por Frank Boeze y por autores como Carlos Martínez Shaw, instaron a una nueva visión de las ciudades-puerto que incluyera a “los protagonistas de las ciudades portuarias, la propia gente”, haciendo uso de las herramientas de la historia social, la historia de la cultura y la antropología (Monge, 1998).

Sin embargo, alejado de estos avances historiográficos, en la Argentina el estudio de los puertos había quedado subsumido en el tratamiento de la evolución socioeconómica del país, la historia naval, o en la historia local. Tuvieron que pasar muchos años para que se comenzara a indagar sobre los puertos como bienes culturales y lugares de la memoria.

Existen distintas tradiciones teóricas y experiencias en el tratamiento del patrimonio portuario. Inglaterra, España y en otros puntos de Europa meridional se reconoce como marco referencial a la Arqueología Industrial, como una derivación del camino abierto por el Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial, creada en 1973, y documentos de la ICOMOS-UNESCO sobre Patrimonio Industrial.²

En 2019 se realizó en Tarragona, España, las XI Jornadas de Arqueología Industrial, enfocada especialmente en el Patrimonio Portuario: en ese encuentro se definió que “Todos los elementos que nos ha legado el pasado y que los modernos transportes marítimos están dejando al margen de la actividad actual, conforman un riquísimo patrimonio portuario material e inmaterial que tiene que mantenerse porque es un bien cultural histórico, pero también porque puede contribuir al futuro desarrollo sostenible de la ciudad portuaria”.³

Desde el Núcleo de Ciudades Portuarias Regionales, creado en el 2016, en el seno del IDEHESI-CONICET se propone que el Patrimonio Portuario hace al Patrimonio Cultural y forma parte del Patrimonio Industrial, pero al mismo tiempo involucra aspectos que lo exceden y requieren el diálogo con otras áreas patrimoniales, al entender al puerto como el producto del sistema relacional ciudad-puerto-región

² Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial (TICCIH), <https://ticcih.org>

³ Conclusiones de las XI Jornadas de Arqueología Industrial de Cataluña Puerto de Tarragona, 21-23 noviembre de 2019. Aprobadas en la última sesión del 22 de noviembre de 2019. En publicación de las actas digitales: https://www.amctaic.org/wp-content/uploads/2024/01/XI_Jornades_Arqueologia_Industrial_de_Catalunya.pdf

(hinterland y foreland).

Lejos se está, por lo tanto en nuestro ánimo, de adoptar una postura “fetichista” hacia los edificios, herramientas, embarcaciones, muelles, etc., otorgándoles una dimensión únicamente material. Se propone, en cambio, observarlos en su condición de productos culturales, que encierran significados y valoraciones que, en sí mismos, que fueron variando según tiempo y espacio, y que reflejan una historia compartida entre el puerto y los habitantes de la ciudad y la región.

Gracias al Programa Ecosur, de Cooperación Científica entre Francia y Argentina, que nos permitió realizar misiones académicas de intercambio con el Centre Francois Vieté, de la Universidad de Bretaña Occidental, especializado en historia de la tecnología accedimos a abordajes innovadores que en la medida de las posibilidades comenzamos a aplicar en el país.

La primera ha consistido en trabajar el patrimonio portuario a través de tres vectores: A) actores de las ciudades portuarias, B) saberes transmitidos, y C) artefactos provenientes de esa relación. (Rohou, Laubé, Gerlatti, 2017). De allí que enfatizamos la identificación de actores como hacedores de ese patrimonio material e inmaterial, en el pasado y en el presente, enriqueciendo, a través de sus testimonios, perspectivas y vivencias identitarias, la construcción plural de la memoria colectiva. Resultaba por lo tanto conveniente convocar, escuchar y dar cabida a ellos, en especial a los actores del interior de la comunidad portuaria. De allí los coloquios realizados y ponencias presentadas al respecto en ámbitos portuarios y no sólo universitarios.

Asimismo experimentamos una ontología digital participativa, aunque encontramos grandes limitaciones para avanzar en la carga de los formularios. Mucho más práctico ha sido avanzar en la elaboración de un mapeo de los actores de las ciudades portuarias por época, comenzando por Brest y Rosario. Los resultados también son preliminares.

A la mencionada línea de trabajo: la identificación de actores, saberes y artefactos y se agregó una nueva a través de otro grupo de investigación que el Centro Francois Viete dispone en la Universidad de Nantes: y que por entonces estaba abocado al estudio de “las riveras como ámbito de una lectura de los horizontes y saberes técnicos de una época”. Se entiende que “Las orillas y los horizontes del mar son vectores de circulación de conocimientos y saberes científicos y técnicos, de materiales y mercancías económicos y simbólicos, y de herramientas y maquinaria agrícolas e industriales en la globalización industrial de la era contemporánea”, donde se ponen de

relieve dos conceptos: “la multiplicidad y superposición de las temporalidades implicadas”. (Mocellin, Teissier, 2020, p.6)

Esta invitación a la historia comparada nos llevó en un trabajo en equipo entre varios colegas a indagar sobre el caso de las riveras y horizontes tecnológicos entre Francia y Argentina al relevar puertos donde intervinieron en su construcción ingenieros franceses y se emplearon maquinarias de ese país: Rosario, Arroyo Pareja, Mar del Plata y Quequén, en el período 1900-1930. (Rohou, et. al 2020)

Otra línea que se lleva adelante en la Escuela Nacional de Ingeniería de Brest (ENIB) donde funciona el Centro Europeo de la Realidad Virtual se desprende de la reconstrucción y representación 3 D de puertos, herramientas portuarias y faros históricos, con una finalidad docente y museística. Por ejemplo, unos lentes especiales permiten al ciudadano de hoy recorrer a pie el puerto y arsenal de Brest en el siglo XVIII o su fábrica de fundición de barcos. Esto no se hubiera podido hacer sin los datos históricos otorgados por una investigadora del Centro Francois Viete.

El año pasado, el ENIB impulsó un proyecto de Cátedra Unesco denominada "Realidad virtual para el patrimonio: formación y mediación", con especialistas de los cinco continentes porque las herramientas digitales de realidad virtual aumentada están siendo utilizadas para la puesta en valor de los paisajes culturales portuarios, teniendo en cuenta un público cada vez más familiarizado con los entornos virtuales.

También dependiente de la Universidad de Bretaña Occidental, pero en la ciudad de Quimper, existe un Observatorio de Patrimonio Marítimo Cultural, que trabaja en estrecha relación con las autoridades costeras, y que ha colaborado en un bellissimo y muy completo “Atlas del Patrimonio Marítimo de Finisterre”. Allí se sostiene que: “El patrimonio elegido por una sociedad se decreta en un momento crucial en el que esa sociedad debe cambiar sin «perder su alma». En el fondo, no existe el patrimonio en sí, sino dinámicas patrimoniales con fines estratégicos e identitarios. La construcción del patrimonio se inscribe siempre, más o menos abiertamente, en una relación de fuerzas. Así pues, la decisión de promover el patrimonio costero y marítimo es un acto estratégico destinado a obtener el reconocimiento de las características específicas de la identidad costera y a afirmar la existencia de un tipo particular de sociedad, un tipo particular de territorio y cultura”. (Péron-Marie, 2010, p.7)

Tanto en el caso de aquel grupo que estudia a las riberas como horizontes tecnológicos como este que estudia el patrimonio de los litorales marítimos, aún la más reciente propuesta surgida en Países Bajos del patrimonio histórico de la gestión del

agua, encuentran en los puertos, en uso o en desuso, grandes o pequeños, una condensación de lo que se ha perdido en otros lugares: “la íntima imbricación entre el puerto y el habitante urbano”, en las tres dimensiones, pasado, presente y futuro (Hein, 2020).

Muy lejos de estos abordajes bretones y las políticas patrimoniales aplicadas en Finisterre volveré a un caso argentino que me es muy cercano, es decir Rosario, ciudad que no posee un museo portuario o un centro de documentación portuaria, anhelo que perseguimos desde hace más de una década. Cuando sus instalaciones portuarias fueron desplazadas del centro de la ciudad hacia el sur y hacia el norte la costanera rosarina se embelleció. Ahora la población tiene acceso directo al paisaje ribereño, y se produjo un boom inmobiliario de los barrios contiguos. Kilómetros de antiguas instalaciones portuarias desde hace treinta años son parques con nueva forestación y lugares gastronómicos. Debajo y por sobre esa capa de bello paisaje, se encuentran restos materiales (vías, cadenas, túneles, aros, grúas) y en el río dolfinos, restos de cintas de descarga, y muelles), del que fuera uno de los complejos portuarios industriales más grandes de Sudamérica. Sin embargo no hay un cartel que lo recuerde, y lo que es más preocupante, no se informa sobre los accidentes que ocasionalmente puede ocasionar topar o caerse con uno de estos rezagos industriales.

Este lugar se transforma en noticia cuando se produce un derrumbe en algún sector de la costanera dejando a la luz que en la ribera y el puerto de 2024 está sostenido por los mismos pilares construidos por los franceses, habilitados en 1905, sin mantenimiento, sin inversión.

Es decir, hay un desfase de al menos dos décadas en cuanto estudios e inversión entre las propuestas patrimoniales observadas entre aquella región de Francia donde el Estado, los gobiernos regionales y municipales y las Universidades juegan un papel fundamental, y lo que sucede en nuestro país.

Por otra parte, en los países más avanzados se está transitando una nueva oleada tecnológica en materia naval y portuaria más radical que la de hace treinta años, caracterizada con la automatización de las operaciones y el ideal de alcanzar la consideración de “Smart ports” puertos inteligentes homologados con procedimientos de inteligencia artificial, y el uso de energías renovables.

Como viene sucediendo desde los 90 del siglo XX, los integrantes de la comunidad portuaria de mayor edad se encuentran perplejos ante un nuevo cambio de época que tiene en común la pérdida de funciones, prácticas y saberes, se sienten

prescindibles, que ya no tienen lugar y su memoria parece también no tenerla. El pase a retiro anticipado es la nota característica, tanto en las terminales como en los entes administradores y de control.

El concepto de Pierre Nora, “la historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en el presente eterno”, (Nora, 2009, p.20) nos pone frente a la evidencia de que de la mano de la falta de presupuesto y políticas se diluyen las posibilidades de generar ámbitos de memoria y se alejan las posibilidades de patrimonialización de un acervo documental necesario para la investigación histórica.

Así se desprende de trabajos presentados en los ocho coloquios internacionales de patrimonio portuario que hemos organizado desde el Núcleo de Ciudades Portuarias Regionales, donde cada vez son más las ponencias tendientes a rescatar los lugares de memoria conexos a los espacios portuarios marítimos y fluviales, (incluidos las vivencias de los mismos actores) los que en su mayoría no son obra de historiadores sino de antropólogos, arqueólogos, sociólogos, urbanistas, y gestores culturales, etc. Trabajos que además de dar cuenta de los escasos recursos disponibles se señalan los grados de conflictividad de los procesos de patrimonialización, donde se encuentran y hasta colisionan diferentes narrativas en disputa e intereses. (Téllez Luque, 2013) También se advierte un mayor involucramiento de provincias y municipios (a partir de la cesión de jurisdicción efectuada en 1992 por la Nación) por indicar al menos la existencia de sitios de memoria, o acompañar iniciativas vecinales.

Cada vez es mayor la aceptación entre los profesionales provenientes de las Ciencias Sociales que los espacios portuarios son un lugar de encuentro interdisciplinar, y no lo puede ser de otra manera siendo estructuras sociales tan complejas, que en un proceso histórico generan discursos, moldean identidades, inciden en el desarrollo social y a su vez son modificados por ese mismo proceso. (Sandrín-Biangardi, 2014). Son la primera vanguardia de los procesos globales.

Argentina tiene más de un centenar de puertos: los principales emplazados en populosas ciudades y regiones que han configurado en el devenir histórico. Cuenta con vías navegables que unen provincias y países, 21 mil kilómetros de costas (incluyendo la Antártida Argentina). Los historiadores de estos espacios, habitualmente con escaso apoyo material, tienen por delante el desafío de abrirse al diálogo intra e interdisciplinar para historiar a los puertos en su complejidad y no sólo como terminal operativa; y al mismo tiempo promover acciones de patrimonialización, para lo cual es indispensable

un mayor apoyo institucional público y privado, fuera y dentro del sistema científico.

Referencias bibliográficas

- Alemany Llovera, J. (2015). Incidencia del puerto en la ciudad. La experiencia latinoamericana de renovación de los "waterfronts". Revista Transporte y Territorio, 23. Buenos Aires.
- Ana María Téllez Luque (2013), "El patrimonio: Un espacio en disputa y construcción", Concepción-Chile, en *Revista NuestrAmérica*, Vol. 1, N°1.
- Bruno Marnot (2015), Les villes portuaires maritimes en France, XIX-XX, siècle, París, Armand Colin.
- Bruno Rohou, Miguel De Marco (h), Gustavo Chalier, Martin Petersen, (2020) "Modernisation et construction de quatre ports argentins au début du xx e siècle. Rivages techniques entre la France et la pampa entre 1902-1930", Nantes, en Cahiers Francois Viéte, N. 8
- Bruno Rohou, Sylvain Laubé, Serge Garlatti (2017). Periodizar y comparar la evolución de los puertos: interés cruzado de las humanidades digitales en el enfoque de la historia de la ciencia y de la técnica aplicada a los puertos de Brest (Francia), Mar del Plata, Rosario, Quequén y Arroyo Pareja (Argentina). En XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional Mar del Plata.
- Carola Hein (2020), *Adaptive Strategies for Water Heritage, Past, Present and Future*, Suiza, Springer Open.
- De Marco (h), M. Á., Chalier, G., & López, C. (2024). Aportes historiográficos sobre los puertos argentinos y la puesta en valor del patrimonio portuario en clave regional. *Temas de historia argentina y americana*, 1(32). Buenos Aires.
- Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del
- Fernando Monge (1998), Los estudios sobre historia portuaria: una perspectiva crítica y metodológica. *Hispania*, N.58/1, núm. 198.
- Francoise Péron, Guillaume Marie (2010), Bretagne, *Atlas du patrimoine maritime du Finistère*.
- Hein, C. (2020). *Adaptive strategies for water heritage: Past, present and future*. Springer Open. Suiza.
- Joan Alemany Llovera (2015), "Incidencia del puerto en la ciudad. La experiencia latinoamericana de renovación de los 'waterfronts'", Buenos Aires, *revista Transporte y Territorio*, N. 23.

- María Emilia Sandrín, Nicolás Biangardi (2014). *Los espacios portuarios: Un lugar de encuentro entre disciplinas*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Estudios-Investigaciones; 51) En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.365/pm.365.pdf>
- Marnot, B. (2015). *Les villes portuaires maritimes en France, XIX-XX siècle*. Armand Colin. París.
- Miguel Ángel De Marco (h), Gustavo Chalier, Carolina López (2024), “Aportes historiográficos sobre los puertos argentinos y la puesta en valor del patrimonio portuario en clave regional”, Buenos Aires, *Temas de historia argentina y americana*, Vol. 1 Núm. 32.
- Mocellin, R. C., & Teisseir, P. (2020). *Les mondes atlantiques dans le premier tiers du XX siècle. Un essai d'interprétation*. Cahiers François Viéte, 8. Nantes.
- Monge, F. (1998). Los estudios sobre historia portuaria: Una perspectiva crítica y metodológica. *Hispania*, 58(1), 198.
- Nora, P. (2009). *Les lieux de mémoire*. LOM Ediciones Trilce. Santiago de Chile.
- Péron, F., & Marie, G. (2010). *Bretagne, Atlas du patrimoine maritime du Finistère*.
- Pierre Nora (2009), *Les lieux de mémoire*, Santiago de Chile, LOM Ediciones Trilce. Plata.
- Rohou, B., De Marco (h), M. Á., Chalier, G., & Petersen, M. (2020). *Modernisation et construction de quatre ports argentins au début du XXe siècle. Rivages techniques entre la France et la pampa entre 1902-1930*. Cahiers François Viéte, 8. Nantes.
- Rohou, B., Laubé, S., & Garlatti, S. (2017). Periodizar y comparar la evolución de los puertos: Interés cruzado de las humanidades digitales en el enfoque de la historia de la ciencia y de la técnica aplicada a los puertos de Brest (Francia), Mar del Plata, Rosario, Quequén y Arroyo Pareja (Argentina). XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Mar del Plata.
- Ronei Clecio Mocellin-Pierre Teisseir (2020), “Les mondes atlantiques dans le premier tiers du XX siècle. Un essai d'interprétation”, Nantes, en Cahiers Francois Viéte, N. 8
- Sandrín, M. E., & Biangardi, N. (2014). *Los espacios portuarios: Un lugar de encuentro entre disciplinas*. Memoria Académica. Universidad Nacional de La Plata.

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Estudios-
Investigaciones; 51). Recuperado de
<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.365/pm.365.pdf>

Téllez Luque, A. M. (2013). El patrimonio: Un espacio en disputa y construcción.
Revista NuestrAmérica, 1(1). Concepción, Chile.

Panel: “Los estudios históricos y los problemas de la construcción (y cancelación) de los lugares de memoria”

El Sitio José Luis Romero como lugar de memoria¹

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO LIC. LUIS ALBERTO ROMERO

No sé si el Sitio José Luis Romero cabe en el universo de los lugares de memoria. Quizá algún lector pueda ayudarme a aclararlo. Se trata de un sitio digital dedicado a una persona, que tiene dos autores, ambos historiadores. A Nicolás Quiroga le interesa el cruce entre el universo digital y la investigación histórica en ese campo, hoy en expansión, donde ha conseguido que nuestro Sitio sea reconocido.

Mi interés es otro. Soy el albacea del legado de José Luis Romero, que juzgo importante. Lo vengo haciendo desde su muerte, en 1977. Reedité libros, armé compilaciones de sus artículos, gestioné traducciones, transformé un conjunto de clases desgrabadas en un libro *-Estudio de la mentalidad burguesa-* que se lee mucho. Y varias cosas más, que sigo haciendo.

En 2007 me crucé con Quiroga y surgió la idea de una edición en línea de las Obras Completas. Sin saber nada del mundo digital, intuí que era un excelente instrumento para mi propósito de albacea: el trasvasamiento generacional de un legado importante.

Durante seis años tuvimos el apoyo de la Universidad de San Andrés, por iniciativa de su rector, Carlos Rosenkrantz. Con ese apoyo, hicimos todo lo costoso. Después seguimos solos, con apoyos ocasionales de algunas Fundaciones, como la Williams. Ahora lo mantenemos los herederos de Romero

Se trata de un Archivo Digital de las Obras Completas de José Luis Romero, con todo lo necesario para su utilización en el campo de las Humanidades Digitales. Esto es, un producto presente y también una apuesta a un desarrollo futuro. A algo más de diez años del comienzo, la edición crítica de las Obras Completa está prácticamente terminada.

¿Misión cumplida? No, pues sobre la marcha se nos aparecieron las muchas posibilidades que ofrece la edición digital, y comenzamos una diversificación que hoy

¹ Palabras pronunciadas en la sesión pública del 8 de octubre de 2024 en la Academia Nacional de la Historia.

sigue abierta. Todo es tentador. En suma, somos un Sitio "en proceso", "becoming", un término presente en algunos de los debates actuales sobre el mundo digital y la memoria social.

La primera extensión consistió en reunir todos los trabajos escritos sobre Romero, desde el texto seminal de Tulio Halperin de 1980 hasta la más pequeña reseña bibliográfica sobre *Las ideas políticas en Argentina* publicada en algún diario en 1947.

La segunda apertura fue solicitar textos originales, referidos a algún aspecto de la obra de Romero. La invitación fue y sigue siendo muy amplia. Ya cosechamos 70 textos, entre historiadores maduros y jóvenes. Estos, particularmente, estudiaron a Romero con la mente abierta y distanciada y tomándose muy en serio su trabajo. Ellos son el logro más importante, desde el punto de vista del trasvasamiento generacional.

La tercera apertura comenzó en 2022, cuando empecé a revisar el archivo de papeles de Romero. Encontré un par de libros, inéditos, que ya están en el Sitio. Uno, de 1955, es interesante para reconstruir el largo proceso de formación de su idea de "cultura occidental", que redondeó al final de su vida. En su correspondencia con José Ferrater Mora entre 1944 y 1955 -incluida en el Sitio- le va contando los pasos en la maduración de la idea. El otro, "La estructura histórica del mundo urbano", lo estaba escribiendo a su muerte, combinando otros dos proyectos también inconclusos: la "Historia de la ciudad occidental" y una "Teoría empírica de la vida histórica".

Sobre la historia del mundo urbano occidental, un proyecto muy ambicioso que inició hacia 1965, hay en el archivo mucho material de trabajo, especialmente las guías de conferencias y cursos, muy detalladas, en las cuáles se ve al historiador desarrollando y redondeando su idea. Ya hay algunas en el Sitio.

Nuestro último avatar es la incipiente introducción en el mundo de las redes sociales. Desde hace unos años tenemos una cuenta de X, seguida por un nicho no muy numeroso de gente de historia. Pensando en otro grupo, y por iniciativa de un joven estudiante de historia, abrimos una cuenta en Instagram y comenzamos a producir podcasts con entrevistas sobre Romero; las primeras: Burucúa, Botana, Gorelik, Astarita. El hecho de que un joven, "historiador del mañana" se interese en el Sitio es ya de por sí muy auspicioso. Que se ofrezca a ser el mediador con la gente de su edad abre unas perspectivas que nunca imaginamos.

Aquí voy entrando en el último avatar de este Sitio: la entrega del Archivo personal de J.L. Romero a la Universidad de San Andrés: unas cincuenta cajas que en cuarenta años apenas había mirado, y que ahora estoy revisando, clasificando, ordenando

y eligiendo lo que puede ser incorporado al Sitio. Me extendo un poco en esto, que me parece importante para la relación entre archivos digitales y memoria.

Mi propósito es entregar el Archivo ordenado, para que los archivistas de San Andrés hagan "bien" su trabajo. Esto de "ordenar bien" es naturalmente una opinión, y una intervención. Soy consciente de que el ideal de los archivistas es recibir los papeles tal como estaban. Mi trabajo -para el caso de hoy llamémoslo mi intervención- consiste en entender qué es cada cosa, darle un orden y hacer un catálogo razonado. A la vez, seleccionar, reproducir y conservar todo lo que, de un modo u otro, puede ser interesante, para el Sitio, para historiadores que estén trabajando sobre algo, o quien sabe para qué. Imagino que el contacto de estos potenciales usuarios con el archivo físico será una empresa ardua, que desalentará a muchos, sobre todo a los nativos digitales.

En realidad, la intervención más importante, muy poco meditada, ocurrió hace treinta años, cuando con mis hermanas desarmamos la casa familiar, elegimos lo que queríamos y podíamos conservar -para el caso estas cincuenta cajas- y donamos el resto.

A veces, con mucha fortuna: su biblioteca de historia europea está el lugar justo: el Instituto de Historia Antigua y Medieval de la Universidad de Buenos Aires -hoy se llama José Luis Romero-, donde fueron afectuosamente acogidas por su director, Hugo Zurutuza. Es una pena que, sumidas en el conjunto de la Biblioteca, no haya quedado la indicación del donante, algo que podría interesar a los estudiosos de su obra.

Otras fueron menos afortunadas. Parte del archivo, los ficheros, el archivo de imágenes, la mapoteca y una sección de la biblioteca fueron donadas al Instituto "Ravignani" de la Universidad de Buenos Aires. Hace unos años -todavía era director el profesor J.C. Chiaramonte, que había recibido la donación-, pregunté por ellos y nadie sabía nada. Desaparecido. La mapoteca -un mueble voluminoso. con mapas recolectados en sus viajes- apareció hace poco, milagrosamente, en el Instituto de Geografía de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Fue encontrada en un baño abandonado del vetusto edificio de 25 de mayo, que alguien usó como depósito de cosas que nadie quería. El rumor de la existencia de esos mapas atrajo a los geógrafos, que le asignan un enorme valor. Hoy los investigadores del Instituto están ordenándolos, digitalizando y desarrollando una investigación sobre esa mapoteca. Un asombroso final feliz.

Estoy ordenando el archivo en parte con criterio biográfico -reconstruir su trayectoria de historiador y hombre público- y en parte con un criterio que es el del propio J.L. Romero. Al momento de su muerte, en 1977, estaba trabajando sobre seis libros. Tenía 67 años y esperaba terminarlos antes de cumplir los ochenta, plazo que -

estimaba- correspondería a su vida intelectualmente útil. Para desarrollarlos, acumuló en seis grupos de cajas todo lo que, viejo o reciente, pudiera ser útil para cada uno de ellos. Aparecen por ejemplo notas de lecturas de los años cuarenta, junto con esquemas y anotaciones de los últimos años. No sé si se desprendió del resto de sus papeles de trabajo o está en esa parte perdida del archivo.

Esas cajas, y las de la correspondencia, son la parte más importante del Archivo actual. Con mi conocimiento de lo que hizo y lo que pensaba hacer, puedo poner algún orden lógico en esa masa de anotaciones y dejar indicado el proceso de reflexión y construcción de cada una de las obras proyectadas. En eso consiste mi intervención en el Archivo. No me imagino de qué modo será ordenado por el excelente y muy profesional equipo de archivistas de la Universidad de San Andrés.

Por otro lado, como decía, estoy haciendo algo así como una copia de lo más importante del Archivo, seleccionando todo lo que me parece que puede ser de interés para el Sitio. Ya se puede ver en la sección "Archivos" una muestra de ese material, en toda su diversidad. Por otro lado, ofrezco estos materiales a quienes se interesen por algún aspecto de su vida y obra. En cierto modo, se trata de una segunda intervención, cuestión que señalo porque, de todo esto, es lo que me parece tener alguna relación con el tema que nos convoca.

Poner algo en el Sitio requiere una decisión meditada, y en algún caso no sencilla. Recuerdo un texto breve -un par de carillas- escrito en octubre de 1955, sin firma, con una evaluación política del momento, muy franca, y una serie de sugerencias. Se que fue escrito para un funcionario del Servicio de Inteligencia, conocido entonces como el "capitán Gandhi". Soy consciente de que, aisladamente, puede servir para muy variadas lecturas de la posición de J.L. Romero en esos meses iniciales del gobierno revolucionario. Puedo elegir entre retenerlo, mandarlo al Archivo, ponerlo en el Sitio, muy a mano, o quizá dárselo a algún historiador o historiadora responsable que quiera escribir sobre ese momento.

En otro orden, hay cosas de índole más personal y familiar que pública. Por ejemplo, lo relativo a un teatrillo de títeres, que funcionó en la infancia de mis hermanas, entre 1940 y 1944: las obritas, en verso, los títeres, los telones, hechos y pintados a mano, el escenario de madera, con sus luces. Toda manufactura de J.L. Romero. Esto excede el concepto de Obras Completas, pero a la vez se trata de indicios de cosas que pueden ser significativas: su relación con el teatro como tema histórico, o como práctica, tal como se ve en los libretos de radioteatros históricos que escribió para el SODRE, la emisora

estatal uruguaya, y que pueden verse en el Sitio. También, su relación con la poesía, algo desconocido hasta para mí; su relación con lo artesanal, con las cosas hechas a mano, cuya importancia entiende cualquiera que lo haya conocido, pero de la que casi no quedan registros.

¿Corresponde integrar estas pequeñas cosas en un sitio académico serio? Creo que sí, pero advierto cuánto estoy poniendo allí de mi propia experiencia, cuánto estoy construyendo una cierta memoria de J.L. Romero. Lo digo simplemente para señalar que voy me voy acercando al tema específico de hoy: el lugar de un sitio digital referido a un gran historiador -él mismo un constructor de memoria-, realizado por alguien que, en el campo de los lugares de memoria, no escapa a la lógica de la construcción. Así, un poco de rondón, llegó al tema de hoy, la relación entre el nuevo mundo digital y la memoria y sus lugares.

Sé que es un tema muy controvertido. Veo que hay una concepción de la memoria histórica -que curiosamente debería llamarse tradicional- para la cual el mundo digital -todo el mundo digital- constituye una irrupción indeseada en un universo -el de la memoria colectiva- cuyos secretos muchos creían haber logrado develar y dominar. Según esa mirada -que básicamente comparto-, lo importante de esta cuestión no es la hojarasca circunstancial, fácilmente visible en las redes, sino aquello que se ha construido en procesos de larga duración, hasta instalarse en lo que A. Gramsci llamó el "sentido común".

En los términos clásicos de M. Halbwachs y E. Durkheim, se piensa en mentalidades colectivas relativamente homogéneas, grupales y epocales, fruto de largos procesos de construcción, maduración y declive. Es conocido que, dentro de esta perspectiva, Romero aportó su propia variante, que aparece en los ensayos de "La vida histórica", de 1945, y en "El hombre y el pasado", de 1976, donde sintetiza las ideas de uno de los libros que estaba escribiendo.

Desde este punto esa vista, algunos, como el escocés Andrew Hoskins, sostienen que la hiper conectividad y la hiper actividad que caracterizan al mundo digital, su virulencia e imprevisibilidad, son discordantes; más aún, son ajenas a esa noción de una memoria colectiva social construida, instalada. Para Hoskins, la irrupción del mundo digital ha terminado remplazando la memoria colectiva por lo que llama "memoria de la multitud", algo que indudablemente es descalificativo, que recuerda las ideas de otro clásico de principios del siglo XX: Gustave Le Bon.

Hoy hay otra corriente, que ha encontrado en Gabriel Tarde, un contemporáneo y contradictor de Durkheim, un referente para una versión menos catastrófica del impacto del mundo digital en la construcción de la memoria colectiva. Tarde no partió de la sociedad o el grupo sino de la iniciativa individual y su expansión por la vía de la imitación, de la cadena de imitaciones, con las que se construye la memoria social. Es clara la afinidad de estas ideas con la corriente del individualismo liso y llano, despreocupado de la existencia y de la explicación de los lazos sociales: una corriente que hoy despunta y que en general me resulta muy poco simpática.

Sin embargo, quienes estudian desde esta perspectiva el mundo digital y el de las redes subrayan dos cuestiones a las que somos sensibles los historiadores: la cuestión de la agencia, muy clara en estos procesos, y el problema de la contingencia, del estado de fluidez e incertidumbre de las percepciones sociales, que no necesariamente decantan, que frecuentemente se agotan en emergencias perturbadoras y efímeras, como una "historia" de Instagram que, según me han enseñado hace muy poco, cuál flor de un día, dura 24 horas.

Para esta corriente de estudiosos del papel de lo digital en la construcción de la memoria, ambos factores -agencia y contingencia- incluyen no solo la agencia humana sino también la digital, la del algoritmo, así como la interacción entre hombres y algoritmos y entre los algoritmos entre sí. Más aún -me explica Nicolás Quiroga- habría una interacción entre los algoritmos hoy existentes y los por venir, de acuerdo con la esperanza, que expresó Jerome McGann, de una "textualidad radiante". Imagino que, a Romero, que cultivaba la conversación, le habría gustado la idea.

Confieso que esto está en el límite de mi comprensión. Pero, confiando en Nicolás Quiroga, creo que nuestro sitio digital -lo que es y lo que puede llegar a ser- puede ser considerado dentro de esta perspectiva, e incorporado -por alguien más versado que yo- a esa variante sugestiva de los debates sobre los lugares de memoria.

Referencias bibliográficas

- Durkheim, Émile. *Lecciones de sociología*. Madrid. 1912.
- Halbwachs. Maurice. *La mémoire collective*. Paris, Presses Universitaires, 1968.
- Halperin Donghi, Tulio. "José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina". *Desarrollo Económico*, n° 78, Buenos Aires, 1980.
- Hoskins, Andrew. "Media, memory and emergence". *Media Development*, 2. 2010.

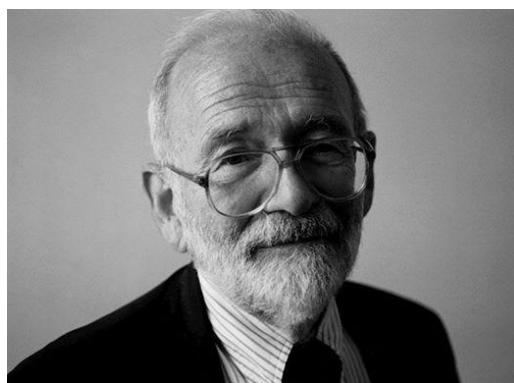
- Le Bon, Gustave. *Psychologie des Foules*. Paris, 1895.
- McGann, Jerome. *Radiant Textuality. Literature Since the World Wide Web*. Palgrave/St Martins, 2001.
- Romero, José Luis. *Correspondencia con José María Ferrater Mora, 1944-1967*.
https://jlromero.com.ar/archivos_jlr/romero_ferrater_mora/
- Romero, José Luis. *José Luis Romero Obras completas*. www.jlromero.com.ar
- Romero, José Luis. *La cultura occidental. La Segunda Edad*.
https://jlromero.com.ar/archivos_jlr/la-cultura-occidental-la-segunda-edad/
- Romero, José Luis. *La estructura histórica del mundo urbano*.
https://jlromero.com.ar/archivos_jlr/la-estructura-historica-del-mundo-urbano/
- Romero, José Luis. *La historia y la vida*. Buenos Aires, 1946
- Romero, José Luis. *La vida histórica*. Buenos Aires, 1987.
- Romero, Luis Alberto. "Diez años del sitio José Luis Romero". *Investigaciones Y Ensayos*, 1, (73), Buenos Aires, 2022.
- Tarde, Gabriel. *Las leyes de la imitación: estudio sociológico*. Madrid, 1907.

NOTICIAS INSTITUCIONALES Y DE NUESTROS ACADÉMICOS

Conversaciones en torno a Tulio Halperín Donghi en Montevideo

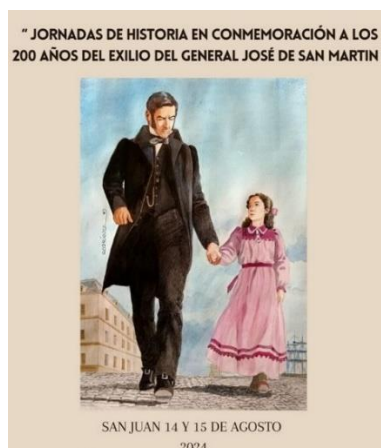
El presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Fernando Devoto, participó en una serie de conversaciones historiográficas en torno a la obra de Tulio Halperín Donghi, con los académicos correspondientes en el Uruguay Gerardo Caetano y José Rilla, además de otros destacados historiadores uruguayos.

La reunión fue organizada por el archivo general de la Universidad de la República. Los encuentros se realizaron entre el miércoles 25 y el viernes 27 de septiembre en la sede del Archivo General de la Udelar.



Jornadas de historia en conmemoración a los 200 años del exilio del general José de San Martín

La Academia fue especialmente invitada a las Jornadas en conmemoración del exilio del General San Martín realizadas en San Juan los días 14 y 15 de agosto. Estuvo representada por las académicas de número, doctora Beatriz Bragoni quien expuso sobre «El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond» y por la Secretaria Académica, licenciada Susana Frías que en «De Buenos Aires a El Plumerillo» se refirió a distintos aspectos del auxilio prestado por Buenos Aires entre 1814 y 1816.



Jornadas del Grupo de Trabajo sobre Historia de la Población «Los fracasos en la América meridional durante el siglo XVIII. Casos de estudio»

El martes 16 de abril, por invitación del Grupo de Trabajo sobre Historia de la Población de la Academia Nacional de la Historia, el Dr. Pedro Omar Svriz Wucherer (Casa de Vélazquez/Universidad Pablo de Olavide) y la Dra. Rocío Moreno Cabanillas (Casa de Vélazquez/Universidad de Sevilla) presentaron dos casos de estudio sobre la política borbónica en América meridional durante el siglo XVIII. La actividad fue presentada por el Presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Fernando Devoto y coordinada por la directora del Grupo de Trabajo de Historia de la Población, Lic. Susana Frías.



II Jornadas: Enfoques, métodos y técnicas de investigación histórica Seminario: Una nueva generación reflexiona sobre la historia, hoy

El Grupo de Trabajo para la actualización de métodos en la Investigación Historiográfica, dirigido por el académico, Dr. Miguel Ángel De Marco y coordinado por la Dra. Adela M. Salas, realizó la II jornada «Enfoques, métodos y técnicas de investigación histórica» los días 22 y 23 de abril de 2024.

La conferencia de apertura fue dada por el Presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Fernando Devoto, y la de cierre quedó a cargo del Académico de

Número Dr. Miguel Ángel De Marco.

Entre los expositores se encontraron: Gerardo Rodríguez (CONICET/ UNMdP/ ANH), Laura Carbó (UNMdP), Lidia Raquel Miranda (CONICET/ UNLPam), Juan Bustos (Universidad del Valle, Cali, Colombia), Carlos Mugueitio Manrique (Universidad del Valle, Colombia), Silvana Cecarelli (UCA/UNMdP), Jorge Luis Fabián (USAL), Victoria Carsen (USAL- UCA), Carlos Vertanessian (Instituto Nacional Sanmartiniano), Matías Dib (USAL- Instituto Nacional Belgraniano), Marcelo Correa (CONICET- Universidad Nacional de Salta/ UCASAL), Viviana Bartucci (USAL), Ariel Alberto Eiris (CONICET- UCA- USAL), Alba Acevedo (UNCuyo), Agustina Duprat (UNCuyo), María Gabriela Pauli (UNLitoral), Pablo Cowen (UNLP), Josefina Mallo (UNLP) y Adela Salas (USAL).



Seminario: Una nueva generación reflexiona sobre la historia, hoy.

El 19 de noviembre se realizó el seminario “Una nueva generación reflexiona sobre la historia, hoy”, organizado por los académicos de número doctores Fernando Devoto, José Emilio Burucúa y Andrés Regalsky. La actividad contó con las disertaciones de los investigadores doctores Miranda Lida (Conicet, UDESA), Omar Acha (Conicet, UBA), Magdalena Candiotti (Conicet, UBA), Marina Franco (Conicet, UNSAM) y Nicolás Kiawtkowsky (Conicet, UNSAM).

Encuentro de Academias Hispanoamericanas de la Historia

El presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Fernando Devoto, y el académico de número Arq. Ramón Gutiérrez, participaron del 4 al 5 de octubre en el “Encuentro de las Academias Hispanoamericanas de la Historia: Una historia compartida y sus Academias”, organizado por la Real Academia de la Historia y la Fundación Obra Pía de los Pizarro, el cual se celebrará en Trujillo de Extremadura.



Donación a la Academia

El 17 de enero del 2024 la Academia recibió en su sede al arquitecto Jorge Bayá Casal, en representación de sí y de sus hermanos, la donación del retrato en óleo de María Eugenia del Mármol de Carranza, pintado en 1912 por Francisco Macías Mac Dougall. El acto constituyó un capítulo más de los muchos vínculos que miembros de generaciones precedentes de esa familia tuvo con esta institución a comenzar por sus miembros de número, Adolfo P. Carranza y Raúl de Labougle.



Premio Perfil al Académico de Número José Emilio Burucúa

El Dr. José Emilio Burucúa fue distinguido con el Premio Perfil en la categoría “Mejor Expresión en Obra de No Ficción” por su obra *Civilización: Historia de un concepto*. El galardón fue entregado por la periodista Rosario Ayerdi, editora de política de diario Perfil. Burucúa inició su discurso preguntándose: «¿Qué decir, ¿cómo ordenar? En primer lugar, quiero agradecer al jurado, a la editorial Perfil por el trabajo que se han tomado. Como decía Leila Guerriero en una entrevista reciente: lo mejor es ser galardonado por personas a la que uno estima mucho por su saber. Una forma de reconocimiento de pares. Eso es lo mejor que le puede pasar a un trabajador de la cultura, del arte y de la ciencia».



Homenaje al Académico de Número Isidoro J. Ruiz Moreno

Se realizó un homenaje al Académico de Número doctor Isidoro J. Ruiz Moreno en el marco de cierre del ciclo 2024 de la Diplomatura en Historia Argentina del Instituto de Cultura CUDES, el miércoles 27 de noviembre, organizado por la misma institución. El Académico de Número y ex-presidente de la Academia Nacional de la Historia doctor Miguel Ángel De Marco presentó una semblanza en nombre de la Academia en homenaje a Isidoro J. Ruiz Moreno.



Incorporación de Marcela Ternavasio como Académica Correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

La Académica de Número Dra. Marcela Ternavasio, ha sido incorporada como Académica Correspondiente en la provincia de Santa Fe de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas el 29 de mayo de 2024. La apertura del acto estuvo a cargo del Académico vicepresidente de la ANCMYP y Académico de número en nuestra institución, Luis Alberto Romero. Su presentación a cargo del Académico de Número de la ANCMYP y Académico de Número en nuestra institución, Natalio R. Botana. La Dra. Marcela Ternavasio disertó sobre el tema: “Los orígenes de la variante plebiscitaria de la República en el Río de la Plata”.



Actos de incorporaciones de académicos

A lo largo de diferentes sesiones públicas durante el año 2023, se realizaron actos de incorporación de los nuevos académicos, tanto de número como correspondientes. Las actividades se realizaron en la sede del Antiguo Congreso Nacional. El 14 de mayo dio su discurso de incorporación el Académico de Correspondiente en el Uruguay José Rilla Manta, quien disertó sobre “Atado al mástil: Carlos Real de Azúa, la Revolución y el Tercer Mundo durante la Guerra Fría (1948-1965)” y fue presentado por el Académico de Número Dr. Natalio Botana.

En la sesión del 13 de agosto se incorporó como Académico de Número el Lic. Pablo Gerchunoff, quien fue presentado por el Académico de Número Dr. Hernán Otero y expuso sobre “King Lear: El papel de los yrigoyenistas en la caída de Yrigoyen”.

La incorporación de la Dra. Andrea Lluch como Académica Correspondiente en La Pampa se realizó el 10 de septiembre, cuyo acto fue presentado por el académico de número Dr. Eduardo José Míguez. La nueva académica expuso sobre: “El capitalismo argentino en debate: empresas, productividad y educación”.

Todas las disertaciones se encuentran reproducidas en el presente Boletín Digital.



Paneles historiográficos

A lo largo de diferentes sesiones públicas de la Academia Nacional de la Historia se presentaron paneles sobre diversas cuestiones historiográficas, que contaron con las exposiciones de académicos y destacados investigadores invitados.

El 9 de abril se presentó el Panel: “La moneda argentina. Pasado y Presente”, con la coordinación del Académico de Número Dr. Eduardo José Míguez. La apertura del acto estuvo a cargo del Presidente, Dr. Fernando Devoto y disertaron los académicos de número Dr. Andrés Regalsky, Dr. Javier Ortiz Batalla y el Lic. Pablo Gerchunoff, junto con el doctor Carlos Marichal.

A continuación, el 11 de junio se desarrolló el Seminario: “Balance y perspectivas de la historiografía militar en la Argentina” cuya apertura del acto estuvo a cargo del Vicepresidente 1° de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Eduardo José Míguez. La coordinación estuvo a cargo del Académico de Número Dr. Ezequiel Abásolo y las exposiciones fueron realizadas por miembros del Grupo de Trabajo de Historia Militar de la Academia Nacional de la Historia, Académico de Número capitán

de navío Dr. Guillermo Andrés Oyarzábal, Dr. Germán Soprano (CONICET/UBA), Dr. Hernán Cornut (UNDEF) y el invitado Mg. Luis Dalla Fontana (UNDEF).

El último panel fue el titulado “Los estudios históricos y los problemas de la construcción (y cancelación) de los lugares de la memoria”, el mismo contó con las exposiciones de los doctores Roger Chartier (Collège de France), Beatriz Bragoni (Conicet, UNCuyo), Miguel Ángel De Marco (h) (Conicet), el licenciado Luis Alberto Romero (Conicet, UBA) y Daniel Sazbón (UNSAM).

Parte de las exposiciones se encuentran reproducidas en el presente Boletín Digital.

Presentaciones de libros

El día 27 de agosto se realizó la presentación del *Diccionario del Peronismo (1955-1969). Trayectorias, hechos, procesos, organizaciones, correspondencia, publicaciones periódicas y libros de una época*, editado por la Universidad Nacional de San Martín y el Centro de Investigación y Documentación sobre el peronismo. La actividad contó con las palabras iniciales del presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Fernando Devoto. La actividad estuvo coordinada por el académico de número Dr. Claudio Panella (ANH, UNLP) y contó con las exposiciones de los doctores Dario Pulfer (Cedimpe, UNSAM) y Mercedes Prol (UNR), Raanan Rein (ANH, Universidad de Tel Aviv), Horacio Sánchez de Loria (ANH), Isela Mo Amavet (BCN), María del Mar Solís Carnicer (UNNE), Julio Melon Pirro (ANH, UNICEN) y Sandra Gayol (UNGS).

Por otra parte, organizado por el Instituto “Julio A. Roca” y el Museo Roca, se realizó en la sede de este último la presentación del libro *Roca*, escrito por el Académico de Número Dr. Miguel Ángel De Marco, quien estuvo acompañado en su presentación por el señor Roberto L. Elissalde y Miguel Ángel De Marco (h).

Se presentó también la segunda edición ampliada del libro *La economía de Perón*, obra publicada por la institución con una importante contribución del Banco Ciudad en 2020. Sus editores fueron los académicos de número doctores Roberto Cortés Conde y Javier Ortiz Batalla, junto con Gerardo Della Paolera y Laura D’Amato.

Entrega de premios y distinciones

El martes 12 de noviembre tuvo lugar la última Sesión Pública del año en el Antiguo Recinto del Congreso Nacional. La misma estuvo a cargo del señor Presidente de la Academia, Dr. Fernando Devoto, y contó con la presencia de otras autoridades, miembros de número y correspondientes.

En la apertura del acto, se entregaron diplomas de reconocimiento a quienes realizaron donaciones y contribuciones a la Institución durante el corriente año. A continuación, hubo una disertación de la Académica de Número Dra. Beatriz Bragoni.

Por último, se entregaron diplomas a los ganadores del Premio «Academia Nacional de la Historia – Obras Inéditas 2024», y a los egresados con mayor promedio en la carrera de Historia, promoción 2023. Los ganadores del Premio «Academia Nacional de la Historia – Obras Inéditas 2024» fueron en primer lugar la doctora Laura Cucchi, por su obra *La República y “la causa de la democracia”. Diaristas, impresores y tipógrafos en Buenos Aires, 1867-1873*, en segundo lugar la mención honorífica para el trabajo del doctor Mariano Ignacio Kloster, *La conformación de la cara externa de la soberanía de las Provincias Argentinas. Un análisis de la atribución de las relaciones exteriores, entre los congresos constituyentes de las décadas de 1820 y 1850* y el tercer lugar con mención honorífica para José Sovarzo y su escrito *El Complejo Portuario Seco cordillerano y la región mendosajuanina, en el circuito mercantil región Río de la Plata-Santiago en el Reino de Chile. Las economías de Mendoza y San Juan a fines de la dominación hispánica en América*.

NOVEDADES EDITORIALES

Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia

Números 77 y 78 de la revista *Investigaciones y Ensayos*

La revista continúa en un proceso de ampliación de sus indexaciones, con una periodicidad semestral. Se encuentra en las bases Latindex 2.0, AmeliCA, DOAJ, Dardo, EZB, Dialnet, EuroPub, MIAR, CiteFactor, Aura y Binpar.

El número 77 contó con un Dossier titulado «Santa Fe. El largo proceso de su consolidación urbana y proyección territorial» coordinado por el Académico de Número doctor Alejandro Damiánovich, con artículos de Aldo Gastón Green, Luis María Calvo, Herib Caballero Campos, Verónica Domínguez, María Inés Montserrat y Miguel Ángel (h) De Marco.

En el número 78 se presenta el Dossier titulado «Historiadores y escritos autobiográficos: vínculos, lecturas, préstamos, influencias. Argentina, Paraguay, Uruguay» coordinado por Liliana M. Brezzo y Tomás Sansón Corbo, con artículos de Andrés G. Freijomil, María Gabriela Micheletti, Liliana M. Brezzo y Tomás Sansón Corbo.

Visible online en: <https://iye.anh.org.ar/index.php/iye/issue/view/30>

Índice Histórico Argentino 2023

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA



ÍNDICE HISTÓRICO ARGENTINO
2023

Grupo de Trabajo
"Índice Histórico Argentino"
2023

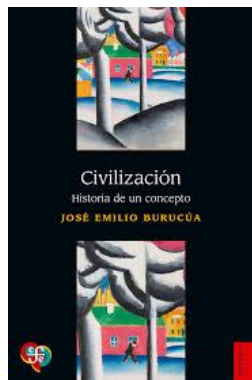
Esta publicación es realizada por el grupo homónimo, dirigido por Académico de Número Dr. Horacio Sánchez de Loria. La publicación recoge todas las novedades editoriales publicadas en el año 2023, con una breve referencia a cada una de ellas. Se encuentra indexada en EuroPub, CiteFactor, Latinoamérica y Binpar.

Puede descargarse gratuitamente en:

<https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/784>

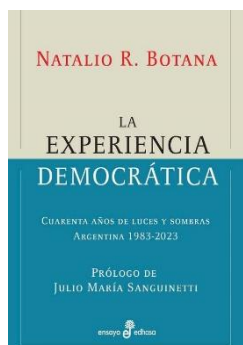
Publicaciones de los académicos

JOSÉ EMILIO BURUCÚA, *Civilización. Historia de un concepto*, Buenos Aires Fondo de Cultura Económica, 2024.



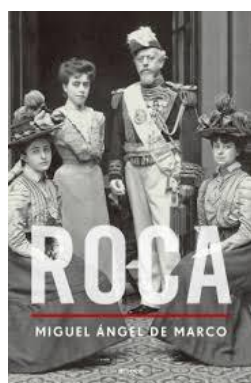
Este libro propone una exploración exhaustiva del concepto de civilización, desde su protohistoria nebulosa en la que se expresaba la idea de algo muy semejante a lo que se llamaría con esa palabra a partir de mediados del siglo XVIII hasta la modernidad globalizada de nuestros días. Si bien los fenómenos del colonialismo y el imperialismo buscaron su legitimación en la presunta y falaz superioridad occidental, José Emilio Burucúa establece un hiato profundo entre el origen europeo e iluminista del concepto y su voluntad de convertirlo, modificarlo, transformarlo en una noción capaz de dar cuenta de las creaciones culturales de otros horizontes geográficos e históricos.

NATALIO BOTANA, *La experiencia democrática. Cuarenta años de luces y sombras. Argentina 1983-2023*, Buenos Aires, Edhasa, 2024.



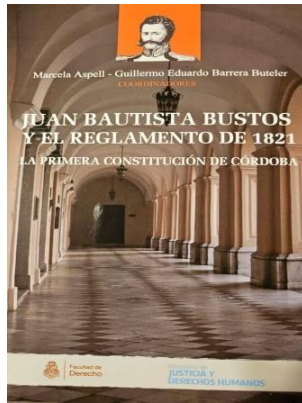
Natalio Botana analiza los avatares de la política diaria, el glosario de las decisiones acertadas o ruinosas, las dramáticas cifras de la economía, la persistencia de la corrupción y el desencanto de la ciudadanía en los último cuarenta años. Pero también el modo en que esta trama de luces y sombras impactó en la sociedad y las instituciones, y qué desafíos y peligros hereda nuestro futuro.

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, *Roca*, Buenos Aires, Emecé, 2024.



Miguel Ángel De Marco, refleja la larga vida del dos veces presidente de la Argentina, general Julio A. Roca, en una nueva entrega de sus trabajos escritos en el género biográfico. Allí une su vida privada, con sus actuaciones militares y políticas en el marco del contexto de su época que reconstruye.

MARCELA ASPELL (COORD.), *Juan Bautista Bustos y el Reglamento de 1821. La primera Constitución de Córdoba*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba y Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Córdoba, 2024.



La Académica de número Dra. Marcela Aspell ha coordinado con el Dr. Guillermo Eduardo Barrera Buteler el libro en el libro que colaboran un grupo de prestigiosos profesores de universidades americanas y españolas. Entre ellos debe señalarse la participación de otros dos académicos de número de esta institución, los doctores Eduardo Martiré y Carlos Egües.